

Cuando llegamos
Experiencias migratorias

**ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA
(ANLE)**

Junta directiva

D. Carlos E. Paldao
Director

D. Jorge I. Covarrubias
Secretario General

D. Germán Carrillo
Censor

D.^a Ana M. Osan
Tesorera

D. Daniel R. Fernández
Coordinador de Información

D. Eduardo Lolo
Bibliotecario

D.^a Nuria Morgado
Director del Boletín

*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

618 Gateway Ave.

Valley Cottage, New York, 10989

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Gerardo Piña-Rosales
Editor

Cuando llegamos
Experiencias migratorias



Colección Pulso Herido
Academia Norteamericana
de la Lengua Española
2020

Cuando llegamos. Experiencias migratorias

Gerardo Piña-Rosales Editor

Colección *Pulso Herido*, N° 14

Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© De los textos, sus autores

© Fotografías: Gerardo Piña-Rosales

Primera Edición 2020

ISBN: 978-0-9993817-2-4

Library of Congress Control Number: 2018908090

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

618 Gateway Ave.

Valley Cottage, New York, 10989

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Ilustración de portada y fotografías: Gerardo Piña-Rosales

Edición y supervisión: Carlos E. Paldao, Gerardo Piña-Rosales

Revisión Editorial: S María André, Stella Maris Colombo,

Daniel R. Fernández, Gabriela Ovando d'Avis, Gerardo Piña-Rosales

y Graciela S. Tomassini

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: The Country Press, Lakeville, MA 02347

Pedidos y suscripciones: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Pulso Herido* está integrada por obras de naturaleza creativa en materia de narrativa, poesía, drama y ensayo, entre otros géneros, concebidas con calidad académica y orientadas a difundir el pensamiento y la creación en las distintas dimensiones de lo lingüístico, literario, socioeducativo y cultural del mundo hispánico, con el propósito de robustecer su profunda unidad. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2020 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States

Índice

<i>A modo de presentación</i>	11
Gerardo Piña-Rosales	
Luis Alberto Ambroggio	
<i>La cátedra del Doctor Bellini Lumière</i>	19
Francisco Álvarez Koki	
<i>La tierra prometida</i>	23
Guillermo Belt	
<i>Alta mar</i>	27
Daniel R. Fernández	
<i>Cuando llegue o cuando bufe el Minotauro</i>	33
Manuel Garrido Palacios	
<i>La línea roja</i>	39
Javier Junceda	
<i>Noticia de Paco Moreno</i>	41
Robert Lima	
<i>Cuando salí de Cuba...</i>	45

Marina Martín	
<i>Sobre sueños</i>	55
Gioconda Marún	
<i>Si yo fuera usted</i>	59
Carlos Mellizo	
<i>Cartas de Olmedo</i>	61
Gonzalo Navajas	
<i>El viaje y el saber. Relato inicial de una marcha</i>	69
Gabriela Ovando D’Avis	
<i>Benditas plumas</i>	81
Gerardo Piña-Rosales	
<i>Vindicta mexicana</i>	85
Alister Ramírez-Márquez	
<i>Ofelia la quinceañera</i>	89
Christian Rubio	
<i>Ni de aquí ni de allá</i>	95
Rose Mary Salum	
<i>Plaza de las alegrías</i>	99
Tino Villanueva	
<i>Así dijo el Señor</i>	107
Lauro Zavala	
<i>Crónica de Riverside: Cuatro meses en Nueva York</i>	111
Semblanzas.....	129

A modo de presentación

A Antonio Garrido Moraga, in memoriam

Quienes me conocen saben que prefiero las trochas a las veredas, y las veredas a los caminos. Por eso, en vez de presentarles este libro *secundum traditionem*, glosando un poquitín aquí y allá las historias que contiene, lo haré a mi manera. A continuación, les ofrezco tres textos, a guisa de viñetas, que evocan mis experiencias migratorias: de Málaga a Tánger; de Tánger a Tetuán; de Algeciras a Nueva York. Sirvan, pues, de preámbulo para los relatos que siguen, entre los cuales, como en botica, hay de todo, aunque todos poseen un denominador común: la experiencia migratoria, y, en algunos casos, exílica.

I Málaga-Tánger

1956. Y el barco, un achacoso trasbordador de la Compañía Transmediterránea, zarpó del puerto de Algeciras para cruzar las aguas del Estrecho de Gibraltar. En él viajábamos mi madre, mi hermana y la Turca, nuestra perra loba. Un año antes, mi padre había encontrado refugio en Tánger, en un Marruecos convulsionado y jubiloso ante el inminente retorno del sultán Mohammed V al país, que obtenía por fin la independencia del dominio franco-español. No era la primera vez que mi padre iba a vivir en Marruecos. Después de todo, había nacido en Larache, en 1913, en tiempos del eufemísticamente llamado 'Protectorado español', porque su padre, maquinista y bebedor empedernido,

había decidido irse a faenar en el trazado de una vía ferroviaria que se estaba construyendo entre Arcila y Larache. A los dos años mi padre quedó huérfano de madre. Mi abuelo —a quien las ratas le habían devorado las orejas en una noche de borrachera—, se gastó en aguardiente las últimas pesetas que encontró en la casa, y dicen que enterró a su mujer en un desmante. Mi padre volvería a Larache a los 18 años, huyendo de las tropelías paternas. Se alistó en el ejército y se ganó la vida como cocinero en su batallón, barquero en el río Lukus, matarife en la almadraba, entre otros oficios. Marruecos era ahora libre y soberano. No obstante, muchas de las costumbres coloniales persistían. En realidad, vivir en Tánger, ciudad que hasta hacía muy poco había sido Internacional, era como vivir en Andalucía, mas en estrecha y permanente vecindad con moros y judíos. Ese era el mundo que me esperaba, un mundo que habría de ser parte indescapable de mi identidad.

II

Tánger-Tetuán

A mis 15 o 16 años, mi padre pensó que lo que más me convenía para ser un hombre hecho y derecho era vivir en un internado. Para mí, que estaba muy enmadrado, salir de mi casa por primera vez resultó desgarrador; pero a la larga, los dos años que pasé en el Colegio Nuestra Señora del Pilar, en Tetuán, me hicieron mucho bien. Entre los padres marianistas había de todo: don Luis, el prefecto, quien me ayudó en los primeros meses a superar el trauma de la separación; don Miguel, profesor de matemáticas, a quien me enfrenté una noche que se había atrevido, en plan chulesco, a darme una patada en el culo; don Joaquín, muy respetado y admirado por todos los internos, menos por uno, que soy yo, conector de sus inclinaciones pederastas; don Froilán, buen jugador de fútbol, pero pésimo profesor de historia. Mis condiscípulos provenían de todos los rincones y de todas las clases sociales del país. La mayoría de los chicos marroquíes eran externos. Moros, judíos y cristianos, en un colegio de advocación mariana, católica, apostólica, romana, jugando al fútbol, al baloncesto y al

balonmano, aburriéndonos en las soporíferas clases y gozando de las excursiones al Yebel Dersa, en la cordillera del Rif.

III

Algeciras-Nueva York

El paquebote —el SS Michelangelo, procedente de Génova— fondeó en la bahía de Algeciras. Compartía yo mi camarote de tercera con un viejales muy dicharachero, de origen siciliano, cuya familia había arribado a Ellis Island muchos años antes.

La travesía duraría una semana. Los tripulantes eran en su mayoría emigrantes que regresaban al país de adopción tras unas semanas de visita a familiares y amigos. Hice amistad con uno de ellos, un tal Saturnino, un joven gallego, bajito y fornido, que había pasado un mes en A Guarda, su pueblo natal. Saturnino trabajaba en una refinería de Hoboken. En la bodega del barco iba su Mustang blanco. Saturnino se movía por todo el buque como Pedro por su casa y siempre con aires donjuanescos. A los dos días de viaje, ya se le veía del brazo de una gringa cincuentona, muy emperifollada y un poco coja. “Mira, mira, lo que me ha regalado la Margaret”, y me tendió la mano callosa para que admirara un enorme anillo con piedra de azabache. Recuerdo también a una pareja de setentones y su chihuahua. Parecían Xavier Cugat y Abe Lane, siempre acaramelados, arrugaditos y frágiles. La presencia clerical no podía faltar a bordo. El cura, un tal Pater Pietri —que hablaba español—, iba destinado a una parroquia de Brooklyn. Con él, en el bar, entre ginebra y ginebra, hablamos de este mundo y el otro.

Por las mañanas, en la biblioteca, garrapateaba yo una especie de diario de a bordo. Después, con mi guitarra, me sentaba en cubierta, tocaba algo de Albéniz o Granados, y al rato algunos pasajeros se recostaban en las tumbonas de mimbre para escuchar o dormirse. “Debería pasar el sombrero”, me decía yo. En el forro de mi chaqueta de pana mi madre me había cosido una bolsita con 200 dólares. Esa era mi fortuna. Otros llegaron con menos.

Por fin, una mañana de octubre de 1973, avisté el Puente Verrazano y los muelles de Nueva York. La aventura había comenzado.

GERARDO PIÑA-ROSALES
Academia Norteamericana de la Lengua Española

Luis Alberto Ambroggio

La cátedra del Doctor Bellini Lumière

Resulta casi un lugar común afirmar que la vida está llena de **R**idas y venidas, coincidencias, contradicciones que hasta se encarnan en nombres, apellidos y otros diccionarios que nos pertenecen personalmente.

El profesor Justo Bellini Lumière, en su curso sobre la Historia Universal en la Universidad del Norte, ubicada en Puerto Estrella, dedicaba al menos dos clases para hablar sobre el tema del exilio, la diáspora, el destierro, la trans-territorialidad, y otras manifestaciones de esa realidad trashumante de la historia de la humanidad. Se preocupaba en ilustrar las diferencias entre los tipos de exilio: económico, político, social. Disertaba sobre sus posibles causas: guerras, persecuciones, desastres económico-sociales, búsqueda de nuevos horizontes atraídos por el espejismo de una vida mejor, y un largo etcétera. Partía de la etimología para concluir con el análisis de que todo el espectro de identidad, des-identidad, identidad ambigua, asimilación, rechazo, nostalgia, aculturación, contra-culturación, en fin con todos los así llamados valores y desvalores del exilio, la realidad de vivir aquí añorando el allá, en el ahora con la nostalgia del ayer y, en todo caso, alimentando la curiosidad de los pormenores de todos estos intercambios, procedencias, viajes, procesos. Pero lo más interesante de sus presentaciones era cómo ilustraba los diferentes aspectos del exilio con

ejemplos de su álbum familiar: su abuelo por parte de padre de raíces italianas, Giovanni Bellini; su madre y familia provenientes de Francia, Bélgica y un tío abuelo de origen danés, todos inmigrantes en Argentina, de donde saliese él, por razones políticas, para emigrar a mediados de los setenta a los Estados Unidos y recibirse luego en la Universidad de Hubbard, California, con un doctorado en Historia, ejercer su profesorado en varias instituciones, la última de ellas la antes mencionada Universidad del Norte, ubicada en la frontera de México, en las playas de Tijuana.

Revisaba en sus clases, como referentes, los éxodos detallados en libros antiguos de todas las civilizaciones, como la Biblia y el exilio de Abraham desde Ur. Como ejemplo de superación contaba cómo su abuelo paterno había llegado en su adolescencia desde la zona del Piamonte, sin un centavo, y luego de trabajar por varias décadas con ahínco y éxito, compró con su hermano Príamo, la estancia de un ex presidente de Argentina, llevando uno de los barrios de la ciudad de Río IV el nombre de su apellido. Curiosamente la abuela de su madre, casada con un francés de Lyon, Francia, era de origen genovés, Agripina Fontagliata, de quien aprendió de pequeño el italiano dialectal de esa zona. Se casó con una mujer de origen libanés, procedente de Panamá. Los padres de su esposa habían emigrado a Centroamérica, escapándose del reclutamiento de los otomanos en Líbano durante su imperio a finales del siglo XIX y principios del XX.

Con estas ilustraciones del álbum familiar dejaba sentado el Profesor Bellini Lumière su legado, sin presunciones, pero sí con un orgullo por la importancia de las contribuciones de los inmigrantes a las diferentes naciones, incluyendo su caso como destacado profesor y autoridad en el tema del exilio, y el de sus hijos, todos ellos con profesiones, empresas sobresalientes y doctorados en Biofísica, Medicina y Ciencias Económicas. Además apelaba con frecuencia al multilingüismo y multiculturalismo de Thomas Jefferson y otros mentores de la nacionalidad estadounidense. Lo hacía como sintiendo una obligación de compartir esta grandeza de los hechos para que se apreciara la contribución de los inmigrantes al desarrollo del país, destacando los hitos necesarios para guiar a los otros en proceso de aculturación e integración, y rebatir las posturas anti-inmigratorias de políticos, xenófobos y otros seres ignorantes de su propio pasado.

Finalicé este curso oportunamente a mediados del año 2015. Nunca imaginé la aplicación tan actualizada de tales lecciones ante las declaraciones aberrantes de ciertos candidatos políticos (algunos hijos de inmigrantes), partidos y una porción fanática de la población de Estados Unidos que negaba las bases mismas sobre las cuales se había construido el país. Leí la Biblia, el *Ulysses* de Joyce, la *Odisea* de Homero, y copié en mi mente la complejidad de esos fructuosos intercambios de personas, territorios, enseñanzas, admirado y convencido de la verdad, genialidad, vigencia de las clases del Profesor Justo Bellini Lumière, ahora de fama universal a raíz de sus apariciones como experto en el tema en la televisión, y a quien le dedico agradecido este testimonio.





Francisco Álvarez Koki

La tierra prometida

ERan las diez y media de la mañana de un día soleado. Ramón bajó en la estación del tren, en la calle 68 y Lexington. Caminó hacia el restaurante donde trabajaba. Cuando llegó, ya los demás empleados, que se encargaban de la preparación de la comida y que estaban azacaneando desde las ocho de la mañana, le saludaron como de costumbre. Cuando ya llevaba un rato trabajando, sintió que todo se alborotaba en el restaurante. De pronto vio a dos personas vestidas de paisano identificándose como agentes de inmigración. Caminaban serios de un lado para otro, pidiendo a todo el mundo su identificación. Las puertas estaban bloqueadas. Afuera, un furgón azul y blanco, cerrado como una cárcel ambulante, estaba aparcado delante del restaurante. Todos intentaron huir atropelladamente. Alguno lo consiguió, pero la mayoría acabó entrando al furgón, todos cabizbajos y tristes. Algunos —muchachos de Ecuador, Brasil, Colombia, Perú, etc.— ya conocían ese furgón, aunque para otros era la primera vez.

Muchos de estos emigrantes empeñan en sus países todo lo que tienen por conseguir llegar a este país, que es para ellos la tierra prometida. Sin embargo, son los coyotes, gente sin escrúpulos, que se dedica al tráfico de inmigrantes, quienes sacan mayor tajada de esta desgracia humana.

A Héctor Mizquiri el inicio del viaje le costó seis millones de sucres (3.500 dólares). Le sacaron un billete en una agencia de viajes e inició así su travesía. Salió un día viernes a las once de la mañana, desde Ecuador a Panamá. El vuelo duró dos horas. A su llegada a Panamá, alguien tenía que pasar a recogerlo, pero no fue así. Esperó en vano durante horas. Sin saber qué hacer ni a dónde ir, se hospedó en el hotel *El Pasador*. Allí pasó casi dos semanas, sin que nadie preguntara por él. El dinero empezaba a escasear y la angustia aumentaba. Caminando por la calle se encontró con otro coyote. Parece que estos tipos tan tenebrosos, como el nombre indica, huelen desde lejos a sus víctimas. Este coyote le consiguió un visado falso y lo pasó a Costa Rica. La travesía duró tres días. En Costa Rica lo metieron en un avión de la compañía *Lasa* hasta El Salvador, y ahí lo encerraron en un cuarto del hotel *Continental*. En El Salvador, otro coyote llamado Jorge Serrano, de origen guatemalteco, lo envió a México por la frontera, concretamente a Hidalgo. En Hidalgo, junto a otras ciento veinte personas, llegadas de diferentes países, les entregaron bicicletas y los metieron por montes y caminos secundarios. Viajaban de noche para pasar inadvertidos. Al día siguiente llegaron a Puebla. Pero nada más llegar, la policía los descubrió a todos. Después de detenerlos, los llevaron a la frontera con Guatemala y ahí los dejaron en una pequeña aldea llamada Esquinela. Por la noche lo intentaron de nuevo y consiguieron entrar a México, hasta Tapachula. Desde ahí y haciendo un gran rodeo para que no los agarraran otra vez, llegaron a Veracruz, donde tomaron un tren de carga. Viajaron treinta y seis horas soportando un calor sofocante. Fueron muchos los que sufrieron desmayos y náuseas. Todos pensaban que allí se morirían. Llegaron a Aguas Prietas, ya cerca de los Estados Unidos. Allí los tuvieron cerca de una semana, en una casa vieja, sin apenas bebida ni comida. Antes de cruzar la frontera y tal como estaba estipulado, les tocó pagar mil doscientos dólares y les dejaron pasar a Phoenix (Arizona). En Arizona la inmigración les volvió a echar el guante y los detuvieron a todos. Los metieron en furgones especiales y los llevaron al penal de *El Corralón*, en la ciudad de El Paso (Texas). Al entrar en el penal, les dieron un uniforme verde, una toalla, un cepillo de dientes, una libreta y un lápiz. En la declaración, tomada nada más llegar, Héctor Mizquiri se hizo pasar por mexicano, pues parece que dependiendo del país de ori-

gen la fianza impuesta para salir es de considerable diferencia. Fueron tres días los que pasó en aquel penal. Allí compartía celda con otros emigrantes como él, pero también con presos comunes y otros criminales. Al tercer día, un policía lo sacó de la celda y le comunicó que un tío suyo, que vivía en Nueva York, le había pagado la fianza: la fianza había sido de mil dólares. Estaba en libertad. El oficial de inmigración le dio una palmada en la espalda y le deseó suerte. En la calle, sin saber dónde estaba, sin dinero y casi sin deseos de seguir adelante, le dio el alto a un taxi y le explicó al taxista que no tenía dinero, pero que le podía pagar con la chaqueta de cuero que llevaba encima. El taxista, que también era inmigrante, no le cobró nada por el viaje: entendía de sacrificios y había pasado por lo mismo. Gracias al tío que vivía en Nueva York, y que estaba atento a sus peripecias, pudo llegar a su destino.

Ya en la ciudad de los rascacielos, le tocó caminar por sus calles en busca de un trabajo para vivir dignamente, hasta que lo consiguió en un restaurante italiano. Llevaba ya tres años en ese restaurante, hasta que, en una de tantas redadas rutinarias, le llevaron detenido. Lo metieron en un furgón, que más parecía una perrera municipal. Después de pagar la consabida fianza, salió a la calle de nuevo y se dirigió hacia la estación del tren. Pero con tan mala suerte que cuando bajaba las escaleras para abordar el tren, se cayó y se golpeó la cabeza. Desde entonces, perdido el sentido real de las cosas, vaga por las calles de Nueva York, convertido en un *homeless*. Uno de los más de cien mil cuerpos que casi sin vida y a tientas deambulan, con la razón perdida y sin dignidad, por las calles de esta ciudad.



Guillermo Belt

Alta mar

I

Era de noche y llovía. Noche cerrada, sin estrellas, en el país de la estrella solitaria. Llovía a cántaros. Así me gusta, dijo el hombre en voz baja, mucho más baja que el tono habitual entre sus compatriotas. Claro que le gustaba la oscuridad, la de esa noche elegida por él de entre muchas otras noches, en las que a alguna gente le habría temblado el pulso, por decirlo finamente, pensó.

Si te vas a jugar la vida (siguió pensando), juégatela sin perder la cabeza (sonrió para dentro). Estos tipos –no pensó estos hijoeputas, como habría exclamado un hombre de la capital, porque él era del campo, donde los insultos se borran con el filo del machete– no andan con boberías. Si te ven alejándote de la costa en un bote, y de contra de noche, te tiran unas cuantas ráfagas de ametralladora y casi seguro que no vas a hacer el cuento. Esta noche como boca de lobo y el aguacero son mis mejores aliados, mejor dicho, los únicos, pensó pero no lo dijo.

Coño –ahora sí pensó la palabrota de uso frecuente y significado múltiple en la capital, siempre la capital, donde se te pegan algunas cosas, quieras o no, aun así él nunca la diría en presencia de una dama, así pensó, dama–, si fuera solo mi vida la que estaba en juego, vaya, me la jugaría una vez más. En la sierra me

la jugué varias veces, no tantas como mi bisabuelo en la manigua durante la guerra grande, la que duró diez años, pero, en fin, cada vez que hizo falta. Pero ahora la cosa cambia. Es la vida de mi mujer y de los dos chiquitos, y con eso sí que no se juega.

La mujer, huesuda y desgarbada, arrugada por el sol, guajira ella también, del mismo pueblo que su marido, amiguitos de la niñez, novios formales en la adolescencia, siempre supieron sus padres y todos sus parientes, hasta ellos mismos, que un día se iban a casar. Y lo hicieron, en la iglesia, cuando todavía eso se usaba, antes que cambiaran las cosas, antes que el campo se volviera todavía más duro, recordaba ella, y se fueran a la capital, arrastrada junto con sus chiquitos por el optimismo de su marido, el pobre, tan valiente y tan confiado en que las cosas les irían mejor, tenía que ser, cómo no.

Los chiquitos, un varón y una hembra, la parejita que muchos buscan y todos celebran, flacos como la mamá, tostados por el sol, tienen 11 y 9 años, faltan muchos para las arrugas. El varón es el mayor, como debe ser, dijeron los amigos del padre, tomando cerveza y fumando tabacos, cuando todavía había de todo eso, hasta en el campo. Le pusieron José Prudencio de la Caridad en el bautizo, cuando todavía eso se usaba. Nada de Hermenegildo, como me puso la vieja, la pobre, siempre con el santoral a mano, porque nació el 13 de abril, fecha del santo, sin saber que ese santo era el patrono de la monarquía española, de los veteranos de las fuerzas armadas y hasta de la Guardia Civil, y yo que tampoco lo sabía, Dios me libre, hasta que me lo contó un gallego, no sé si serán cuentos de camino, o si de verdad este santo es tan famoso, explicaba el padre, orgulloso de que ya nunca los amigos podrían decirle chancletero. Menos mal que no pesan mucho, o no los aguantaría el bote, hecho a mano entre gallos y medianoche, con ayuda de buenos amigos cuyos nombres nunca daré a nadie, amigos que saben de motores, hélices y cosas por el estilo, gente de mar, no como yo, que la primera vez que lo vi, desde una loma adonde me llevó mi abuelo, puse una cara tan azorada que el viejo me dijo: esa cara es como la que puso Balboa al ver el mar del sur. Y yo, para mis adentros, quién será ese tipo, y dónde rayos queda el mar del sur. Y yo, para mis adentros, nunca contaré a nadie cómo llegamos a la playa, ni quién me prestó el camión, y de contra lo manejó, y luego me ayudó a echar el bote al agua.

Un agua tan oscura, en esa noche sin estrellas, ni luna ni nada. Tranquila, eso sí, pero solo por un ratico, porque cuando nos alejamos de la costa que ni se veía, aquello cambió y empezaron las olas. Enfila la punta del bote hacia la ola, me dijeron los que sabían de esas cosas, nunca te pongas de lado a la ola porque se te puede virar el bote. Trata de mantener la velocidad pareja, para no forzar el motor, que no es muy fuerte que digamos, y para ahorrar gasolina. Sobre todo, que no se pare el motor, allá afuera, en alta mar, porque si no lo puedes volver a encender rápido, también se te puede virar el bote con las olas y eso sería el desastre. Con esos truenos, quién duerme, pensó, pero no dijo ni pescado frito. Los niños, cansados de tanto trajín, se durmieron pronto, acurrucados por la madre, muerta de miedo por dentro, valiente a los ojos de los chiquitos para darles ánimo. Estaba completamente en manos del hombre, y nunca más segura, pensó, que protegida por este marido fiel, padre de mis hijos, que los quería a los tres más que a nada en este mundo, de eso no tengo la menor duda. Poco a poco ella también se fue quedando dormida, el aguacero perdido de vista y las estrellas alumbrando la corriente del golfo.

El hombre, al timón improvisado, de pie, muy derecho, tan derecho como cuando salía a pasear en aquellos domingos, montado en su yegua Canela, con su guayabera recién planchada, su sombrero de yarey y su machete al cinto, cabalgando por la calle principal de su pueblo, adoquinada frente a la iglesia y el ayuntamiento, la alazana criolla luciendo su paso corto y parejo, jinete y animal una sola pieza. Ahora, su mirada clavada hacia adelante, calculando las olas lo mejor que podía, yo que no soy marinero, ni pescador ni cosa por el estilo, pensó nuevamente. Callado, porque nada tenía que decir, y para no despertar a su mujer y sus hijos, mejor así.

II

Amanecía. El día claro y sin nubes prometía sol. Las olas de la noche cedieron su imperio a otras más suaves, y fue entonces cuando el motor cedió también. Se había quedado sin gasolina, o se cansó de trabajar, como me acuerdo que me cansaba yo guiando el arado para trazar los surcos bien rectos en la tierra colorada,

arreando a Perla Fina y Flor de Mayo, sin gritarles, como se arrea a los bueyes que conocen sus propias fuerzas mejor que uno mismo. No importaba, las olas empujaban el bote hacia unos cayos que se perfilaban cada vez más cerca. Eran los Cayos de las Marquesas, vaya nombre rimbombante, pero Hermenegildo no lo conocía, así que no lo pensó. Tampoco gritó tierra, como el marinero del cuento que le contaron en tercer grado, allá en la escuela de su pueblo. Lo que hizo fue decir, suave para no asustarla, vieja, mira esto. Ella lo miró primero a él, antes de mirar para ningún otro lado, se dijo a sí misma, porque hace rato que no le veo la cara a mi marido, el pobre, toda la noche en vela y yo dormida.

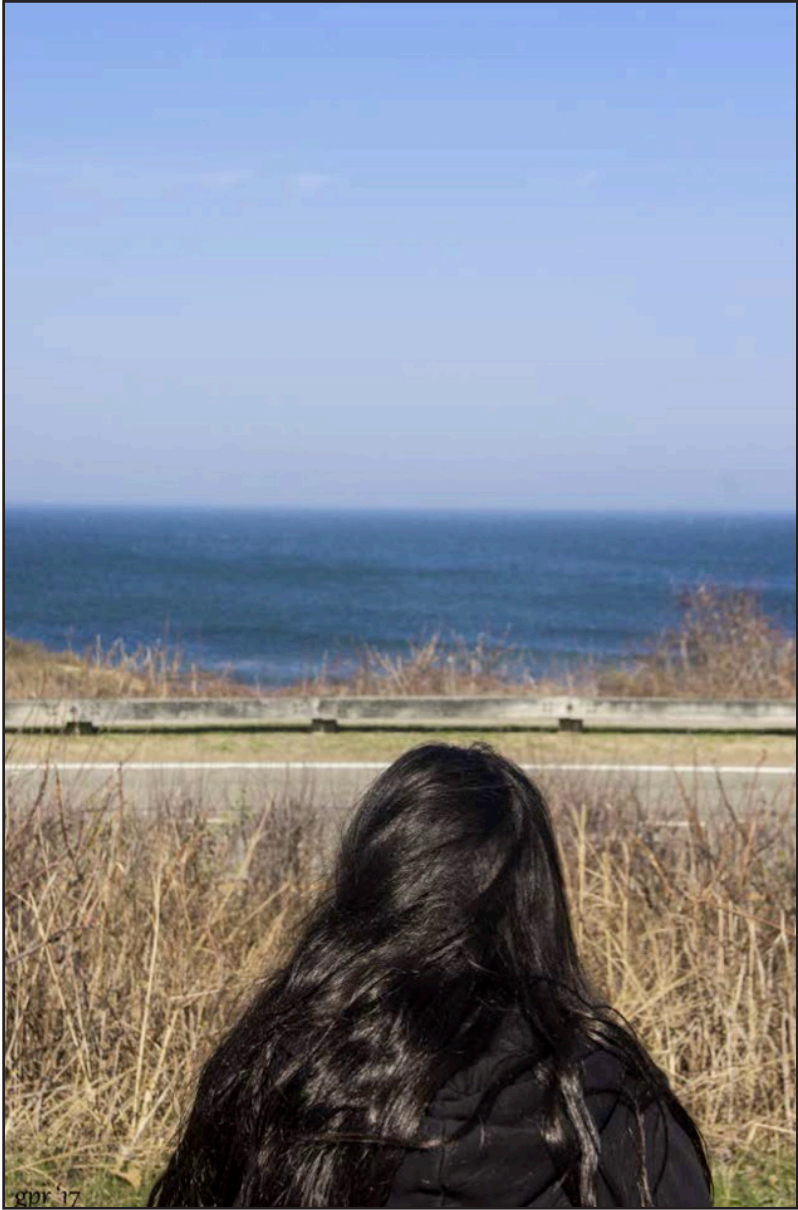
Lo demás, lo que sintieron, las caritas de sorpresa y alegría de sus hijos, eso no se lo contaron nunca a nadie. Tampoco, la emoción con que oyeron primero y vieron después el avión blanco con una franja anaranjada, que dio un par de vueltas sobre la playa desierta, y al cabo de lo que les pareció un gran rato, la enorme lancha de potentes motores, eso sí es un barco y lo demás es bobería, dijo el hombre, esta vez en voz alta, la lancha que los recogió y llevó a la estación de la guardia costera en Cayo Hueso, unas 25 millas al este de los benditos cayos, donde los procesaron (palabra nueva, extraña porque aquí tenía un significado muy distinto del que tenía allá) antes de despacharlos sin mayor demora a ese lugar, Miami, que ellos, los recién llegados, pronunciaban tal como se escribe.

Todo eso y mucho más se lo guardaron para revivirlo, junto con las añoranzas de su tierra, en la intimidad. A sus hijos, cuando crecieron, les fueron explicando los motivos que los lanzaron a la gran aventura marítima. Ningún riesgo, ninguna pena fueron demasiado grandes para impedir que les dieran a sus hijos la oportunidad de una vida mejor, libres de elegir su camino. José Prudencio de la Caridad, quien a los quince años acortó su nombre a José P., porque los amigos le aseguraron que una inicial después del nombre de pila resultaba muy elegante, estudió Oceanografía con una beca en la universidad estatal. Le atraía el mar, tan generoso que había sido con él y su familia, tanto que a veces soñaba con las Marquesas. Amparito —cuando nació el día de Nuestra Señora de los Desamparados, su madre, que también sabía usar el santoral, dijo, ya está, ni una Socorro más en esta casa, conmigo basta y sobra, la niña se llamará Amparo— se graduó de enfermera, gracias a los ahorros de sus padres, y becada ella también, dos estudian-

tes de primera, estos guajiritos de Remanganagua, es un decir, decíanlos dos, muertos de risa, a los amigos que en inglés les preguntaban dónde quedaba eso.

Veinte años después de la imprevista llegada a aquellos cayos del cuento, el destino, o la suerte, o la Virgen de la Caridad del Cobre que el muchacho había aprendido a venerar junto a su madre, quiso que José P. se encontrara a bordo del barco de un americano, cazatesoros en el fondo de los mares, cuando éste, al cabo de muchos años, dio finalmente con los restos del Nuestra Señora de Atocha. Navegando rumbo a España junto con otros siete barcos, como escolta de una gran flota, el Atocha y todos esos galeones de guarda, repletos de monedas y joyas de oro y plata, se habían hundido muy cerca de los Cayos de las Marquesas, en 1622, a causa de un huracán.

Por haber zarpado de La Habana en septiembre, en plena temporada de tormentas, los galeones españoles perdieron la apuesta contra la mar, caprichosa en los favores que a su antojo concede o niega a los hombres que se atreven a retarla, redactó mentalmente, en español, José Prudencio de la Caridad, mientras contemplaba desde cubierta como iban saliendo de las aguas en brazos de los buzos los lingotes de plata, las barras y discos de oro, las cajitas de marfil, las perlas orientales, el cáliz de oro, y una piedra que se usaba como antídoto de venenos, junto a una completa colección de útiles médicos, de esto hasta sale una novela, válgame Dios.



gpr 17

Daniel R. Fernández

Cuando llegue o cuando bufé el minotauro

*A Gerardo Piña-Rosales,
amigo entrañable, lector ideal.*

Cuando llegué ...

Cuando llegué..., cómo te gustaría empezar así, con esa frase bien definida echando los cimientos de un buen enunciado de afirmación, pisando en lo firme, en lo concreto, en el abrasador asfalto de una carretera californiana, por ejemplo, o en la vertiginosa pista de aterrizaje de cualquier aeropuerto de este país, o por lo menos en la desvaída foto de un pasaporte con una de las caras que crees alguna vez fue tuya: la del adolescente mexicano al filo de los dieciséis, con ojos de extravío, de despistado, que siempre te han delatado; bigotín rústico y fuera de lugar, reclamando a gritos la navaja Gillette. Si al menos pudieras recordar bien la cara del agente de inmigración que con desgano miró por encima tus documentos para devolvértelos casi al instante con un lacónico: “welcome to the united states”.

Pero no, nada. Nada de eso te vale. Para qué hacerte el tonto si sabes de sobra que eso de llegar, como quien dice llegar llegando (o llegandito) o bien nunca lo has entendido a cabalidad o a ti en particular nunca te ha sido fácil. De ahí que no sea raro que al querer enarbolar la oración en seguida se te tuerza y que entonces

aprovechen dos inquietantes signos de interrogación para cortar-le el paso y hacerle una encerrona; y así de pronto y sin querer ese “cuando llegué” se convierte en “¿cuándo llegué?” Y sin más has aterrizado no en terra firma como tú querías sino en arena movediza. Desde luego, sabes que detrás de esa interrogante se agazapa otra aún más insidiosa y afilada lista también para el asalto: ¿Acaso has llegado? De antemano y de plano tendrás que pedir disculpas: eres, a pesar de todo, mexicano, y aquejado por el mal de Cantinflas: Siempre que quieres decir una cosa, dices la otra, y así la culata siempre te sale por el tiro y cuando te propones lanzar una afirmación se te dispara siempre una pregunta a quemacara.

Y no es que no conozcas o no puedas averiguar la fecha precisa o una que se aproxime a la de la introducción de tus huesos, carnes, vísceras, cuero cabelludo y hasta la inoportuna pelambre del bozo en este espacio geopolítico denominado los Estados Unidos de América. No, no se trata de eso. Tampoco estás pensando, por ejemplo, en ese llegar del turista, cámara en mano, o con el teléfono móvil presto para captar las novedades de un mundo nuevo, atrapando esas mariposas digitales en sus redes para “compartirlas” con conocidos y desconocidos en todos los sitios y en ningún lugar en particular, entre los que habrá más de alguno que solícito contestará con un simpático “like”. Ni siquiera estás pensando en ese llegar más penoso del indocumentado que cruza los desiertos, salta alambrados, se zambulle en aguas pestíferas, desafiando las inclemencias del cielo, de las sierpes, de los agentes de inmigración con sus patrullas, helicópteros, lentes de visión nocturna y sus perros adiestrados, sin que falte la rabia canina de los *minutemen* con sus implacables e iracundos faros y sus rifles de asalto siempre en ristre, *yes, goddamnit*, protegidos por la segunda enmienda de la Constitución de los Estados Unidos. *God bless America*. Pero si Dios en verdad bendice a este país, ¿qué de malo tiene querer venir al norte y recibir la bendición del Supremo, hecha materia, hecha papel verde, así tan bonita, estampada con el rezo “In God We Trust”? No quieres seguir considerando lo último porque mientras más lo haces más se te anega el alma de bilis pensando en las indignidades e humillaciones que han tenido que sufrir tus padres, como tantos otros, para que sus hijos puedan en verdad llegar. Además, cómo no pensarlo, te remuerde

la conciencia porque sospechas que tú, a pesar de tus títulos y diplomas, de tus premios y reconocimientos, de tu cátedra, del auto que conduces, de que no te falta nunca ni el pan ni el vino, sí, a lo mejor tú los has defraudado pues en realidad no has llegado o no has sabido llegar, por lo menos no como Dios manda. Temes ser un farsante del llegar, un simulador que se viste con los ropajes, los ademanes y los gestos, los modismos del nativo –del anglo, del yanqui, del gringo– o del que ha llegado de verdad pero que en el fondo (en tu fondo más profundo, más oscuro y abismal) sigues siendo un extranjero.

Para ti es más que evidente que ese llegar que te inquieta, que te tiene en vilo va más allá de cierto momento determinado u objetivo en el tiempo y en el espacio. Sabes que eso que te desazona es más bien una especie de proceso, largo y sinuoso, subterráneo y misterioso, siempre difuso, siempre confuso, sin un principio definido y quizás siempre e irremediabilmente inconcluso. Por más esfuerzos que hayas hecho por llegar, una voz turbadora y persistente te envía señales, se comunica contigo de mil maneras: algunas veces susurrándote al oído y otras gritándote a la cara: “oye, no te engañes, tú no eres de aquí, nunca lo serás, ni siquiera estás en el lugar que crees que estás; y estarás siempre muy lejos del lugar a donde has pretendido llegar; eres pero no estás, estás pero no eres. Jamás llegarás a conocer ese lugar, o por lo menos no lo suficiente como para sentirte verdaderamente en casa. Serás residente siempre del zaguán, del vestíbulo, un mirón que puede verlo todo pero sin poder traspasar sus umbrales; nunca bañará tu cara la luz directa del candelabro de la sala ni podrás calentar tus huesos frente la hoguera familiar.”

Pero no tienes derecho a quejarte. Dale gracias a Dios que has aprendido lo suficiente como para granjearte el pan, para disimular tu asombro, para sentir e huir del peligro cuando se te presenta, para pedirte una hamburguesa por la ventanilla del *drive-through*, *yes, yes, with fries and a coke, supersize, please, yes, everything supersize, please*. Ah inconmensurable país donde todo te ha quedado siempre tan grande, donde todo es “supersize”: las porciones de comida y las bebidas, las personas y sus apetitos, las casas y los coches, los edificios y las autopistas, las rebajas y las deudas de tarjeta de crédito, las ambiciones y las incomprendiones, la astucia y la inocencia. Sabes que esa voz tiene razón:

nunca crecerás lo suficiente ni vertical ni horizontalmente (por muchas vitaminas y hamburguesas que engullas) para estar aquí verdaderamente, para ser de aquí. Estás condenado a ser el diminuto y despavorido Gulliver ante los gigantes en Brobdingnag, o el melancólico enano de algún cuadro perdido de Velázquez observándolo todo con ironía y suspicacia.

Sabes que en parte la culpa es tuya, pues nunca te has entregado por completo a esta tierra, una tierra generosa al fin y al cabo. Por lo menos lo ha sido para muchos. Te lo da todo si estás dispuesto a darlo todo tú a cambio, si estás dispuesto a renunciar al pasado, a todos los rostros que has tenido antes y ponerte el antifaz optimista del futuro. Por lo menos eso es lo que te dicen. Pero siempre has sido un descreído, un hombre de poca fe. Nunca estuviste dispuesto a creer que habías llegado ni que algún día llegarías. Nunca has creído en la religión de este país ni has querido ser feligrés de su iglesia, la Iglesia Evangélica del Sueño Americano, cuyos padres fundadores no fueron ni Thomas Jefferson ni Benjamin Franklin ni todos los demás benévolos esclavistas que firmaron la declaración de la independencia sino los titanes, los *supersize* de la industria y la ambición, los Carnegie, los Rockefeller, los J. P. Morgan, que fundaron una dinastía cuyos últimos vástagos (Bill Gates, Steve Jobs, Mark Zuckerber, y tantos otros) han continuado y extendido el imperio del sueño americano, cuyo único dios es el Éxito. Y tú nunca has sabido ni has querido recibir el evangelio del éxito, nunca has podido balbucear sus oraciones con unción: *no problem, yes, we can, the sky is the limit, get two for the price of one, nothing gona stop us now, plenty of fish in the sea, the customer is always right, life is like a box of chocolates...* Pero, ¿qué hacer entonces? Quizás nada. Tú no eres ningún David para enfrentarte a estos gigantes hacedores del futuro, cíclopes que con su ojo profético alumbran el porvenir, según muchos de tus contemporáneos.

Y sin embargo, a ti nunca te han alumbrado nada, o por lo menos nunca te has dejado encandilar ni guiar por esos fuegos fatuos ni embaucar por sus cantos sirénidos. A ti el camino para llegar siempre ha sido y es tortuoso. Esto que te rodea y te envuelve siempre te ha parecido un lóbrego laberinto que tienes que recorrer a tientas, a trompicones y tropezones en la penumbra, dándote contra sus ásperos muros, cayéndote de bruces una y otra

vez en sus fangosos suelos, para ponerte de nuevo en pie. El querer llegar ha sido eso, un continuo dar vueltas en el laberinto, caminando para descaminar luego lo recorrido, persiguiendo entre las sombras a un enemigo difícil de definir y por lo mismo más temible aún, un adversario implacable que además sabes que a la vez te persigue a ti. Si por lo menos pudieras entregarte por completo al laberinto, al goce de la caza y de ser cazado. Creer que algún día matarás, con tu espada justiciera, al Minotauro de las tinieblas que te impide alcanzar el centro, y ser al final el héroe de tu propio mito, ser el matador de capa y estoque alzando el rabo y las orejas del Minotauro desde el albero, recibiendo los olés del público y los besos de las muchachas en flor.

Pero no es así, el hilo de Ariadna ha coartado siempre tus movimientos en el laberinto; nunca te ha dejado moverte con libertad en sus grutas, echándote el pial, enredándote, maniatándote incluso a veces. Esa Ariadna mexicana, Ariadnatzin pescadora, que no cesa de tirar del sedal, de jalonearte el anzuelo que te destroza las entrañas, para recordarte incesantemente que hay un mundo fuera del laberinto, un mundo regido por otras reglas que quizás te sean más favorables, invitándote a respirar un aire más propicio para tus pulmones. Te tira del hilo umbilical para recordarte que esta no es tu tierra, no es tu madre; si acaso la has convencido a que acceda a ser una madrastra distante y displicente. No es de tu sangre, no te hagas ilusiones, jamás te querrá esa madre güera desabrida protestante como te quiere y te querrá siempre tu cálida madre morena y católica, a la que ansías volver: hijo mío, no seas ingrato, mi regazo siempre será tu nido, mis pechos tu sustento. Es inútil, lo sabes, pues jamás volverás al Edén. Lo has perdido para siempre y estás condenado a seguir dándole vueltas al laberinto, atrapado en el engranaje que ya te es consustancial. No te queda otro camino que seguir buscando a tu enemigo, siguiéndole el rastro aunque sepas que también él hará lo mismo. Están jugando contigo, lo sabes bien. La realidad nunca se dejará cazar: es ella, la bella Diana, en su desnudez y furor, quien al final te cazarán, pobre Acteón mesoamericano, pobre ciervo huerfanito. Sabes que no hay escape: sus lebreles te alcanzarán y harán de tus carnes su festín.

Pero tienes que seguir adelante, seguir caminando, seguir llegando sin llegar, porque para eso (te lo dices) estás aquí. Es la

única manera de sentir (de engañarte de) que tu existencia y tus acciones tienen algún sentido. Quizás, aunque te cueste aceptarlo, lo que ocurre es que la realidad siempre se ha mostrado benévola contigo al no dejarte llegar a donde has pretendido llegar. Quizás si lo hiciese, tendrías que hacerle frente a lo que más temes: al negro Minotauro resoplando, bufando ante ti; quizás te darías cuenta en ese mismo instante de que lo único que hay ahí es un espejo. Eres tú el Minotauro, mitad humano y mitad otra cosa, mitad lo que eras antes de entrar en el laberinto y mitad lo otro en que te has metamorfoseado a lo largo de tu búsqueda. Bestia híbrida, bífida, bicéfala, biforme, y bilingüe, bicorne, bifurcada, biaxial, Ariadna no te querría si pudiera verte ahora. Eres del laberinto, ya eres parte de él, de su estructura, de sus entrañas, de sus tinieblas y luces fatuas.

Con furia romperás el espejo, y tú mismo te harás pedazos. Entonces sabrás que estás ahora peor que nunca, condenado a buscar todos los fragmentos dispersos en las tenebrosas grutas, pues es lo único que es tu verdad, lo único que te define, la única prueba de que si bien no llegaste, cuando menos rompiste más de alguna lanza y algún espejo intentándolo.

Recordarás entonces un viejo refrán: “Más vale llegar a tiempo que rondar un año”. Y sin embargo tu vida es la tesis que lo refuta, pues lo único que tienes claro es que vale más rondar una eternidad que llegar a destiempo. ¿Y cuándo será el tiempo para llegar? Mientras haya vida es mejor no saberlo ni llegar. La razón de ser del Minotauro es rondar el laberinto. Te vendrá a la mente también entonces lo dicho alguna vez por un ciego perdido en sus propios laberintos: “El Minotauro justifica con creces la existencia del laberinto”. No. Es al revés: es el laberinto lo que justifica con creces la existencia del Minotauro.

No todo es oscuridad. En uno de sus rugosos muros, con el asta diestra, rasguebas este rupestre grafito a la luz de la luna.

Manuel Garrido Palacios

La línea roja

Ante nosotros hay una línea roja. No se ve, pero está, igual que el alma no se sabe qué es, pero es, ni en qué rincón del cuerpo habita, pero ahí anda. La línea roja o frontera, o como la llamen, une y separa el mundo que hay tras ella de éste en el que estamos sentados tú y yo. Hace miles de años no hubiera podido nombrarla porque no se conocía. Nació cuando los humanos hicimos *camino al andar*, como diría don Antonio, y creció, de grado o por la fuerza, desde una simple estaca clavada en tierra a una valla, un foso o un muro de acero acotando propiedades bajo el lema *Esto es mío*. Para los inconformes con estas medidas se inventó la guerra y vencedores y vencidos compartieron las tumbas abiertas en la tierra en litigio. La visión desde lo alto de esta casa común que nos acoge daría la imagen de una tupida red de líneas rojas copando tierra, mar, aire, subsuelo, corazones y conciencias. No sé si te hablaron en la escuela de las invasiones, de los fenómenos migratorios, del comercio, de la necesidad, del pensamiento, de las ideas, de la ambición o de cómo unos pueblos se cimentaron sobre las cenizas de otros. Hoy tienes ante ti tu primera línea roja, tan real como imaginaria, dura prueba que te ves abocado a salvar —aquí le dicen emigrar, inmigrar allí— en busca de una vida que no pudimos darte tu madre y yo: dos motas pardas que ya resbalan hacia la meta de la que no se vuelve, aunque mientras sí, mientras no, desde la tibia

mañana hasta la fresca madrugada, tendremos los latidos atentos a tu lejanía. Dirás que te suelto a destiempo esta retahíla; es ley no escrita; a mí me la soltó mi padre y a él tu abuelo. Si exprimes mis palabras verás que son para decirte que lo que vas a hacer en solitario no es nuevo, sino algo que se repite hasta agotar el aliento desde que el ser humano dio el primer paso. Ahí empieza todo. Hoy te toca a ti, ayer a otros y así hasta colmar el laberinto de la historia. La esencia está en el afán de alcanzar un horizonte que dignifique tu existir, como antes pasó con los que cruzaron las líneas rojas de cualquier época ensanchando o achicando espacios, dando forma al mundo, sin saber ninguno si lo que le esperaba tras la línea roja iba a mejorar lo que dejaba, pero con la firme creencia de tener que ir a cosechar lo que el destino, ese oscuro poder que no sabemos qué es, pero es, ni dónde está, pero está, le tenía sembrado desde antaño. Y el sentir siempre pudo más que la razón. Cuando arribes a puerto como emigrante, no pierdas el oremus ni quieras imponer lo tuyo sobre lo asentado. Concede a todo su respeto y hazte merecedor de lo que aprendas para compartirlo con los que lleven tu camino. Yo sólo puedo ofrecerte mi palabra y mi compañía hasta que arranques a andar hacia la línea roja. No te oculto mi inquietud si es que pensaste que por ahí va a recibirte un mundo ideal. No te engañes. Librar la línea roja puede ser el logro de tu vida o el paso hacia un abismo insondable. Pero es tu sino, aunque luchemos con la duda en esta espera de tu partida. Tú callas y yo hablo para que el silencio no nos aplaste, y así será hasta que la luz caiga y te conviertas en una sombra errante más, un trozo de noche que se esfuma, un alguien que escucha una voz interior, un yo con su hambre a cuestas. En estas catorce horas de vigilia comimos y bebimos lo que tu madre nos apañó para llegar aquí, y en un nada, *en la efímera eternidad de un instante*, que diría el poeta Lara, cargarás con tu petate decidido a conquistar la tierra soñada. Yo emigré y volví. Fue mi vez; tú vas de turno. Por el norte o por el sur se pasa la línea, si no hoy, mañana, pasado, el otro. No hay valla, muro o foso capaces de frenar un impulso con semejante rango. Que la luz de la vida te ilumine, hijo.

Javier Junceda

Noticia de Paco Moreno

*A la hija de Paco Moreno,
Maribel, mi madre.*

A caballo entre los siglos XIX y XX, la bella joven María Joubert Viaud, de origen francés, viaja desde la localidad alavesa de Alegría a Buenos Aires en busca de provecho. Allí enseña piano. Pronto coincide con Alfredo Vendrell, catalán de La Seo de Urgel, con quien se casa. Concibe a dos hijos antes de enviudar prematuramente. Por esas mismas fechas, Francisco Moreno Franco se embarca desde La Guardia (Pontevedra), hacia la Argentina. El destino le obsequia enseguida con María, con la que contrae nupcias y recorre diversos países detrás de un mañana más halagüeño. El primogénito del matrimonio, Francisco –Paco Moreno–, ve la luz en la *París de América* poco tiempo después. Sus hermanos Honorio y Avelino, también. Con los años, los Moreno Joubert se desplazan a Brasil tanteando el porvenir, y allí nace el cuarto hermano, Hernán. En La Guardia, de vuelta a España, viene la última hija, llamada Josefina.

Mientras eso sucede en Europa, el niño *Paco* Moreno permanece en América valorando la conquista de Puerto Rico. A las Antillas arriba tras navegar desde Río de Janeiro cuando apenas cuenta con once años. Lo hace en la bodega de un viejo mercante

entre ratones del tamaño de los tigres. En su destino, tiene que barrer almacenes hasta la extenuación y siempre dormir en catres. Meses después, empieza a colaborar en la mecánica del automóvil bajo el sol y a estudiar por las noches para poder salir adelante, lo que le permite traerse consigo a sus hermanos mayores.

Esa epopeya de la adolescencia boricua se ve pronto recompensada con la inmensa fortuna de poder tratar a una familia de origen cántabro que se le aparece súbita y providencialmente en escena: Emma y Diego Agüeros, oriundos de Quintanilla, maravillosa aldea del valle del Nansa, en *las Asturias de Santillana*. En una esquina de su gasolinera, taller y establecimiento de neumáticos en San Juan, los Agüeros acceden a que *Paco* Moreno sitúe su minúscula oficina y emprenda su incipiente profesión como corredor de seguros. Haciendo de todo, *Paco* Moreno logra con enorme fuerza de voluntad y perseverancia el sueño del sustento necesario para mantenerse y servir además de sólido puntal a sus hermanos y a su madre, quien había vuelto a enviudar y viajado a Puerto Rico para vivir con los suyos hasta alcanzar el descanso eterno en el precioso cementerio de Isla Verde, a la ribera misma del mar.

Paco conoce a la que sería su mujer en un viaje a Asturias, en una fiesta popular, acompañado de amigos puertorriqueños originarios de España y de los Agüeros. Ya contaba con la conveniente prosperidad material en San Juan, pero le faltaba aún formar su propia familia. Tras dos años de amor epistolar, océano de por medio, logra por fin llevarla a la *Isla del Encanto*, donde el matrimonio tendría tres descendientes.

Moreno sigue desde entonces yendo y viniendo desde Europa a América. Su próspero negocio de seguros, rotulado con su nombre y apellidos y con la inevitable coletilla del *Insurance Broker* norteamericano, le facilita el acomodo tanto a su familia como a algunos de sus hermanos y compatriotas. Sus dineros, igualmente, tienen como finalidad diversas iniciativas filantrópicas en España, por entonces tan necesitada.

Haber padecido una niñez y juventud sacrificadas, hace que *Paco* no detenga su afán permanente por el bienestar de su prole. A las frecuentes estancias en España siguen viajes a Nueva York en noches de Reyes para que sus críos puedan ver la nieve por vez primera. Interpreta tangos con su mandolina junto al piano

de Maribel, su segunda hija, que es la niña de sus ojos. Todo lo invierte en ellos, implicándose especialmente en su educación y felicidad, con plena responsabilidad.

La muerte sorprende a Moreno en la orilla europea, sin dejar nunca de olvidar al nuevo mundo. En España, añora a Puerto Rico, y en Puerto Rico, a España. Su madre descansa hoy en América y él lo hace en Europa, un signo que ha marcado a tantísimas generaciones durante los últimos siglos.

España, Francia, Argentina, Brasil, Estados Unidos... La aventura vital de *Paco* Moreno constituye el ejemplo más hermoso de lo que las migraciones han supuesto: la importancia de las personas y la intrascendencia de lo demás. El cúmulo de circunstancias extraordinarias que han coincidido en la trayectoria de *Paco* revela que la existencia humana no es sino un apasionante viaje migratorio. Su sangre francesa y española, su nacimiento argentino, su experiencia brasileña, su matrimonio hispano y su intensa crónica personal, familiar y profesional en Puerto Rico, hasta su final en la *Madre Patria*, convierten a *Paco* Moreno en un testimonio vivo de que las tierras –todas ellas– son un mero sostén para que podamos desarrollarnos a plenitud, recorriendo ese camino a través del duro trabajo y la honestidad.

No existe lugar del planeta que no haya recibido a gentes de otras procedencias. Estados Unidos es un paradigma de este mosaico de razas y culturas, invariablemente unido por el cariño a un país que ha sabido acoger a quien ha llegado a invertir sus energías en biografías limpias, alegres y honradas. España lo ha sido y lo sigue siendo, porque el español ha sido y sigue siendo un migrante.

Gracias, querido abuelo *Paco*, por tu ejemplar vida.



Robert Lima

Cuando salí de Cuba...

Era el año 1944. Dejamos nuestro apartamento frente al Paseo del Prado cerca del Malecón y con las maletas a cuestas subimos a nuestro carro, un Packard, negro como nuestras emociones, mi hermano y yo íbamos a Puerto Rico a vivir con unos tíos; mi papá se quedaba en La Habana intentando resolver nuestra situación económica y con la intención de hacerlo en Nueva York. La separación fue terrible para mi madre. Mi hermano Juan, de cinco años, no estaba muy enterado de lo que pasaba. Yo, el hijo mayor de ocho años, supe aguantar las lágrimas.

“Cuando salí de Cuba
Dejé mi vida, dejé mi amor.
Cuando salí de Cuba
Dejé enterrado mi corazón.”¹

Nuestro vuelo fue en un Clipper de la Pan American. El avión plateado, que me parecía enorme, estaba sobre el agua atracado al muelle como una nave. Cruzando por la pasadera, entramos en la cabina y nos sentamos, los tres juntos. Fascinado por la nueva

¹ “Cuando salí de Cuba”, letra del compositor y cantante argentino Luis María Aguilera Picca (Luis Aguilé), escrita al partir de Cuba rumbo a España en su segunda emigración.

experiencia de estar en un avión, a la vez que lleno del doble miedo de volar y no volver a ver a mi padre, sentí el aeroplano vibrar al emprender los cuatro motores. En el muelle desataban las sogas librando al Clipper y pronto el hidroavión se movió hacia mar abierto para despegar.

Y según tomaba altitud, presencié el impresionante panorama de La Habana: el Malecón, la Catedral, las calles estrechas de la vieja ciudad, el Capitolio, el monumento al “Maine”, el Hotel Nacional... Fue en ese momento que me di cuenta de que abandonaba a la ciudad donde había nacido tanto como a mi padre, quien sabe por cuánto tiempo, o para siempre.

Para mí era la primera emigración, pero para mi madre, la segunda. Después de la muerte de su padre en 1920, mi mamá y sus dos hermanas se quedaron en la escuela de monjas en Noya, pueblo de Galicia cerca de Santiago de Compostela. Pero su madre, Pilar, su hermana mayor Otilia y su hermano Manuel emigraron a Cuba. Después de establecerse en La Habana, mi madre Juanita y su hermana Vicky emprendieron el viaje a Cuba en vapor. La otra hermana, Vicentita, falleció en Noya y está enterrada en el cementerio de la iglesia parroquial.

De nuevo en 1944, mi mamá partió otra vez hacia el extranjero, esta vez con sus dos hijos rumbo a Puerto Rico. El Clipper descendió hacia San Juan y “aterrizó” en la bahía de la capital puertorriqueña. Ahí nos esperaban los tíos, Ramón y Otilia Arbona, hermana de mi mamá, casada con un mercader de Mallorca con negocios en la isla. Su chofer recogió nuestras maletas y nos dirigimos a la limusina de mi tío. Me di cuenta enseguida de que Don Ramón era un señor adinerado. Y al llegar a Mayagüez, al oeste de la isla, la limusina subió al Cerro de las Mesas y llegamos a la estancia de los Arbona: una casa estilo chalet suizo situada en una loma que presidía los terrenos de mis tíos –la finca al frente y el extenso monte detrás–. ¡Aquello era un paraíso terrenal! Supe que mi tío había llegado a Puerto Rico de niño, viajando solo desde Mallorca, y que tras muchos años de esfuerzo, había amasado una fortuna creando una fábrica de ropa, una tienda en el centro de Mayagüez, una bombonería, y las “Galletas Sultana”, famosas por toda la isla.

Aunque mi mamá sentía hondamente la separación de su esposo, pronto mi hermano y yo nos acostumbramos a la vida de

señoritos, nadando en la piscina, rodando sobre el amplio césped frente a la casa, injertando rosas con mi tío, descubriendo los misterios del monte guiados por el hijo del jardinero, conociendo chicas de familias ricas, y asistiendo, conducidos por el chofer, a la escuela en el pueblo.

En esa escuela, La Inmaculada, tuve una experiencia que me marcó como inmigrante en Puerto Rico. Un día en que una de las monjas dirigía la clase en un aula con las puertas abiertas al patio para refrescar el ambiente, se coló una enorme cucaracha voladora. Al pasar cerca de mí, grité “¡Madre, Madre, un bicho!” Mis compañeros rieron a carcajadas y la monja me cogió por la oreja, forzándome a abandonar el pupitre. De esa manera me llevó a la oficina de la Madre Superiora, contándole lo que yo había dicho en su clase. Yo creí que mi delito había sido gritar. Pero, no. Se llamó a mi tío a la tienda y me detuvieron en espera de su llegada. Cuando llegó mi tío, la Madre Superiora le dijo, toda azorada, que yo había dicho una “palabrota”, y que era una vulgaridad sexual. Y al insistir mi tío en que se clarificara la cosa, la Madre Superiora, con gran dificultad y ruborosa, pronunció por lo bajo la execrable “palabrota”: BICHO. Mi tío le explicó a la Madre Superiora que esa no era “palabrota” en Cuba sino que se refería a cualquier insecto. Entonces, mi tío, socarrón, le preguntó: “¿Madre, cómo es que usted sabe que esa palabra vulgar se refiere al órgano masculino?” Se puso la santa señora más roja que antes y no pudo contestar. No pude volver al aula después del incidente y acompañé a mi tío a la tienda, la Casa Blanes, donde me entretuve con la mercancía hasta volver al Cerro. Se me dejó regresar a la escuela al día siguiente, y ninguna de las monjas mencionó el incidente, pero me había convertido en todo un personaje heroico para mis compañeros.

A pesar de ser forastero y con cierta notoriedad después del episodio escolar, fui invitado a fiestas todos los fines de semana en alguna que otra casa de los vecinos del Cerro. Era una vida completamente diferente a la de La Habana.

Vivimos en ese ambiente ocho meses hasta que mi papá nos escribió para decirnos que estaríamos juntos, esta vez en Nueva York, donde se había establecido trabajando en la tienda Gimbel Brothers. Mamá sabía que su esposo volvería a EE.UU., dónde se había educado, y al recibir su carta desapareció la depresión

que había marcado su estancia durante esos largos meses, en Mayagüez.

Y en el año 1945, cuando todavía la Segunda Guerra Mundial continuaba en Europa y el Pacífico, pasé por la experiencia de una segunda emigración: de Puerto Rico a los Estados Unidos.

Volamos otra vez, acompañados de los tíos, a Miami. Después de unos días en un hotel fastuoso, frente a un gigantesco puente colgante —¡maravilla para mis ojos!—, mi mamá, mi hermano y yo emprendimos el viaje a Nueva York en tren. Mi padre nos recogió en la terminal de ferrocarriles de Newark, New Jersey, y, en un carro prestado por un amigo, recorrimos las millas hacia el Lincoln Tunnel. Y al empezar el descenso hacia él, vi por primera vez tras el Hudson River los rascacielos de Manhattan; era de noche y todos estaban iluminados como para impresionar a este niño de nueve años. ¡Es una vista que nunca he olvidado!

Después de haber vivido en una gran casa con habitaciones privadas, ahora nos encontrábamos en una sola habitación dentro del apartamento de amigos de mi padre en Dyckman Street, en el norte de Manhattan. Allí pasamos las semanas hasta que el piso alquilado por mi padre quedó disponible. Y nos mudamos a un cuarto piso en 785 Amsterdam Avenue y la calle 98. El apartamento consistía en dos habitaciones: el dormitorio y la sala —que hacía de cocina y comedor— y un baño. Mi hermano y yo dormíamos en un sofá-cama frente a la cama de nuestros padres.

En esa vecindad teníamos los mercados Safeway y A&P, el barbero al lado, la bodega en la esquina, el carnicero en frente, el gallinero a una cuadra, y también cerca una tienda que vendía libros, revistas y pasquines: todo bien a mano. Mientras mi padre trabajaba, mi madre nos llevaba casi diariamente a hacer las compras. Y a pesar de tener que usar los cupones impuestos por la escasez de mercancía durante la guerra, mamá convencía a los mercaderes que le dieran extras de carne, arroz, azúcar y leche para “sus pobres hijitos”. Ella también insistía en que ahorráramos algo todas las semanas y nos llevaba al Central Savings Bank, en la Calle 96, para entregar nuestros *nickels* y *dimes* al cajero; así, poco a poco, iban creciendo los ahorros en nuestras libretas.

Fue en la calle 98 que viví la victoria de los Estados Unidos en Europa. Como tantos otros, al oír el anuncio de la derrota de los

nazis, salí con mis padres a la calle a participar en la celebración. Mientras muchos gritaban, bailaban y se abrazaban, a un superpatriota se le ocurrió tirar la guía telefónica desde un alto piso. La guía –enorme ya en esa época– pasó cerca de mi cabeza, cayendo a la acera con un golpazo. ¡Podría haber sido otra víctima más de la guerra!

En esa misma calle aprendí a jugar al *stickball*, llegando a tener cierta fama como jonronero. Y en los momentos después de cenar, aprendía a hablar inglés escuchando programas de la radio o leyendo los *Classic Comics*. Pero no me sirvió bien el aprendizaje en la escuela católica de la parroquia. Un día, la maestra me dijo algo en inglés que no entendí y mis condiscípulos se mondaban de risa; se enfadó la señora y cayó sobre mí con la regla en mano y tan fuerte me golpeó que me rompió la nariz. El director de la escuela llamó a mi padre y, al llegar éste, subió al aula, llevó a la culpable a la oficina y demandó que el director la echara inmediatamente. Y haciéndolo así se libró la parroquia de un pleito por abusar de un niño emigrante que, recién llegado, apenas sabía inglés.

Tras esa mala experiencia, mis padres nos internaron en Saint Vincent de Paul, un colegio de monjas en Tarrytown. En él seguí aprendiendo inglés, y algo de francés, pues la mayoría de las monjas eran de Francia o Bélgica. Una de las benditas hermanas, Sister Enesma, como yo no entendía sus órdenes durante la limpieza del comedor, me gritaba “Bacon and eggs!”. En la visita de mis padres el primer domingo, llamaron a la monja para saber por qué me llamaba “Bacon and eggs”; entonces Sister Enesma les contestó, que lo que me había llamado era “Pain in the neck!”. Así fui aprendiendo las sutilezas del inglés. También aprendí a estimar el sacrificio que representaba para mis padres educarnos en esa escuela. Pudieron lograrlo porque mi mamá empezó a trabajar de costurera en el Garment District de Manhattan y logró ganar lo necesario para complementar el sueldo de mi padre.

En el ambiente coeducacional de St. Vincent tuve ocasión(es) de entablar amistad con varias de las chicas y hasta bailamos en los tés sociales, siempre bajo la supervisión de una u otra monja. No solo aprendí inglés y comportamiento social, sino también a apreciar lo que me enseñaban en las aulas y en los trabajos diarios como los hábitos de limpieza y orden. He seguido esas lecciones toda mi vida.

Me gradué en 1949 con honores, recibiendo varias medallas y diplomas. Entonces era necesario dar el próximo paso, y mis padres, dirigidos por la Madre Superiora del colegio, me internaron en la Salesian High School, escuela dirigida por los Padres Salesianos, en New Rochelle. La Orden había sido fundada en Italia por Don Giovanni Bosco con el fin de educar a los niños errantes de Torino. ¡Qué ironía que mis compañeros de *high school* fueran todos de clase media!

A pesar de recibir las calificaciones más altas durante esos cuatro años, la experiencia fue bastante negativa pues los pudibundos sacerdotes no permitían ningún contacto social con el género femenino durante el año académico; únicamente en las visitas de los domingos se nos dejaba salir con nuestros visitantes. Para el sacerdote a cargo de nuestra salida y vuelta era un sufrimiento estar de guardia, pues parecía tenerle un miedo atroz a las mujeres. En esos cuatro años no hubo bailes ni otros saraos sociales. Lo que sí hacíamos una vez a la semana era una caminata por New Rochelle; íbamos de dos en dos por clase, con un sacerdote delante y otro detrás de la fila. A la gente le pareceríamos prisioneros.

Tanto me apliqué en mis estudios que conseguí el cargo de asistente del bibliotecario, y logré ser el número uno en la lista del decano todos los meses, año tras año. Al llegar el momento de la graduación en 1953, fui elegido *Valedictorian*, y me pidieron que diera el discurso de despedida frente al Obispo Fulton J. Sheen. El joven emigrante cubano había obtenido ese singular galardón tras su dedicación a sus estudios.

Y así, con muy buenas credenciales académicas, fui aceptado en varias universidades. Escogí Villanova, a las afueras de Filadelfia. Habiendo cantado en el coro de la escuela superior, me presenté y fui admitido al nuevo coro de la universidad, The Villanova Singers, siendo uno de sus fundadores en 1953. Ingresé en el curso de Ingeniería Civil a la vez que me enlisté en el NROTC (Naval Reserve Officers Training Course), participando en el *drill team*, equipo que marchaba en los desfiles con rifles y bayonetas.

Como estaba en el Ejército, era natural que obtuviera la ciudadanía norteamericana. Hasta entonces yo era el cubano Roberto Alfredo Lima Millares. Tras los intentos y logros de mi padre, que tenía contactos en el gobierno de EE.UU., me concedieron la ciudadanía en poco tiempo, y a la vez, a la insistencia de mi padre,

se me cambió el nombre oficialmente a Robert Francis Lima, Jr. Desde ese momento, ya no era un emigrado. Había dejado atrás mi identidad cubana. Aun así, en el pasaporte de EE.UU., se certifica que he nacido en Cuba.

Desilusionado con la Ingeniería, al año y medio opté por la carrera de Letras e ingresé en el Departamento de Inglés, pues al aprender el idioma y profundizar en su literatura había quedado seducido por el mundo de Shakespeare, Milton, Donne, Keats, T.S. Eliot y Dylan Thomas, entre muchos otros poetas, dramaturgos y novelistas de lengua inglesa. Y, cómo no, de Ernest Hemingway, tan fascinado por Cuba.

También me atraía el estudio de la literatura porque había en mi familia varios escritores: mi tío, Manuel Millares Vázquez, novelista y columnista en periódicos y revistas de La Habana, y mi padre, editor de la revista *Cubita Bella* antes de partir de la isla y director de la revista *El Automóvil Americano*, publicada en Nueva York por la editorial McGraw-Hill, y de un diccionario automotriz muy respetado en ese campo; además, había conocido a varios parientes lejanos en Galicia que también eran escritores. Al cambiar de carrera seguía la línea familiar. Pronto empecé a escribir poesía y prosa, publicándolos en los medios de la universidad primero y después en revistas literarias de EE.UU. y otros países. Y de ahí en adelante adopté mi nombre profesional de escritor: Robert Lima.

Desde que salí de Cuba en 1944 pasé de ser emigrante cubano a ciudadano norteamericano, y con esa nueva identidad volví a Cuba en 1956 para visitar a los abuelos y tíos. Era el período de vacaciones entre semestres de Villanova y, acompañado por cuatro otros estudiantes, manejamos desde Filadelfia hasta Cayo Hueso, donde tomamos el avión para La Habana. Doce años después de mi éxodo, volví a ver a los parientes, ya viejos, y a visitar el Malecón y otros sitios de mi niñez. Además, siendo ya adulto, pude presenciar los *shows* de Tropicana y Sans Souci, dos cabarets de fama internacional. En el último aprendí a bailar el cha-cha-chá con una de las coristas. Y volví a los estudios ya otro después de esa nueva experiencia en La Habana. Esta vez fue un mini-éxodo.

Gracias a mis padres (y a mi perseverancia) obtuve tres títulos universitarios, incluso el doctorado, y llegué a ser profesor universitario de literatura hispánica y comparada. He dado con-

ferencias en muchos países y he publicado cuarenta libros (hasta ahora). Por mis contribuciones a la difusión de la cultura hispánica en el mundo de habla inglesa, fui nombrado Numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, y por ende Correspondiente de la Real Academia Española; en 2003 recibí la Encomienda de Número de la Orden de Isabel la Católica, otorgada por Su Majestad el Rey Juan Carlos I de España.

A pesar del dolor de emigrar de mi tierra, de ver a mis padres trabajar tan duro, de vivir con dificultades durante muchos años, al fin ellos y yo alcanzamos ese sueño que todos los que emigran a una nueva tierra desean lograr. Sin embargo, más que nunca, queda la nostalgia, que expreso en mi poema “Habanera”:

I remember how the moon shone on the water
just beyond the Malecón when, as a child,
I stood against its sea wall gazing out
at gentle waves that lapped the shore then
went again unhurriedly asea to keep a rendezvous
with the horizon's stars.

Since memory cannot restore the sight itself, my
absence from that shore, where in a “once” I
played my early youth, is even greater now that
years have lapped the track of memory.

The shore recedes from mind and takes its lights,
perhaps not to be seen again, except in reveries, the
sole possession of a past that cannot be again, the
loss of moon and stars and land that once, upon a
time, were on that Caribbean Sea of mine that now
lies wanting for the want of sight.



1944, la familia Lima, poco antes de salir de Cuba.

1953, discurso de despedida (valedictory de Salesian High School).



1956, yo, a la izquierda, en Sans Souci, con mis compañeros y el célebre artista Cab Calloway y coristas



Marina Martín

Sobre sueños

Ocurrió una primavera en Charlottesville. Fue un sueño; una experiencia singularmente mágica en mi vida, que nunca olvidaré por su luz y que me llevaré a la tumba con su hechizo. Merece la pena apuntar su anécdota.

Fue en el 85, creo. El semestre rondaba su fin. Nunca, nunca había tenido un sueño igual. Al despertar sobresaltada, me senté en la cama. Increíble, me fui familiarizando con la mañana sin saber bien por qué, de pronto, estaba en esa habitación. Intrigada por la vida a mi alrededor, había estado explorando cuanto pude durante mi primer año académico en la Universidad de Virginia: estudios, enseñanza, bibliotecas, reuniones, fiestas... La belleza del campus me transportaba del momento presente a otros más lejanos; me interesaba todo. Vivía abandonada a la aventura de los días y para nada imaginé que habría de afrontar el acoso de una hostilidad implacable. Pero, en fin, me resigné y esquivé como pude tantas balas como trampas, decidida a sumergirme con creciente interés en las Facultades de Hispánicas y de Filosofía. Fue un maravilloso buceo.

Ya quedaba poco para la tregua y el descanso veraniegos; un par de semanas más y me dejaría caer en el descuido de las horas, en el vuelo de las cigüeñas al atardecer y en el latido familiar de lo que puedo llamar “mi tierra.”

A mi regreso a España abrazaba el ocio. Se esfumaban, como por arte de magia, los pormenores y el revuelo del mundo académico. También cedía la adaptación con sus correspondientes aventuras, ese entramado de sinsabores, de habituales guiños y estímulos. El verano se esparcía entre amigos y exposiciones, viajes culturales, festivales, reuniones... Días, en fin, de gozo y descanso. No desperdiciaba ni un momento. Y la familia no quedaba atrás.

Con mi padre compartía una relajada cotidianidad salpicada con lecturas, preguntas, chistes. La música no faltaba, cordón umbilical de una familia aquejada por el insomnio. De mi abuela mi padre había heredado la humildad de sus ojos dulces y melancólicos. Su chispa, su sonrisa, grabadas están en mí. Nadie en mi familia sacó su sentido del humor. Nadie. Su madre, introvertida y soñadora, era –sin proponérselo– cómica también. Me encantaba estar con ella, compartir momentos sencillos pero inolvidables, canciones, risas, silencios... Recuerdos tan alejados en el tiempo que un sueño parecen; evocarlos es sentir un vacío hondo e imborrable.

Mi abuela querida, tan apegada a su casa –su prisión–. Salíamos a la terraza, inspeccionaba con el ceño fruncido lo más cercano, las plantas, y el inicio de la calle, abajo, con su pronunciada cuesta. Un ritual. Después contemplaba la plaza, el jardín de la Iglesia de Santo Tomás, los tejados, las torres, y, ausente, perdía su mirada en la lejanía... ¿En qué pensaba? Su nostalgia, como la de mi padre, fue siempre un misterio para mí. Su humilde delicadeza, la luz profunda de sus ojos... No necesitábamos hablar para entendernos. La música nos deshacía por dentro y nos rescataba llevándonos quién sabe adónde. “Abuela: Venga, sal un poco, mujer. ¡No vas a estar aquí encerrada TODO el día, leyendo el periódico y mirando por la ventana! Anda, vamos”.

Pero mi abuela sellaba deliberadamente su añoranza en la clausura de su hogar. No había quién le animara a salir. A veces cedía por complacer más que por interés. Me gustaban los preparativos del aseo: elegir medias, zapatos, cambiar de ropa, componer el pañuelo de seda, el visto bueno a su pelo recogido en un elegante moño. Todo bien. Lista.

Sin bajar hasta San Millán, alcanzábamos al menos los Jardinitillos de San Roque, amparados bajo sus cedros. Nos complacía ver las flores y rosas que, en discretas hileras, habían logrado

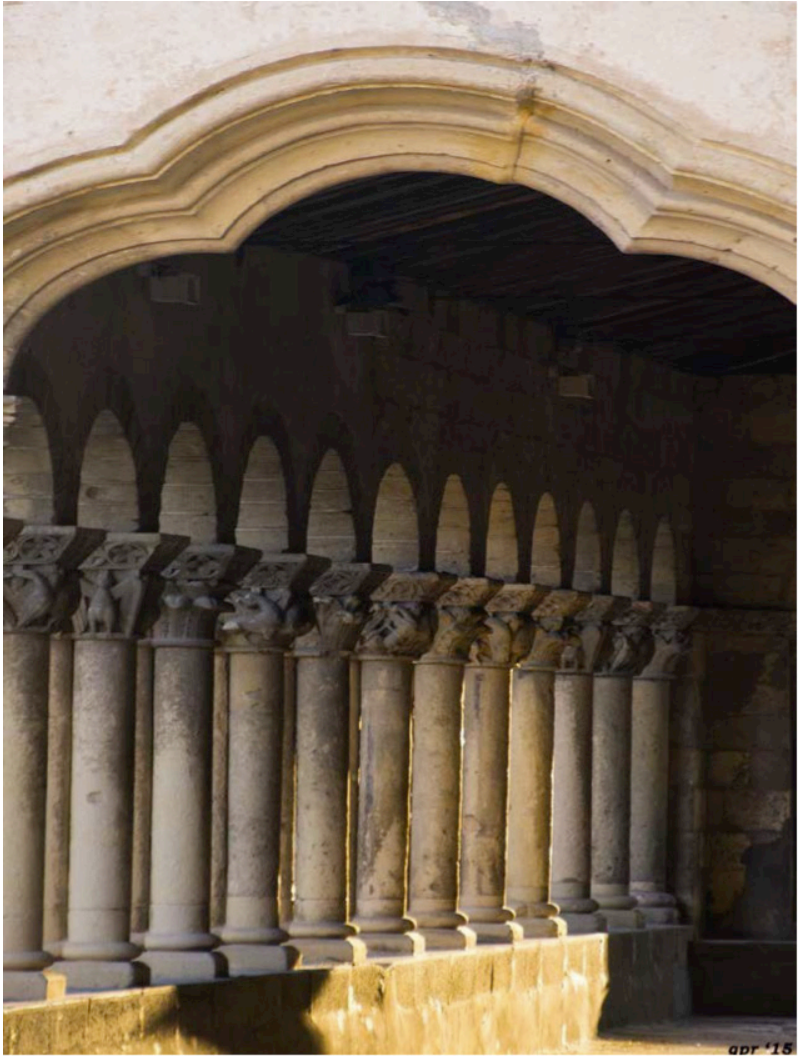
sobrevivir al vandalismo ocasional de la calle. Caminábamos sin prisa; me agradaba sentir el leve peso de su brazo sobre el mío.

Tan menuda y entrañable, su timidez nunca le restó ni valentía ni nobleza; tampoco resignación. Sólo tuvo un amor —mi abuelo—, pero inalcanzable, tanto muerto como vivo. El mundo parecía escindirse entre lo real y lo soñado; los recuerdos y el día a día de las monótonas horas. Fácil era quererla, como a mi padre, con un cariño que parecía venir... de lejos. ¿Qué soledad pintaban sus sueños? ¿Qué vuelos ocultos y qué dolor había en el horizonte de su mirada?

El corazón me da un vuelco cuando pienso en el sueño de aquella madrugada en Virginia. Imposible despegarlo de mí, tan real, tan vivo en la nitidez e intensidad de las sensaciones. Era una mañana radiante. Tras salir de la iglesia, el disparo de una instantánea parecía retratar ese momento como si estuviera sacado de un álbum de fotos de la familia. Los tonos en blanco y negro aquí se sustituían por la luminosidad del día. Álamos y castaños proyectaban sus ramas sobre la plaza; los rayos se filtraban entre sus copas inundando de sol el verdor del jardín, los sólidos bancos de granito, la parda arenilla del suelo, la fuente. El alborozo de la mañana prometía solaz y celebración. Y allí estaban, familiares y amigos. Los vi salir. Parecían posar ante una cámara: el abuelo con su sombrero y sobria elegancia; la abuela con su velo de encaje, en el centro. Allí estábamos. Nuestras miradas se encontraron. Brazos y corazón se extendían. ¡Tanto tiempo sin vernos! La añorante luz que mar y cielo habían dejado en los ojos de mi abuela perdía ahora su melancolía mientras una viva emoción cubría su semblante. Con los brazos abiertos se adelantó hacia mí, y yo, jadeante, me apresuré a fundirme en un abrazo sin tiempo.

El nudo en la garganta y las lágrimas cedieron a un momento de indescriptible paz. Una emoción envolvente, llena de vida y recuerdos, era nuestro abrazo; un instante de intenso entendimiento y sentir compartido, un encuentro proyectado al infinito en la plenitud de una realidad sin fronteras.

Me desperté asombrada, perpleja ante la presencia familiar de mi cuarto, de la ventana, de mi escritorio, incrédula e incapaz de borrar la inmediatez e intensidad de lo vivido. Horas más tarde, metida ya de lleno en la rutina del día, sonó el teléfono. La llamada, desde España, me comunicaba que la abuela Reme había fallecido ese Viernes Santo en la madrugada, pocas horas antes.



Gioconda Marín

Si yo fuera usted...

Aquel día caminaba rápidamente entre los macizos de tulipanes y narcisos que anunciaban la primavera. Era casi el final de un semestre más en esa universidad privada con estudiantes muy diferentes a los de mis previos años de enseñanza en Estados Unidos. Todavía recordaba mi experiencia en una universidad pública con algunos alumnos, integrantes de una banda de música, que llegaban a la clase de las ocho de la mañana vestidos con los trajes platinados que usaban la noche anterior en un club nocturno. Ahora los estudiantes, que vivían en el campus universitario, podían preparar sus lecciones en cómodos sillones distribuidos en las bibliotecas o en salas de lectura.

Ese semestre ofrecía un nuevo curso acerca de la novela latinoamericana contemporánea: escritores que, dejando de lado las preocupaciones nacionales, situaban sus obras en Europa, China o Rusia, para así integrarse en el mercado internacional de la literatura. Por eso había decidido abordar el análisis de la presencia del teorema de Gödel en *En busca de Klingsor* del mexicano Jorge Volpi. Estos estudiantes podían dilucidar en la novela el teorema de la incompletitud de Gödel, que establecía que ciertos sistemas axiomáticos de la lógica matemática eran inconsistentes e incompletos porque no se podían probar. Estas limitaciones matemáticas se podían aplicar a la infructuosa búsqueda de Klingsor

por Bacon, el personaje principal en la novela. Además, por su temática, esta novela respondía muy bien al concepto de literatura mundial de Goethe, obras que trascendían los límites nacionales y tenían una difusión global, transnacional.

Ese día, al entrar en la clase, divisé sus penetrantes ojos azules que, más de una vez, descubrían en los textos lo que los otros no advertían. Era norteamericano y exhibía un nivel de comprensión y análisis —producto de su año en España en una universidad del sur— que muchas veces me asombraba. Como era de esperar, su presentación fue ejemplar, pues había tenido la oportunidad de haberse empapado del teorema de Gödel en una clase de matemáticas, cuyo profesor había escrito un artículo sobre el tema. Así él expuso, ante una clase un poco molesta ante tanto alarde de conocimiento, que a lo largo de la novela entre Estados Unidos y Europa, Bacon interroga, analiza lo que dicen los científicos para terminar con la incertidumbre del principio acerca de la existencia de Klingsor y no poder acceder a la verdad. Es decir —agregó arrogante—, las estrategias de investigación de Bacon sólo lo conducen a la indecibilidad, como en el teorema de Gödel, posibles aproximaciones a la verdad.

Al final de la clase lo felicité por su brillante exposición. Él me agradeció la posibilidad de haber podido conectar las matemáticas con la literatura, experiencia nueva para él. Y, como si todavía no pudiera comprender cómo en una clase de español ocurría esto, los intensos ojos azules me miraron fijamente con lástima y me dijo lo impensable: “Si yo fuera usted me sentiría mal de ser hispano”. Sin palabras, comprendí que, actualmente, sólo en este país algo así podría haber ocurrido.

Carlos Mellizo

Cartas de Olmedo

Por Juan Olmedo, quien escribe de cuando en cuando poniéndome al corriente de lo que pasa a nuestros amigos comunes de España, me enteré de la muerte de Ramos. Las cartas de Olmedo son cartas largas, pensadas, compuestas con el esmero de quien se sabe en el deber, también en el derecho, de hacer llegar hasta donde vivo las noticias que, aquí, sólo a mí me importan. Huye Olmedo de la pedantería de escribirme con puntualidad. Pero los retrasos en nuestra correspondencia siempre son retrasos normales, incapaces de dar lugar a la sospecha de que nuestra amistad empiece a borrarse.

Diez años han pasado desde el día en que vine a vivir a América. Alguna vez tendré que sentarme con pluma y papel, y tratar de poner por escrito si hay algo que explique la determinación con que dejé todo aquello, y el entusiasmo, por qué no decirlo, que me dio fuerza para empezar de nuevo en un país tan extraño al mío. O quizá no. Quizá no escriba nunca de esas cosas que sólo servirían para inquietarme más de lo necesario. Aquí, como suele decirse, tengo mi mundo: un trabajo, una familia, algún conocido. Mi mujer y yo hablamos frecuentemente de Madrid. Ella ha estado en Madrid. Y cuando me ve que digo poco, que llevo de la biblioteca con mapas y libros españoles, que pongo algún disco de los que traje en la maleta, que advierto a nuestros hijos que no deberían

hablar inglés en casa, que escribo —ése debe ser el gran síntoma— me dice: “¿Por qué no nos marchamos a vivir a España?”

Y cuando me dice eso, hay en la casa unos minutos de agitación. Hacemos planes, hacemos cuentas, pensamos, prometo escribir a Olmedo por si él sabe de algo. Pero, sin querer admitirlo, mi mujer y yo nos damos cuenta de que nuestro regreso es ya difícil, no imposible, pero difícil, porque eso significaría tener que romper rutinas ya aprendidas, tener que enfrentarnos con el enorme desafío de estar de pronto allí, obligados a defender ante el mundo entero que volvimos porque así lo queríamos, porque deseábamos ser más felices, porque en España se vive, y en América nosotros nos consumíamos. La verdad debe ser que seguimos prefiriendo lo que tenemos: el libro, el mapa, el disco, las cartas de Olmedo, el consuelo de imaginar que lo mío —lo nuestro— se encuentra lejos y a salvo, esperándonos intacto, falsamente intacto porque, en su última carta, Olmedo nos decía que Ramos había muerto.

Olmedo daba la noticia con la serenidad que tiene todo lo suyo. Con la misma calma con que mi padre, acostumbrado ya a estas cosas, nos decía en una posdata a la carta que envió para felicitarnos en la Navidad del 69, que a don José Montenegro lo habían enterrado la víspera:

“Ayer enterraron a don José Montenegro, el de la droguería de la esquina. Que descanse en paz”.

A don José Montenegro yo sólo lo conocí vagamente. Era, si no recuerdo mal, un individuo flaco, de pelo gris, hombre de pocos gestos. Cuando yo nací, la droguería Montenegro ocupaba ya su esquina. Una droguería que, con el modesto escaparate, el cierre metálico, el letrero blanco sobre un fondo añil, fue con los años empequeñeciéndose cada vez más, hasta el punto de convertirse en un establecimiento que parecía de juguete. Pero mi padre continuaba yendo a comprarse allí las cuchillas de afeitar. Él y don José Montenegro hablaban de Pepe Luis Vázquez, de Escudero —el que fue delantero centro del Atlético Madrid—, del barrio, de un hijo de don José Montenegro que preparaba el ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos.

Un día, a la hora de comer, mi padre habló de don José Montenegro: “El hijo de don José ha ingresado en Caminos”.

De esto que digo hace ya veinte años. Cuando mi padre nos dio la noticia, tengo idea de que todos reconocimos la importancia de aquello.

Don José, el éxito de su hijo, la droguería y otras muchas cosas quise traerlas, en cierto modo, conmigo la mañana en que salí de España. Y de pronto, en una posdata a una carta de felicitación de Pascuas que mi padre nos envió en 1969, leo que ha muerto don José Montenegro, lo mismo que seis años más tarde me entero, gracias a Olmedo, de la muerte de Ramos.

He recibido a lo largo de todo este tiempo otras noticias de esa clase. Olmedo, o mi padre, o algún periódico de los que de tarde en tarde recibo, me hacen saber que Fulano murió –un conocido, un pariente lejano, un personaje de renombre en España–. Fue en el periódico, por ejemplo, donde me enteré de que había fallecido Tabares, catedrático de Historia de la Filosofía, profesor mío. “El hombre es un hambre que se asombra de su sombra”. Pero ha muerto Tabares y no me parece justo seguir echándole en cara aquellas sus frases huecas, dichas por decir, los ojillos de... ¿de qué tenía Tabares los ojillos? Hago memoria y lo imagino como si estuviera aquí mismo: “No piensen ustedes que, con este rodeo, pretendo escamotear el grave problema de la Filosofía Cristiana”.

Tabares fallece en Santander, a consecuencia de un derrame cerebral. Trato de recordar las veces que Tabares y yo hablamos, y me doy cuenta de que apenas si cruzamos unas pocas palabras: “¿Cómo dice usted que se llama?”. Y buscaba entre las papeletas, sin conseguir dar con la mía. Se había perdido mi papeleta. “De cuando en cuando tiene por fuerza que extraviarse alguna papeleta. Son ustedes tantos”.

A veces, mi familia y yo nos ausentamos de casa por unos días. Si estamos fuera más de un mes –lo que ha ocurrido en un par de ocasiones– no es raro que recibamos algunas letras de nuestros amigos de aquí, de nuestros vecinos de aquí. Suelen ser cartas breves, en las que se nos hace saber que ya brotaron las petunias del jardín; que aquella casa grande, vieja, la que está entre Bill Nye y el cine Fox, se vendió por treinta mil dólares y la ocupa ahora un matrimonio de Kansas; que sigue nevando en la montaña; que Ted, el hijo menor de Anton y Lisa Munari, salió retratado en el periódico. Fue también por carta como nos enteramos de la muerte de Frank.

Yo hablé con Frank cuatro o cinco meses antes de que todo terminase. Fue una conversación de hora y media en la que procuré —siempre pasa lo mismo— hacerle preguntas que debí haberle hecho antes, cuando ni él, ni yo, ni nadie sabíamos que iba a marcharse tan pronto. Le llevé un libro que Frank jamás tendría tiempo de leer, y lo dejé en la mesilla de noche, junto a las medicinas y el flexo, encendido a pesar de que entraba el sol por el ventanal orientado a la sierra.

Todavía tengo, y los veo ahora en la estantería de mi estudio, los dos volúmenes que él insistió en regalarme. Y recuerdo mi protesta —“no, esos libros deberías conservarlos tú”—, una protesta estúpida, algo estúpida, por lo menos, dicha con buenos modales para hacerle ver que no debía sentirse obligado a regalarme nada. “Esos libros tienen mucho valor, Frank. Además, no es fácil conseguirlos”. Se había incorporado en la cama y movía la cabeza de un lado a otro, al tiempo que me indicaba con la mano que los cogiera yo mismo.

En la esquina sureste de Wyoming, cuando la carretera sube a los altos de Virginia Dale, se ven al fondo los picos de las montañas.

Empiezo a creer que todo esto me pertenece. Pero sucede que me llegan noticias como la de la muerte de Ramos, o que, sin procurarlo, se me ocurre pensar en Iturbe, o en Elvira Pidal, o en Salcedo. ¿Qué será de Iturbe? Se casó. Encontró trabajo en Cádiz. Yo apadriné a su hijo mayor en vísperas de verme, y celebramos el bautizo en una cafetería donde nos dieron chocolate y ensaimadas. Iturbe me escribía al principio. Luego dejé de saber de él. Le envié el anuncio de mi boda, y jamás contestó. Algo le pasa a Iturbe. Adiós, Iturbe. A lo mejor Olmedo cuenta algo algún día. Temo y espero más cartas tuyas. Cartas como la que recibí en abril del 71, con una esquila en la que venía impreso el nombre de Fermín Soto. Rogad a Dios por el alma de Fermín Soto Benavides, que falleció en Madrid el día 31 de marzo de 1971, a los treinta y tres años de edad. Su esposa, doña Clara Echeveste, etcétera. El funeral se celebrará, D.M., etcétera.

Olmedo y Fermín Soto apenas se conocían, pero yo le hablaba a veces a mi mujer de cuando Soto ingresó, o dicen que ingresó, en el Partido Comunista; de las tardes que pasábamos en el Retiro montando en bicicleta. A Fermín Soto le hacían los bocadillos de

azúcar y mantequilla. Tenía que comer porque pesaba menos de cincuenta kilos, cuando yo y los demás pesábamos casi sesenta. En la clase de Ciencias Naturales, Soto y yo preparábamos juntos los cuadernos. Y todos los jueves por la tarde nos íbamos a la Chopera con las cinco pesetas, el bocadillo y el consejo de Paulina—creo que se llamaba Paulina—, una mujer gruesa, vestida siempre de negro, que cosía en casa de Soto y que, como ella declaraba, lo quería como si fuese su hijo. Y luego, un largo paréntesis de veinte años para que todos tuviéramos tiempo de ir olvidando poco a poco aquel pequeño universo de bicicletas, de remates en el viejo campo de O'Donnell, de aquella limpia pornografía dicha entre dientes al amor de farolas, de escaparates, de botas que habían sido preparadas para la eternidad y para picar un balón, marcar el paso, aplastar la toba de un cigarro de los que se prendían en los lavabos y estallaban en el alma y en los pasillos hasta conmover los cimientos de la institución y de la conciencia.

Soto murió en La Paz, según me contaba Olmedo: “Empezó a sentir dolor de cabeza. No se le quitó el malestar en días sucesivos, y terminó internado en La Paz, donde murió de un aneurisma”. La tarde en que me llegó la noticia yo tenía que ir a Casper, y fui a Casper. Doscientas millas de desierto proporcionan tiempo, el tiempo que consumen las magníficas distancias de Wyoming. Dos centímetros de mi mapa son cuatro horas de carretera. Y necesariamente se recuerda, se piensa, se fuma mientras la monotonía de viajar va convirtiéndose en una mezcla de placer, de cansancio y de tristeza. El trayecto a Casper logró parecerse a una suerte de ceremonia o a una fiesta: era que Soto y yo nos parapetábamos en el jardín de Orozco y enchufábamos la manguera de plástico. Asensio y Chávarri intentaban un asalto frontal. “Tú”, me decía Soto mientras abría al máximo la llave del agua, “apúntales a la bragueta. Y en cuanto bajen la guardia, los chorreamos a base de bien”.

El domingo de mayo presagiaba exámenes de Reválida, y Asensio, Chávarri, Soto y yo habíamos ido a casa de Orozco a repasar problemas. Y era que, mucho tiempo después, un Soto desconocido a quien le temblaban las manos y le lloraban los ojos, corría en cabeza por la Avenida Séneca mientras las fuerzas de orden público daban puntual cumplimiento a las voces de mando.

Llegué a Casper cuando empezaba a hacerse de noche. Siempre es lo mismo: las luces y el humo de las refinerías surgen de pronto en la oscuridad. Es un humo amarillo y denso que pone límites al campo y que marca el fin de una época y el principio de otra. La tierra que fue de los dinosaurios y que ahora es del coyote y del lobo se interrumpe sin aviso, muere sin aviso para dar lugar a los pozos de petróleo, a las minas, a la chatarra industrial, al trazado del ferrocarril que lleva hasta el sur la carga diaria de carbón, bidones y máquinas.

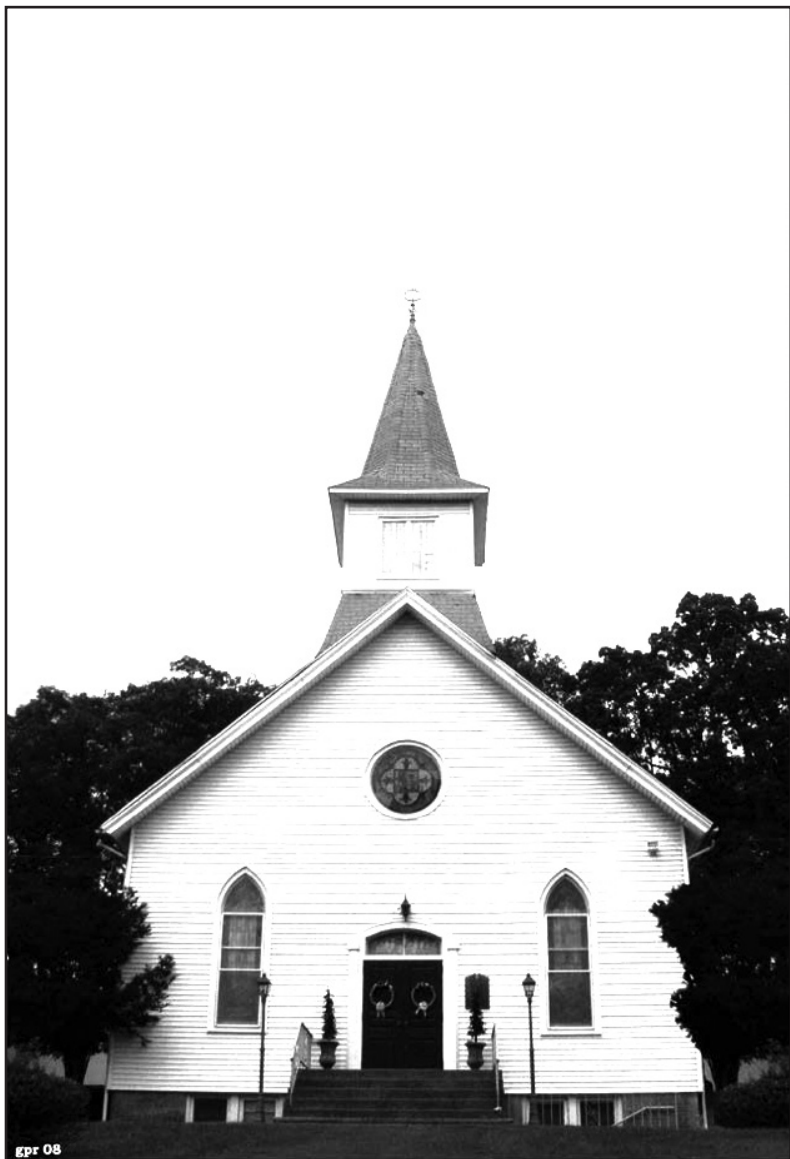
Otras cartas de Olmedo son cartas alegres. Hablan de nacimientos, de encuentros imprevistos con gentes que van viviendo su vida y a quienes, por lo visto, les marchan bien las cosas. Como a Ríos, como a Guridi, como a Hoz. Caras y nombres que parecían haberse desvanecido con el paso de los siglos pero que hacen fuerza por estar presentes. Guridi estaba en Alemania y allí trabajó de subdirector en un laboratorio de antibióticos. Ahora ha vuelto a España, a Madrid, y es director gerente de una compañía de productos farmacéuticos. Bien, Guridi, bien. A mi mujer le explico que Guridi no se llamaba Guridi, sino Gutiérrez, y que en 1953 ganó la final de los cien metros lisos en los Campeonatos Escolares Nacionales. “Guridi corría como un gamo”, le digo a mi mujer. “Con un buen entrenador y compitiendo a menudo, podría haber bajado hasta los diez segundos”.

Cartas así nos ocupan a veces las dos últimas horas de la tarde. Las de Olmedo vienen siempre certificadas, y Mr. Paucker nos las entrega en mano. Yo firmo el recibo color salmón y, mientras lo hago, Mr. Paucker habla brevemente del tiempo. Buena gente, Mr. Paucker. Tiene un hijo que quiere ser fotógrafo y que pasó dos años en Vietnam, de sargento de transmisiones. Se va Mr. Paucker, rasgo el sobre. Mira, hoy escribe Olmedo. A ver qué se cuenta Olmedo. Y Olmedo es dueño de la palabra durante los escasos minutos que lleva leer su carta. Yo no digo nada, voy leyendo, voy leyendo a la espera de ese párrafo que va escrito casi al final y que contiene la noticia temida. Pero a veces no hay tal noticia, y entonces todo va bien. Y sin que por lo común haya relación aparente alguna, la carta de Olmedo opera el milagro: es el verano, y todo tiene ya esa caperuza de espesura blanda y mantecado en bolas semideshechas a lengüetazos de después del cine, y el grupo de Pura a pocos metros del carrito blanco contando calderilla, pei-

nando pelos, cantando cantos. O es la estampa encorvada del pastor Cruz a quien le crecían ampollas en las plantas de los pies, por lo que se veía obligado a caminar poniéndolos de canto, ayudándose con una vara hincada en el sobaco. Hablaba de Marruecos y de cómo lo licenciaron por orden del rey. Una bala de espingarda le había atravesado el muslo. Alfonso XIII le había dirigido un telegrama que aún conservaba en el petate donde pasaba las noches después de treinta años de pastoreo y de casi sin probar el vino, pues don Primitivo le había puesto esa condición la mañana en que le dio trabajo. O jornadas deportivas: el cañonazo de Kubala cuando empatamos a dos contra Suiza en un partido sin pena ni gloria que nos impidió clasificarnos para el Mundial de entonces.

El cañonazo en cuestión había rozado los dedos del guardameta helvético, repito, del guardameta helvético, y los socios de fondo cantaron el gol sin darse cuenta de que existen los imposibles y de que todo iba a quedarse en córner.

“Kubala”, le informo a mi mujer mientras voy poniéndome el abrigo, “era el mejor futbolista de España”. Y salgo. Es mi paseo habitual por la trocha abierta en las nieves eternas de este pueblo: calle quince, Spring Creek, vuelta a la izquierda, calle dieciséis, calle diecisiete, el puente, el despacho de licores, el perro de Miss McDermott que ladra desde su refugio al oír mis pasos. Y es entonces cuando, como otras veces, se va fraguando el gran epílogo que surge a temporadas, sólo a temporadas, y que me dice con claridad cuál es el verdadero estado de cosas. Los fantasmas hacen su labor y me advierten, primero, que la culpa no es de nadie. Luego, con el rigor de los filósofos, van empujándome hasta esa luz última que descubre un mundo en el que yo he muerto también. Finalmente, me revelan –aunque él no lo sepa– el fallecimiento del buen Olmedo, quien persiste en fingirse vivo y en testimoniarlo periódicamente con un sobre alargado y varias hojas llenas de palabras.



EP 08

Gonzalo Navajas

El viaje y el saber. Relato inicial de una marcha

I. Una universidad de autodidactas

A cabo de regresar de un viaje a Alemania a mi universidad y a mi casa de Mission Viejo, una ciudad en el sur de California, donde resido gran parte del año. Voy con frecuencia a Alemania y he alcanzado a tener un conocimiento bastante completo de ese país, su lengua, historia y cultura, que son traumáticas y dolorosas, tanto o más que las españolas. Esta vez mi viaje tuvo como motivo realizar un circuito de conferencias que me ha llevado a varias universidades y centros de cultura alemanes, entre ellos, la Goethe Frankfurt Universität, la Heinrich Heine Düsseldorf Universität, la Universidad de Colonia y otras universidades e instituciones culturales de ese país, que, con los años, se ha ido convirtiendo para mí en un tercer país de identificación profesional, intelectual y emotiva. Los otros dos son España y Estados Unidos. El primero por nacimiento y el segundo por elección voluntaria.

En esa trayectoria por aeropuertos, carreteras y estaciones de ferrocarril, he estado unas veces con amigos y conocidos de hace tiempo y, otras, he tenido la ocasión de hacer nuevas amistades y conocer a personas con las que mi única relación había sido la comunicación por vía electrónica en algún email apresurado y pun-

tual. En la Universidad de Bonn, di una conferencia en un edificio barroco del siglo XVIII de aulas ennoblecidas por el paso de los años, donde habían estado, entre otros, Heinrich Heine y Herman Hesse. En la Universidad de Fráncfort, mi conferencia tuvo lugar en una de las salas del antiguo edificio de IG Farben, el notorio centro de la industria química alemana que la maquinaria militar nazi emplearía durante la segunda mundial y luego, tras varios avatares contradictorios, se vio transformado para albergar una de las facultades del nuevo campus de la universidad. En Düsseldorf, me paseé por las calles de la *Altstad*, junto a un Rin inmenso y majestuoso al anochecer. En todas partes, he hecho amigos, he tenido conversaciones estimulantes, he dialogado con personas de distintas nacionalidades en diferentes lenguas, con hombres y mujeres, gentes de mi edad algunos (los menos), otros mucho más jóvenes que yo, al borde de los veinte años en algunos casos y abriéndose a la vida con curiosidad e ilusión. Un viaje, como otros similares, en los que había compartido una porción de lo que podía saber en torno a la literatura, el arte y la historia modernas con personas que querían saber del tema y habían hecho un esfuerzo en venir a escuchar lo que tenía que compartir con ellos.

Cuando regresaba en el avión que me llevaba de retorno a mi universidad y a mi casa y contemplaba desde la ventanilla las aguas remotas y resplandecientes del Atlántico, pensé que había hecho aquella travesía numerosas veces, más ya de las que podía contabilizar de manera precisa. No obstante, de entre todas ellas recordé con intensidad singular mi primer viaje a través de ese vasto océano. En esa época (inicio de los años 70), yo había acabado hacía poco mis estudios de licenciatura en la Universidad de Barcelona, unos estudios que se habían visto frustrados repetidamente por los disturbios, las huelgas y las confrontaciones callejeras que eran propios de la universidad española en los últimos años del franquismo. Mi experiencia en la universidad había sido en general decepcionante, escindida entre mi motivación intensa y algo caótica de saber sin límites –desde la filosofía hasta los movimientos económicos y sociales– y una estructura universitaria burocrática e ideológicamente cerrada de la que habían quedado excluidos la innovación, la imaginación o el deseo de descubrimiento. Recuerdo con afección y nostalgia a mis mejores profesores, que eran invariablemente los que iban al aula a reflexionar,

a compartir lo que ellos mismos habían investigado y explorado de manera personal y directa en lugar de repetir mecánicamente datos obsoletos, memorizados hacía ya décadas para pasar unas pruebas sin mayor incentivo intelectual. Esos profesores minoritarios y excepcionales se resistían heroicamente a una visión del saber como una acumulación de datos pasivos e inertes, que era el que predominaba abrumadoramente en la universidad de la época. Destaco a tres profesores en particular: José María Valverde, Antoni Vilanova y Francesc Canals. José María Valverde –que era reconocido poeta, ensayista y traductor– era mi profesor de estética y yo no dejaba nunca de asistir a sus clases porque veía en él a alguien para quien el lenguaje y las ideas eran más que un mero instrumento pasivo de comunicación. Para él, la poesía, el mundo de la filosofía y la estética eran una experiencia y un proceso vitales, determinantes para definir la conciencia personal y la de la comunidad. Cuando nos hablaba de Platón, Nietzsche o Rilke, yo no entendía todo lo que él nos exponía en un lenguaje lúcido y vívido, pero intuía que lo que aquel profesor afirmaba tenía relevancia y profundidad y que yo quería leer los libros de los autores mencionados por él porque sabía que podían expansionar mi limitado horizonte intelectual y artístico, propio de un barrio de Barcelona en el que el destino había ubicado mi vida.

Valverde se apasionaba con lo que decía, era patente que para él leer los grandes textos, escribir, pensar y enseñar era un componente fundamental en su vida y quería que aquellos jóvenes de veinte años que estaban enfrente de él en una aula desvencijada y fría del decimonónico edificio de la Universidad de Barcelona le acompañaran y participaran con él de su gran aventura intelectual y existencial. Valverde quería que viviéramos las ideas que él nos descubría de manera “sangrienta”, *blutig*, insistía él con una metáfora estremecedora y persuasiva a la vez, que nos entregáramos al trabajo intelectual, y que nos sacrificáramos por él, que viviéramos “báquicamente y frenéticamente”, como su maestro ambiguamente icónico, Friedrich Nietzsche, preconizaba y le había enseñado a él mismo.

Antoni Vilanova me descubrió el valor del tiempo presente, concebido no como una temporalidad efímera e incomprensible frente al tiempo monumental del pasado áureo y clásico, sino como una realidad fluida que es posible analizar y definir. Con ese pro-

fesor de lentes gruesas y el perpetuo cigarrillo entre los dedos que nunca acababa de encender en clase mientras dictaba sus lecciones en un ir y venir lento e incesante sobre el estrado, advertí que la literatura y el arte, además de ser un ejercicio de veneración del pasado, podía ser también un intento de desciframiento del presente, de los años turbulentos en los que vivía. Leer a Faulkner, Hemingway, Camus y Juan Goytisolo podía ayudarme a conocerme a mí mismo y podía proporcionarme, además, algunas claves para tratar de definir más acertadamente una sociedad y un tiempo que me resultaban obstinadamente hostiles y antagónicos. Con Vilanova, descubrí que podía analizar el aquí y el ahora inmediato y asumir riesgos en mi interpretación, que era posible enfrentarse a las ideas y las emociones con libertad, más allá de los rígidos dictámenes del omnipresente dogma religioso e ideológico que me habían imbuido en el colegio de los Salesianos de Horta, bajo el ejemplo de Don Juan Bosco y Santo Domingo Savio.

A Francesc Canals lo había conocido por primera vez en el Instituto Jaime Balmes de Barcelona donde fue profesor de filosofía antes de trasladarse a la Universidad de Barcelona. Canals era un filósofo ultramontano, tomista y aristotélico, que citaba a Santo Tomás y San Agustín en latín y había aprendido de memoria la *Metafísica* de Aristóteles de la que nos leía pasajes en el original griego. De manera directa y sin rodeos eufemísticos, hay que decir que Canals era un defensor obstinado y recalitrante de la tradición. Para él, como para sus mentores espirituales que se situaban en la remota época medieval en la que Iglesia, Monarquía y Poder eran una única e idéntica cosa, la universidad, la ciudad de Barcelona, el país, la tierra y el universo en su totalidad eran el reflejo de la grandeza del Ser universal. Canals era un archiconservador ideológico pero, por lo menos, a diferencia de la gran mayoría de mis otros profesores, había elaborado personalmente su camino intelectual, se había hecho a sí mismo y creía firmemente que lo que estaba haciendo era significativo y profundamente imperativo, cuestión de vida y muerte, porque en sus reflexiones estaba en juego la preservación de un mundo que para él era incontestablemente necesario. Como catedrático de ontología y teodicea en la universidad, sus clases atraían a estudiantes de diversas disciplinas, que se quedaban absortos por la convicción de su pensamiento. En un país en el que solo el

mismo acto de pensar –sobre cualquier tema, el evolucionismo, el Barroco o el incipiente mercado común europeo– era un fenómeno inaudito en una sociedad que promovía el asentimiento y el conformismo absolutos, Canals nos transmitía la autenticidad de unas ideas y unas tesis audaces que él mismo se había diseñado con las escasas herramientas que la cultura del momento permitía.

Esos fueron los episodios intelectual y académicamente más estelares de mi estancia en la universidad en Barcelona. No fueron muchos, la verdad, ni siquiera particularmente notables. Tal vez no merezca demasiado la pena recordarlos excepto para constatar y hacer más patente la inanidad y esterilidad de una época y un tiempo torpemente malgastados. Ese fue para mí un tiempo de angustia, insatisfacción y un malestar viscoso y penetrante del que no podía desprenderme, como había leído le ocurría a Antoine Roquentin en las páginas de *La nausée* de Jean-Paul Sartre, que yo leía a escondidas y con dificultades en francés, en un bello ejemplar con ilustraciones que me había traído un amigo mío en un viaje suyo a Grenoble para ampliar estudios de química. A través de Roquentin, de manera difusa e inexplicable, yo intuía que la verdad o las extrañas e imprevistas configuraciones de ella, se hallaba lejos de mí, no me pertenecía ni a mí ni a mi entorno más inmediato. Tenía que venir de fuera, lejos de mi medio habitual, y el francés y los textos franceses –los malditos como Baudelaire, o los íntimos como Jacques Prévert y Saint-Exupéry– me ayudaban a evadirme de manera subrepticia de un mundo que a mí me parecía irrevocablemente sórdido y mezquino.

La universidad en aquellos años fue un espejismo. Las aulas permanecían vacías durante semanas debido a las huelgas, las manifestaciones, las entradas a saco de los grises, porra en mano, en el edificio de la Universidad central. Mi profesor Valverde fue cesado como penalización a sus intervenciones públicas y esa condena le costó largos años de emigración en Canadá y otros países. Lamenté su marcha como una ofensa y una derrota personal, como si hubiera perdido a un amigo entrañable y admirado. La calle –con sus actos de protesta y enfrentamiento– era un falso refugio pues significaba el riesgo y el peligro que la mayoría de mis compañeros se negaban a asumir. Y estudiar o tratar de completar por cuenta propia lo que los profesores y las aulas se

negaban a dar era un ejercicio noble y sacrificado pero de resultados inciertos.

Fui autodidacta como fueron autodidactas todos mis compañeros, por lo menos los que no se resignaron a aceptar el *statu quo* del conformismo y la resignación. Buscábamos alternativas. Con un grupo de compañeros y profesores jóvenes nos reuníamos en un seminario improvisado extramuros de la universidad y leíamos y comentábamos textos completamente fuera del uso habitual de la época: el *18 Brumario* de Karl Marx, los ensayos de Gramsci, *Historia y conciencia de clase* de George Lukacs. Y veíamos todo el cine extranjero que era posible en las salas de arte y ensayo, como el cine Savoy y los cines París y Céntrico, que quedaban muy cerca de la Biblioteca Central y que frecuentaba en la doble sesión de las cuatro de la tarde. En esos cines emblemáticos, pude ver *Los cuatrocientos golpes* de Truffaut y *À bout de souffle* de Godard y *8 y medio* de Fellini, y yo me identificaba con esas figuras erráticas e insólitas que se atrevían a vivir de otro modo y asumir la responsabilidad de su osadía. Los compañeros que se atrevieron a desafiar la norma, sufrieron y pagaron de manera permanente e irrecuperable a veces. Recuerdo a Joaquim Boix, un estudiante brillante de ingeniería, que fue torturado por la policía por sus actividades sindicales. El desafío comportaba un precio muy elevado. La idea de la marcha se iba perfilando de manera más concreta e irrevocable. Acabé mi licenciatura en Filosofía y Letras y, nada más terminar, conseguí un puesto como profesor interino en un instituto de las afueras de Barcelona, en Cornellá. El director del centro era un hombre joven, amable pero disperso y confuso en la organización de aquel instituto que nutría a los hijos de los inmigrantes del extrarradio de Barcelona. Mi primera experiencia como profesor de literatura se inició allí y me ilusionaba poder enseñar algún soneto de Garcilaso y Quevedo junto con fragmentos del Quijote y el Lazarillo. La literatura moderna y contemporánea no existía: se consideraba que era demasiado arriesgada y peligrosa. Pensar en leer y enseñar a Unamuno, García Lorca o el propio Cela era una empresa delirantemente quijotesca sin ninguna posibilidad de realizarse.

Llevaba una vida espartana. Quería dotar a mi vida de la disciplina y la estructura que tan flagrantemente estaban ausentes en torno a mí. Había dejado de fumar y hacía ejercicio, cuando ha-

cer ejercicio se consideraba como una práctica que situaba al practicante de tamaña locura en la antesala del fascismo y su culto al cuerpo y la apariencia física. Buscaba coherencia y estructura en un medio cultural, social y humano que era intrínsecamente incapaz de concederlas. La de esos años era una sociedad carente de libertades que en otros países europeos que había visitado, como Inglaterra, Francia e Italia, eran derechos asumidos, triviales y cotidianos. Además de la falta de libertad, lo más traumatizante para mí era el sentimiento de asfixia de lo local, de la ansiedad e insatisfacción de ser consciente de que vivía en una sociedad y una cultura que no eran como las demás, que eran una anomalía aberrante, una excrescencia en un cuerpo más grande y más sano que la rechazaba sin ser capaz de reemplazarla o sustituirla. El franquismo fue deletéreo e interminable como régimen político, pero sobre todo lo fue como contexto cultural y social ya que modeló indeleblemente un país y sus hábitos y normas de convivencia hasta la actualidad y más allá incluso de la conciencia colectiva del país.

II. Quebrantar el principio

De haber seguido las indicaciones previsibles del sentido común y la razón convencional, habría continuado en mi posición de profesor en el instituto. Era un puesto relativamente seguro y estable y, con el tiempo, siguiendo la línea burocrática vigente en esa época, hubiera logrado una posición vitalicia y mi vida habría estado económicamente asegurada. No obstante, elegí el riesgo y su inseguridad. Para mí no había más opción. La cesura. El corte violento, la ruptura irrenunciable, el término definitivo. Tras un intento fallido en Francia, la trayectoria de la universidad americana significó la puesta en marcha de un camino diferencial. Me alejaba de la norma y el salto no fue fácil. La emigración fue para mí, como lo es en general para la mayoría de personas que experimentan ese hecho, un proceso complejo y doloroso. Y, sobre todo, lleno de sorpresas porque me abrió el camino hacia una realidad impensada, sorpresiva, inesperada, fuera de la zona comfortable y familiar del hábito, la rutina y la previsibilidad en la que se habían desarrollado los primeros años de mi vida. Creo que pro-

bablemente, junto con el nacimiento de mis hijos, ese ha sido el hecho más determinante de mi vida.

He tenido la oportunidad de verificar la experiencia de la emigración del país de origen en numerosos casos de personas de diferentes países, lenguas y culturas. Gentes que marcharon por razones diversas de su país de nacimiento. Es patente la diferencia fundamental entre la emigración de un refugiado político, religioso o ideológico, para el que la emigración es un tema estrictamente de vida o muerte, del que marcha por motivos de situación personal. La disyuntiva es en el primer caso obvia: la partida o la persecución y la muerte. Ocurrió así con los numerosos exiliados que produjo el siglo devastador que fue el siglo XX, entre ellos, los exiliados de la Guerra Civil española que se vieron forzados a la marcha para salvar sus vidas y las de sus familias.

La emigración provoca dos posiciones o actitudes en quienes la experimentan. La primera está vinculada a la emigración concebida y visualizada como una fase o etapa efímera, provisional, un interregno que está destinado a terminar prontamente y después del cual el emigrante podría retornar al punto de partida al cabo del tiempo. La emigración es así, en principio, solo provisional y con frecuencia esa experiencia adquiere un carácter dramático y angustioso en el que la nostalgia, la melancolía y a veces la depresión son los sentimientos predominantes. La marcha se concibe y se define como un evento ominoso, un sacrificio impropio e injusto que solo puede corregir y rectificar el retorno y la reincorporación a la zona del hábito precedente. Emigración equivale así a trauma, dolor, frustración y agonía.

La otra posición capital es profundamente distinta de la precedente y requiere un esfuerzo personal considerable. En este caso, la experiencia de la marcha se identifica con el conocimiento, la aventura, la apertura a vías nuevas. El incremento de saber y de experiencia personal. La emigración es por ello en este caso una expansión, un desarrollo de energías y fuerzas desconocidas e imprevistas. La emigración es superación, renovación. Y un aspecto fundamental es que esta posición no significa un abandono y olvido de los orígenes sino un retorno a ellos con una mirada renovadora y nueva. En lugar de perder un país y unos orígenes es ganar otros. Al mismo tiempo, implica también no permanecer

instalado para siempre en el trauma, la amargura y la frustración que originaron la marcha.

Jaime Gil de Biedma define la historia de España como triste porque siempre acaba mal. De igual manera, su maestro poético e intelectual, Luis Cernuda, desde la amargura de un exilio prolongado interminablemente y nunca concluido para él, se lamentaba de que su único vínculo con el país repudiado era la lengua y ello porque lamentablemente no disponía de otra mejor para expresarse literariamente. Los textos de Juan Goytisolo en torno a la traición contra un medio y una historia señalados por la intolerancia, la exclusión y la guerra interna perpetua llevan esta visión hasta la última expresión del desafecto y la repulsión. Esa es una posición comprensible por la inmensidad de un dolor sufrido como terminal e irremediable, como una peste que contamina todos los rincones más recónditos de la vida y condiciona todos nuestros actos y emociones.

No obstante, la amargura no es un estado emotivo en el que quedarse para siempre. La experiencia de la emigración puede servir precisamente para reconsiderar analíticamente una historia lacerante y conflictiva hasta el absurdo en la que no es posible reconocerse. La nación no es tanto identificación inerte con una abstracción como participación activa y dinámica en una realización de la vida individual y colectiva. Esta actitud regeneradora me ha permitido trazar una trayectoria intelectual de recuperación crítica de un pasado en lugar de su rechazo. He recuperado un país para situarlo dentro de unos parámetros más amplios y abarcadores.

III. Más allá del siglo XX

Destierro, exilio y persecución son términos que han contribuido a definir todo el siglo XX y amenazan con caracterizar y condicionar también el siglo XXI. La ruptura con el país de origen incluye un componente más o menos intenso de dolor y trauma que, en algunos casos, puede llegar a convertirse en un sentimiento extenuante y abrumador. Mi experiencia de la expatriación se visualiza como una decisión difícil pero voluntaria, lo que la diferencia de manera determinante de la emigración y el exilio forzosos.

En mi caso, y en el caso de numerosos emigrantes intelectuales y sociales de los movimientos demográficos modernos, la emigración se percibe como un hecho transformacional y creativo en cuanto que permite potenciar los deseos y ambiciones que nuestra sociedad y país de origen no estaban capacitados para concedernos. Pienso en mis compañeros del pasado que vieron sus vidas profesionales y personales disminuidas por carecer del medio adecuado para realizarlas de manera más productiva y creativa. A algunos de ellos, ese hecho les costó la enfermedad, la depresión e incluso la vida.

Existe, además, un factor nuevo. En las dos últimas décadas, el mundo de la cultura y las ideas, como el del comercio y la comunicación, ha roto las fronteras y las divisiones nacionales que épocas previas convirtieron en el lema y la justificación para desencadenar guerras y conflictos violentos. El mundo de la cultura no se ajusta ya a los confines restringidos de lo nacional. El viejo sueño de Kant que concibe con precisión matemática una *ewige Friede*, una paz eterna e inmutable para un planeta en sintonía y armonía plenas consigo mismo y con el cosmos, no se ha cumplido y es posible que no acabe por cumplirse nunca. Lo que es cierto es que la opción de lo local y lo minúsculo en lugar de lo universal no es la motivación central del siglo XXI. Desde esta perspectiva, mi último pero no final vuelo a través del Atlántico es otra confirmación de que romper con el principio y el origen puede conducir a la expansión y la apertura más que a la autodestrucción y el fracaso.

La nación de los que nos dedicamos al trabajo y la profesión de la literatura y la escritura es más amplia y duradera que la de la nación geográfica y política. Le emigración enseña a residir en el ámbito del arte y la cultura que suele superar los límites de la arbitraria segmentación y división del mundo en parcelas con barreras y obstáculos artificiales. Soy consciente de que este es todavía el contexto de la utopía y la fantasía, pero al mismo tiempo es la única motivación que nos permite seguir escribiendo más allá de las limitaciones de los nacionalismos y las falsas promesas de un retorno a pasados arcádicos en los que los grupos selectos se arrogaban el uso del poder de la legitimidad y la validez de todos los proyectos y objetos culturales.

El primer impulso fue, por tanto, la evasión, la escapatoria apresurada de un medio que desembocaba en la desesperación y

la amargura ante la imposibilidad de superar un *impasse* en todos los órdenes: colectivo, individual y cultural. Marchar incluso hacia lo desconocido era en parte un salto a un vacío que producía sobresaltos de angustia y pánico a mis compañeros que preferían el camino más predecible de la continuidad y la familiaridad. La transición de la previsibilidad local y familiar hacia un medio por conocer y definir desencadena dificultades, temor y sacrificio. La emigración no es compatible con la pusilanimidad, requiere un esfuerzo especial de renunciaciones y ocasionalmente de humillaciones y fracasos. Como contrapartida, abre o puede abrir potencialmente a quien la acomete la opción del crecimiento personal y hace emerger un concepto del ser humano más receptivo al otro y lo otro, lo diferencial, las otras lenguas y culturas de una versión particular de la experiencia humana que ha progresado no a partir del confort y los cánones establecidos, sino del riesgo y la asunción de lo nuevo y renovador.





Gabriela Ovando D’Avis

Benditas plumas

La pluma es el correlato natural de la lengua –nos dijo hace ya mucho don Francisco de Quevedo– aunque previniéndonos que *es menester vivir con ella con el mismo tiento que con la lengua; y mucho más, porque deja rastro...* Y porque además a la lengua le añadió un freno la naturaleza, cuya atadura a la que se halla asida se llama frenillo, y a la que quizá el diablo de la lengua, del despecho de verse atada y encerrada, buscó tal instrumento para volar donde ella podía y el más ligero...

Qué duda cabe de ello en este mundo, y ante todo en nuestro tiempo, cuando todos, aun el más ligero, pueden hacerlo con el teclado en las redes sociales, sin mucho pensar y hasta destilar el vitriolo de sus lenguas, en algunos casos. Pero yo prefiero salvar escollos, adherirme al cálamo de la pluma y preguntarme si no habrá sido también un ángel quien nos entregó tal instrumento liberador. Porque ¿quién de nosotros no vuela como los serafines y se aleja de todas las tribulaciones al escribir? ¿Quién no experimenta el éxtasis o el gozo de la creación y la recreación? ¿De anticipar traslados y descubrimientos de nuevas tierras, nuevas lenguas y nuevas pieles antes de llegar a ellas? ¿Y de revelar así nuestra verdad, nuestro yo y sus circunstancias, que alcanzan el Cielo y dejan rastro y memoria? Porque si hay algo que atesoramos es la libertad, el sentirnos a nuestras anchas y hacer de nuestra capa

un sayo con la pluma en la mano, un acto solo comparable al del amor o al de partir, con ambas manos, el pan tibio de las mañanas. Con el corazón limpio y de cara al sol, eso sí, para proyectar una buena sombra.

Escritura y traslado son sinónimos, caminos afincados en el cuerpo y alma de quienes no podemos prescindir del movimiento y del pulso que nos mantiene, porque en la actividad se encarna la anatomía de la vida. Escritura y traslado, vocación y tránsito por el mundo y entre mundos, conversaciones y banquetes con el espíritu humano, siempre aventurero y transgresor, es lo que nos motiva, y por ello la literatura es en sí misma un viaje.

Más allá de los obstáculos y de las aflicciones que hayamos sufrido los inmigrantes, unos más que otros sin lugar a dudas, creo que quienes hoy dejamos en estas páginas testimonio de nuestra emigración sabemos que en gran manera pudimos sobrepornos a todo y a todos gracias al efecto salvador de la lectura y la escritura, dos actos que junto al traslado no son nunca inocentes. Requieren del esfuerzo y la perseverancia, del incesante proceso cognoscitivo y de la mirada fija en la meta, muchas veces borrosa tras el horizonte. Así llegamos y hoy nos encontramos en un territorio común y plural que trasciende latitudes y fronteras, modismos y culturas, hábitos y sintaxis.

Con Sophie, mi nieta, que es toda una síntesis de nuestra travesía, observamos por las noches las ventanas de Manhattan, las siluetas cotidianas y diversas, las luces y sombras que se proyectan en la isla más portentosa de este mundo, mientras suenan desde abajo las bocinas de los taxis amarillos que la fascinan, tanto como los nenes y nenas, como ella dice, que transitan por las calles con sus padres o niñeras; y los perros tan cuidados y diversos como ellos. A sus veintiún meses Sophie es una bilingüe perfecta, en su aún limitado vocabulario, aunque habla más en español... Anoche comenté con sus padres (mi hija y su marido estadounidense), que en el parque vio por primera vez pajaritos en la acera y no en el aire, y me dijo: "Pío píos caminando". Enseguida entendió mi comentario y le señaló a su papá: "Caminando, walking"... con su dedito índice en ristre.

Cuando evoco mi infancia en Bolivia (salí del país todavía adolescente) me persiguen las imágenes y el olor de los libros en casa, el sonido del crujir de los periódicos y de los cubos de hielo

contra el cristal de los vasos, las voces de mi padre, de mis tíos y del abuelo que me inculcó el amor por la lectura, esa levadura de la memoria, sustento y materia de lo que fuimos, somos y podemos ser... creo o imagino que él decía, da lo mismo. Y los días de reclusión por los repetitivos golpes de estado, los comunicados por radio de la nueva junta militar, la voz de ogro de Louis Armstrong y la de Gilbert Bécaud y su *Natalie, la place rouge était vide...* que salían de la radiola Phillips del living de mi infancia, que mis padres hicieron sonar hasta la saciedad.

Más adelante, al paso de los años y en otros países, otras idiosincrasias y entre otras gentes, me atrapó el lúdico afán de escribir primero en el aire (frase que me gusta, de Antonio Cornejo Polar) antes que en el papel. Hasta que alcanzamos la inconmensurable geografía del continente que ocupa nuestro país de adopción: Estados Unidos de América, con el desafío de seguir aprendiendo, yo pasmada, a un principio, ante tanto espacio y soledad, en un tiempo en que aun no había eclosionado (en otros estados, como Ohio y Texas) la multiculturalidad que hoy reina y nos acoge en las urbes de las costas Este y Oeste. Un triunfo del trabajo y talento de los inmigrantes y de los estadounidenses más educados, cultos y generosos con el género humano.

Nuestra ciudadanía hispanounidense ha sido costosa y nunca gratuita, fruto de siglos de encuentros y combinaciones, de nuevas y diversas familias, como la mía, establecida sobre el precepto de la libertad y sus instituciones con el que se fundó esta nación de inmigrantes, hoy tan nuestra, querida e indispensable. Libertad que a todos nos toca defender frente a la amenaza transitoria de su némesis. Y a nosotros, que ejercemos el solitario oficio de escribir, con la armadura y la tradición de las benditas plumas que nos precedieron y siguen vigentes.



gpr '17

Gerardo Piña-Rosales

Vindicta mexicana

A mediodía de ayer, Adalberto Cruz, de 52 años, natural de Curcurpé, Sonora, trabajador indocumentado que vivía en Why, Arizona, como peón en una mina de cobre, irrumpió en la Feria del Condado, disparando sin miramientos, matando a tres personas e hiriendo a varias. Adalberto Cruz fue capturado de inmediato por Donald the Great, sheriff de Why. Al parecer, esa misma madrugada, el hijo del señor Cruz, Ramón, de 21 años, natural y residente de Curcurpé, había intentado cruzar la frontera por Lukeville hacia los Estados Unidos, pero, descubierto por agentes patrulleros, intentó huir, y al no detenerse cuando se le dio el alto, éstos le dispararon, causando su muerte instantánea. Ramón Cruz no andaba armado.

La Opinión, Los Ángeles, 24 de julio de 2017

Yesterday, at noon, Mr. Adalberto Cruz, 52, a crazed Mexican illegal alien began randomly shooting at the County Fair, killing three and wounding several others. Mr. Cruz was apprehended and subdued by the Sheriff of the town, Donald the Great. Mr. Cruz was apparently distressed at the news of the death of his son Ramon, 21, who had been shot and fatally killed by Border Patrol Agents. The young man was trying to cross into the United States

illegally, when the Border Patrol Agents shouted at him to halt but he fired at the agents, who then fired back, leaving him dead.

Los Angeles Times, July 24, 2017

Como todos los años, aquel 23 de agosto, festividad de Santa Rosa de Lima, iba a celebrarse en el pueblo de Why, Arizona, la Gran Feria del Condado.

Las montañas de Tucson se recortaban en un cielo de amianto, y el río Colorado, escoltado por los sarmentosos tallos de los ocotillos en flor, fluía manso y despacioso.

Bajo un sol fiero e implacable, hombres, mujeres y niños –los ojos ilusionados y los estómagos vacíos– se apiñaban para acceder, tras el previo desembolso de tres dólares por cabeza, al recinto feriado: una gigantesca carpa amarilla, sostenida por recios postes de madera, coronados por gallardetes y flámulas con los colores de La Unión, sobre una arenosa pista circular.

Actuarían, en aquella ocasión, nadie más ni nadie menos que Donald the Great, sheriff de Why, legendario campeón de rodeo, y Barbilani, su señora esposa, fenomenal artista del lazo.

A la entrada de la feria, regalando caramelos y chupachups, unos cuantos cowboys de mentirijillas y una clownesca Dolly Parton de ubres y nalgas postizas (un par de globos restallantes bajo la camiseta y otros dos bajo los shorts) daban la bienvenida a mayores y pequeñitos.

Y ya resonaban los primeros compases de la música. Sobre una amplia tarima, festoneada por ruedas de carrmatos y sillas de montar (símbolos sempiternos del mítico Far West), the Lone Star Blue Grass Band –una guitarra, un banjo, dos violines y un contrabajo– interpretaba la popular balada “Turn me loose and set me free”, a cuyas cadencias varias parejas bailaban ya con abandonada y voluptuosa languidez.

Sentados en torno a una mesa repleta de latas de cerveza y cocacolas (y alguna que otra furtiva petaca de whisky o ginebra anfetaminados), los Ángeles del Infierno –las imperiales águilas de alas desplegadas en los chalecos de cuero, relucientes las hebillas y remaches de los anchos cinturones, polvorientas las botas de armadillo– discutían a grito pelado sobre Harley Davidsons, Yamahas y Kawasakis, mientras sus compañeras –madonnas de

las autopistas—, compartiendo a hurtadillas un cigarrillo de marihuana, los escuchaban sin pestañear.

Eran las doce en punto de la mañana y, aunque el sol achicharraba, el gentío se había ido animando por momentos. Quizá fuera esa la razón por la que nadie pareció fijarse en un individuo cincuentón, achaparrado, de impenetrable rostro aindiado y bigotes panchovillescos, que avanzaba hacia la pista de baile, abarrotada ahora de danzantes de todas las edades y sexos. En menos que canta un gallo, el mostachudo personaje sacó de la faldriquera un par de revólveres y empezó a disparar a diestra y siniestra. Empujándose, atropellándose, los feriantes, horrorizados, intentaban, como liebres perseguidas, parapetarse bajo las mesas. “¡Corran, corran, pinches gringos jijos de la chingada!”, les increpaba el pistolero. El primero en caer acribillado por las balas fue el del banjo, un muchacho rubiales y pecoso, que, abrazado a su instrumento, se derrumbó sobre el estrado sin decir ni pío. Engallado, un tripudo Ángel del Infierno, borracho como una cuba, se encaró, botella en mano, con el francotirador. Una ráfaga de balas le perforó la oronda barriga, y, bamboleándose, se desplomó en el centro de la pista: de la agujereada panza brotó un surtidor de cerveza espumeante. Otro disparo alcanzó las nalgas de la Dolly Parton, e, ironías de la vida y el destino, los globos que realzaban sus protuberancias no estallaron.

En ese momento, montado en su fiel caballo Penny y empuñando el áureo Colt 45, hizo su entrada triunfal Donald the Great, the One and Only, quien descabalgando con galana bizarría y la deando la cabeza, anunció, para que todos lo oyeran: “Well, here I am! Don’t worry, folks, I’ll take care of this greaser son of a bitch!” En ese preciso instante, el mexicano (¡pues qué otra cosa podía ser!) se llevó una pistola a la sien con la pretensión de poner fin a su vida. Se oyeron dos disparos casi simultáneos: los revólveres del pistolero volaron por los aires, quedando desarmado y a merced de su salvador y verdugo. ¡Donald the Great no iba a permitir que un criminal de esa calaña se diera el lujo de quitarse la vida así como así después de haber mandado al otro mundo a unos inocentes ciudadanos americanos! Pegó un silbido y, al punto, Barbilani, volteando el lazo, garbosa y pizpireta, saltó a la palestra, y de una certera lazada capturó al anonadado mexicano. “¡Bravo, sweetie!”, exclamó Donald the Great, y en un abrir y cerrar de

ojos ató el extremo de la soga al arzón del arrobado Penny, y de otro espectacular y jacarandoso salto, volvió a montar, y llevando a rastras al pistolero, se alejó a galope, entre una tolvanera de calurosos aplausos y entusiastas godblessamericas, camino del desierto.

Retiradas de la pista de baile las víctimas del terrible tiroteo y desecados con serrín los charcos de sangre, la fiesta se prolongaría hasta bien entrada la noche.

En el desierto, los saguaros elevaban al cielo estrellado sus rezumantes brazos espinosos, y los hambrientos coyotes, engolosinados ante el fortuito festín, aullaban a la luna, indiferente y muda.

Alister Ramírez Márquez

Ofelia la quinceañera

Fue a la sala. Acarició las hojas brillantes de las plantas que ella misma regaba una vez por semana. Las limpió como si fueran los deditos de la niña. Aún bajo cero, abrió las dos ventanas por donde entraban los escuálidos rayos del amanecer. Sentía que se ahogaba. Escuchaba el sonido de las cadenas de la puerta de la panadería colombiana que estaba al frente de su edificio y la abrían al amanecer. Los olores a queso mezclado con guayaba de los pasteles y panes recién horneados subían por las paredes y se metían por los vidrios opacos. Entonces se preparaba un té de manzanilla y volvía a la cama.

No estaba allí. Ni en la cuna ni tampoco a su lado. Había perdido la cuenta de los días y las noches. Hacía años que no dormía bien. Esa sensación de ver las cosas desde arriba, como si estuviera flotando, comenzó en su adolescencia, antes de que llegara a Nueva York, antes de haber pasado el río Grande, la frontera entre México y Guatemala, las carreteras centroamericanas.

La bebé no estaba con ella y era como si le faltara el aire de las montañas cafeteras de Nicaragua, donde había pasado su niñez. Ahora, casi cuarenta años después, en su habitación de Brooklyn, a la medianoche buscaba, sonámbula, en la oscuridad, a su hija. Tuvo dos hijos más, eran ya unos hombres y se habían ido de la casa. Cómo le hubiera gustado llevarla a la escuela, celebrar

sus quince años, acompañarla a su grado porque iba a ser una profesional antes de casarse... A medida que pasaba el tiempo las horas se le hacían interminables, se daba cuenta de que había entregado todo a un solo hombre, por nada. Entonces su marido se despertaba y le decía:

—Madrecita, acuéstese que mañana tiene que levantarse temprano. Entonces ella le devolvía una sonrisa y cerraba los ojos como para no recordar.

¿Cómo fue que cedió a una hijita de dos meses a los coyotes para que la pasaran porque le dijeron que tenía que cruzar el río en la oscuridad y solo con la ropa que llevaba puesta? Durante cuatro décadas había intentado darse una respuesta lógica ante un acto que a simple vista parecía un arrebato, de momento, solo un capricho. Pero en el fondo ella sabía que no había sido así.

Para justificar su acción había querido creer lo que le aseguraron esos hombres: que se la entregarían una vez pasara al otro lado. ¿Cómo se dejó convencer tan fácilmente por su marido, que ya estaba en México, para que entregara la niña a unos desconocidos? ¿Cómo no se le ocurrió que la podrían secuestrar y luego exigirle plata para devolvérsela? Él no la había persuadido, fue ella misma quien lo había planeado. Era la venganza.

Él la estaba esperando desde hacía varias semanas en México. Ella solo aguardaba por una señal. A cualquier hora los coyotes se pondrían en comunicación con ella para que saliera de su pueblo, abandonara su país natal, cruzara el río Coco hacia Honduras, cruzara El Salvador, hasta llegar a Guatemala y desde allí pasarla a México. Lo que no le dijeron fue que tendría que entregar a la bebita antes de atravesar la frontera. ¡Cómo odiaba a su marido por no haberle dicho nada! De haberlo sabido, nunca habría dejado la casa de su hermana mayor. El marido había tenido que salir corriendo porque lo iban a matar por un lío de faldas, y no porque fuera un Contra, como se rumoreaba. Se había metido con la hermana de uno de los líderes sandinistas y la había dejado embarazada. ¡Cómo lo odiaba!

¿Por qué ahora le tocaba salir a medianoche, escondida como una delincuente, con la niñita en el regazo, envuelta en un atadito, con el traje que su mamá le había hecho para el bautizo? Era un vestido rosado, tejido a mano. Esta había pasado una semana sin descanso, haciéndolo como si ya supiera que el cáncer que te-

nía regado por todo el estómago no le permitiría ver a sus nietos y a los otros hijos que tenía por el mundo. Sin embargo, la abuela alcanzó a ver a la niña vestida como una princesa, en la iglesia, con sus ojitos negros bailaores, los mismos del abuelo, que en paz descansen, y la misma sonrisa inofensiva de su hija.

Unas semanas después falleció la madre, y Ofelia se sintió aún más huérfana desde que el marido se había escapado a México. Lloraba por las noches por la pérdida de sus padres, la ausencia del esposo, pero se consolaba al ver a la niña, junto a ella, que le sonreía, con su mirada de gatica, en medio de la oscuridad. Desde entonces vivía con su hermana mayor y le ayudaba con los trabajos domésticos para no pensar en nada. La casa materna se había convertido en un centro de refugiados familiares. Llegaban de otros pueblos, unos perseguidos por el gobierno, otros por los sandinistas y muchos porque no aguantaban más la pobreza. En una casa donde habían criado a una docena de hijos siempre se compartía hasta un pedazo de pan.

Ofelia atravesó medio Centroamérica para verse con el único hombre con quien se había acostado a los 14 años y que tanto daño le había causado. Lo conoció porque un hermano lo trajo a la casa y desde que la vio este se enamoró de ella. Las hermanas lo notaron, pero a una madre no la engañaban así no más y no permitió que volviera a la casa. Fue tanta la insistencia y los mensajes a través de sus hermanos que ella terminó viéndose a escondidas con él. Todo ocurrió tan de repente que al cumplir los quince ya estaba embarazada, y los Sarmiento lo obligaron a casarse con Ofelia. De jugar a la gallina ciega y al escondite en los cafetales pasó de la noche a la mañana a cambiar pañales, amamantar, ser huérfana y humillada ante la familia y el pueblo por su propio marido. La noche que le avisaron que tenía que salir ni siquiera pudo empacar otras muditas para la niña.

Cómo le hubiera gustado ver crecer a la niña en medio de los cafetales, jugando con sus futuros hermanos y primos. Así se había levantado ella, en el campo, en medio de una familia de doce hermanos. Ella y Sofi, su hermana gemela, eran las del medio y les tocó ayudar a criar a los más pequeños porque la madre no daba abasto con tantas bocas que alimentar, ropa que lavar, ocuparse de los quehaceres de la casa y atender a un marido tímido, aunque fogoso en la cama. Su padre había sido un santo, pensaba

ella, y estaba convencida de que todos los hombres eran así: piamados y callados. Los hermanos mayores trabajaron en los cultivos de café desde que tuvieron uso de razón. Unos se habían ido a Managua, otros estaban en la guerrilla, uno de los menores en Estados Unidos, pero dos de sus hermanas se quedaron también en el pueblo. Sofi, la gemela, fue la más rebelde y ahora se llamaba Vínica, Victoriosa Nicaragua. Se había escapado con un sandinista muy buen mozo y no sabían su paradero. Se comunicaba a través de una vecina pero nadie le decía a la madre dónde estaba. Eran las órdenes de la comandancia.

Cuando falleció la mamá, su hermana mayor, que no era casada, asumió el mando de la familia. Ofelia se quedó en la casa de toda la vida y allí recogían a todos los familiares que estaban desamparados. Así fue como llegó de nuevo al hogar que había sido de sus padres. Venía huyendo porque también la iban a matar como a su marido. Finalmente la dejaron en paz cuando el nuevo alcalde del pueblo recibió una llamada de uno de los comandantes sandinistas ordenándole que dejara en paz a la familia Sarmiento. Todos en el pueblo sabían que la Sofi era la que había intervenido, ya que por su valentía y lealtad la habían ascendido al rango de capitán Vínica. Ofelia no volvió a ver a su compinche Sofi desde que se había volado de la casa, pero de vez en cuando les mandaba dinero y su hermana mayor guardaba una fotografía de ella, con botas militares y un sombrero de color camuflado que no le sentaba nada mal. Estaba casi irreconocible. Supieron que era Sofi porque le faltaba el dedo meñique, mochado desde niña en la puerta de la cocina. Eso lo notó Ofelia al ver la imagen de su hermana, quien sostenía con mucho orgullo un fusil G3A3.

¿Cómo era que después haber pasado más de 48 horas viajando escondida en la parte trasera de una troca, montar en buses públicos y otros vehículos que ya ni se acordaba, tuviera que entregarles su hijita a unos hombres que jamás había visto? Horas sin dormir, pensativa, en medio de otros que iban para el mismo destino. Quizás la polvareda en las carreteras salvadoreñas, las requisas en algunos cruces, el cansancio, el miedo, la rabia, un arrebato le habían llevado a tomar una decisión de la cual se arrepintió toda su vida: entregarla con un maletín con tres pañales y dos teteros.

Casi como sonámbula, caminó por horas entre los otros miserables, luego cruzó un río, que no le impresionó, porque siempre le dijeron que se podría ahogar, pero solo tuvo que quitarse los zapatos porque ya había pasado el invierno y solo quedaban hilos de agua filtrándose entre las piedras. No le importaba haberse ahogado, porque ya no tenía a la niña entre sus brazos. Al otro lado estaba México, el camino para llegar al destino final: los Estados Unidos, donde los esperaba su hermano. Otro día más para ver a su marido, a quien no podría perdonar.

Cuando comenzaron a devolverles las maletas y los bultos al otro lado de la frontera, en México, ella salió gritando en medio de la hilera y les preguntó: ¿Dónde está mi hija? Los hombres se miraron entre sí, regresaron al carro, abrieron un portamaletas y le devolvieron un maletín con los mismos tres pañales.

—Se la tuvimos que dar a una señora antes de cruzar porque estaba llorando mucho y no podíamos levantar sospechas. No se preocupe, que ya tendrá más hijos, usted es solo una quinceañera.





Christian Rubio

Ni de aquí de ni de allá

No importan las circunstancias, ni el lugar de donde uno proviene, la experiencia migratoria de todas las personas varía individualmente. Después de todo, llegamos de diversos rincones del mundo, a varias edades y durante diferentes épocas, que de una manera u otra afectan nuestra experiencia en este país. Es por tal razón que no considero mi historia más singular que otras, pero sí que tomó diferentes giros a través de los años.

En lo que ahora creo fue un vaticinio de mi vida, pasé mis años de niñez y adolescencia por varios distritos y departamentos del Perú. Me crié en el país andino. Durante esos años fui testigo de los constantes cambios que obligaron a mis padres a buscar otros horizontes para darnos a mis hermanos y a mí un mejor futuro. Por tal razón, en 1988, en el que debió haber sido mi último año de secundaria, nos embarcamos rumbo a los Estados Unidos de América, hacia Nueva York. De aquella ciudad solo sabía lo que había oído de un profesor de matemáticas del ahora difunto colegio Lima San Carlos: “Nueva York es una jungla de cemento donde todo se mueve a una velocidad impresionante”.

Al llegar a la Gran Manzana, y como cualquier adolescente, quise zambullirme en mi nuevo ambiente. Empero, sabía que lo primero que tenía que hacer era aprender el idioma. Cuando empecé a tomar clases de inglés en un programa de verano en el colegio Newtown, del condado de Queens, conocí por primera vez a perso-

nas de diferentes lugares del mundo –Colombia, China, Corea del Sur, Polonia, entre otros– con los que de una forma u otra entablé amistad. Por ello, cuando asistí a la secundaria en el mismo lugar, no me afectó demasiado. Eso sí, ir a un colegio que era todo un crisol de razas y nacionalidades diferentes avivó mi sentimiento patriota. Cada día quería aferrarme más a mis raíces peruanas.

Sin embargo, todo cambió en mi segundo y último año en la secundaria. En octubre de 1989, sin tener todavía un conocimiento amplio de mis opciones postsecundarias y con un inglés limitado, seguí los pasos de mi hermano mayor e hice lo impensable: opté por la vida militar. En efecto, bajo las voces de protesta de mis padres y profesores que me aconsejaban no hacerlo, me enrolé en la Armada de los Estados Unidos. Ese mes también quedó establecida mi fecha de partida para el 27 de agosto de 1990, tan solo dos meses después de recibir mi diploma de secundaria. Recuerdo vívidamente aquel día en que vinieron a recogerme, y entre los sollozos de mi madre me enrumbé hacia los Grandes Lagos en Illinois. Esa mañana calurosa también supe que mi vida iba a cambiar para siempre, y reconocí que por más que quisiera seguir siendo “muy peruano” no iba a poder ser así. Después de todo, empezaba a defender oficialmente la soberanía de los EE.UU.

Mis años de marinero indudablemente influyeron mucho en mi identidad: ser peruano o estadounidense. Fue durante aquel tiempo que también me di cuenta de que no todo era blanco y negro. Efectivamente, mientras viajaba por Europa en una nave con bandera estadounidense y conocía a un sinnúmero de personas, todos me identificaban como peruano. Recuerdo que durante mi estancia en Escocia, en más de una ocasión los fanáticos del equipo Celtic que conocí recordaban con ira el triunfo de Perú ante el país británico en el Mundial de 1978. Momentos como ese eran los que me revelaron que para muchos yo no era norteamericano sino peruano.

Egresado de las Fuerzas Armadas, sabía que el camino lógico a seguir era la universidad. Es así que ingresé a Queens College en Nueva York. Como había sucedido en la secundaria, la cafetería donde se reunían los estudiantes era un verdadero mosaico de diferentes nacionalidades. Yo, obsesionado por mantener mis raíces, hice un viaje a mi país natal hacia finales de 1995. En esas vacaciones empecé a observar diferencias que confirmaban mi temor: ya no era el mismo peruano de antes. En aquella época, el

Perú había cambiado, la economía era más estable y los temores de Sendero Luminoso se habían ya disipado.

Unos meses después de mi regreso, mis hermanos se naturalizaron estadounidenses, pero yo no quise hacerlo porque hubiera significado perder mi pasaporte peruano. Es más, cuando decidí naturalizarme en 1997, lo hice porque ya entonces podía conservar mi nacionalidad peruana.

Continué mis estudios universitarios, y cuando llegó el momento de especializarme, sorprendí a muchos otra vez. Y es que el campo de estudio más lógico hubiera sido la literatura peruana. Es más, en el año 2000 hice otro viaje a Perú para cumplir un anhelo personal: visitar las ruinas de Machu Picchu. Aquel viaje me permitió reconocer que si bien mis raíces son peruanas, el tronco es estadounidense, mientras que las hojas y las ramas son muy diversas. Gracias a esta diversidad, me relacionaba con europeos, latinoamericanos, estadounidenses, australianos, y muchos más. A pesar de mi anhelo de “seguir siendo peruano”, cuando escogí el tema de mi disertación, opté por la voz sencilla pero profunda de Antonio Machado. Fue en ese instante que me encontré con otra identidad, era peruano de nacimiento, estadounidense de educación y especialista en literatura española.

Con esta triple insignia empecé mi carrera docente en una ciudad pequeña de Luisiana, al sur de los EE.UU. El cambio drástico de seis millones de personas a sesenta mil habitantes me afectó de una forma inesperada. Y es que en aquel pueblo de Monroe, por lo general yo era considerado neoyorquino y peruano al mismo tiempo (prefiero olvidar los epítetos despectivos que a veces oía a mi paso), lo que era sin duda algo nuevo. Nunca antes se me había considerado yanqui y peruano a la vez. Continuando mi carrera, llevé varias veces a estudiantes a Costa Rica, España y Perú. Durante todos esos viajes me relacionaba con latinoamericanos y españoles sin ninguna dificultad.

Conforme han pasado los años me encuentro de vez en cuando pensando en mi identidad. Cuando conozco a personas estadounidenses, a veces se asombran de que yo no haya nacido en este país; cuando viajo a Perú, muchos se extrañan que no viva allá. Sea como fuere, debo admitir que le debo mucho a los Estados Unidos, país que me ha brindado la oportunidad de viajar por todo el mundo, y en ninguno de esos países me he sentido extranjero, tal vez porque no soy ni de acá ni de allá, sino de todas partes.



Rose Mary Salum

Plaza de las alegrías

A Pita y Estela

Iba de prisa, y sus senos, magullados por tantas manos anónimas, ahora oscilaban golpeando su pecho. La casa donde trabajaba no estaba tan lejos del lugar del accidente. Desde niña sus padres soñaron con otro futuro para ella pero las circunstancias propiciaron un viraje en su fortuna colocándola donde se encontraba. Si era feliz o no, jamás se lo había preguntado; no cabía dentro de su espectro imaginativo. Se quejaba a diario por la falta de lujos, por lo caro que estaba todo, porque su cuarto era rentado y no propio, porque no tenía un auto, porque Marusita siempre se llevaba los condones de su cajón, pero afirmar que era infeliz tampoco podía aseverarse. Ella vivía y se acabó. Sin dobleces, como dicen algunos, atendida tan sólo a sus impulsos. Siguió corriendo por la banqueta y supo que estaba cerca cuando vio a aquel tumulto de gente rodeando a un cuerpo atropellado. Empujó a los curiosos para abrirse camino y asegurarse de que Marusita estaba bien, apurar las cosas para salir de dudas, para que le dejara de latir con tanta violencia el corazón. Llegó hasta donde estaba el cuerpo tendido, escurriendo sangre y empapado en sudor. Yacía en el piso profanado de cristales rotos y gasolina. Quiso limpiarlo, retroceder los engranajes del día para no verlo así, no descubrir

quién era la persona que ahora yacía enfangada en el pavimento media muerta, quizá ya muerta.

Entonces recordó a la bruja y su sentencia: algo malo se avecina. ¿Quién iba a pensar en eso?, esa gente predice y nada se cumple. Aquel martes, cuando se reunieron como siempre a tomar sus copas, ella le dijo nerviosa, es la muerte, ¿la ves?, y vendrá pronto. Mira, aquí se asoma en las cartas. ¡Ay hija! reza para que se alejen los malos espíritus y ponle una veladora al santo patrono de todos los cielos. Bebieron las dos hasta la madrugada.

Un policía le gritó que no se acercara, la ambulancia estaba cerca, su luz roja disparaba encima de ellos. Pero ella debía hacerlo, estar allí, confirmar que la persona accidentada no era su Marusita, su niña adorada, su compañera de pobreza, de carencias y de prostitución. Ella era su consuelo, siempre lo fue desde aquel día triste y gris cuando Marusita apenas tenía quince años y llegó a donde ella a pedirle dinero. Tenía la tez sucia y el pelo rojizo, pero no fue eso lo que le despertó un sentimiento de atracción sino su idea de ir al norte, de cruzar el río y olvidar la pobreza, buscar la aventura, ganar dinero y vivir como la gente por primera vez en su vida. Al menos así decían, que allá sí había dinero, sólo había que tener cuidado con la cruzada, lo demás era pan comido.

Comenzó una amistad dispareja, nada coincidía más que la ilusión de ambas por buscar nuevas tierras. Se encontraban a veces en la calle, en la plaza de armas, cuando Ramona salía a comprar algo de comida y Marusita a pedir limosna. Dicen que está bien duro, que mucha gente se muere, me lo dijo Cayetano, hoy fue a verme y me lo contó. Dice que cuando él salió primero tuvo que cruzar el desierto, que le llaman el camino del diablo, que el calor espantoso te vuelve loco. A unas personas les afectó tanto que primero se empezaron a encuerar, luego ya nomás avanzaban sin dirección. Al final caían muertas. Yo no le creo, no creo que sea tan difícil, acá hace un calor endiablado y nadie se muere. Ese pinche Cayetano exagera, me cae que es pura mentira, si no ¿cómo le hizo él pa' no morirse?

Ramona le pidió a gritos al policía que le dijera si la mujer que estaba tirada en el piso era su Marusita. Gritaba como si estuviera endemoniada, poseída por un dolor maligno que ella misma no entendía, hasta que comenzó a sentir que ya no era dueña de sí,

que su vida era un gemido, una dolencia permanente, un desear constante, eterno, pero frustrado, siempre insatisfecho. Quería, y no, saber si esa persona allí tendida era su niña, su compañera de viaje hacia la opulencia. Había mucha gente y sentía más bien que se alejaba, que llegar hacia el cuerpo iba a ser imposible, tan imposible como lograr sus sueños. Aún recordaba sus reuniones en la banca de hierro forjado de la plaza de armas. Allí se sentaba, mientras la esperaba veía pasar al boleador de zapatos, al globero y a la vendedora de las alegrías. Así fueron maquinando su partida. Cada vez se veían más seguido y hablaban; todo siempre en secreto, en voz baja, como confabulando contra el destino. Tendrás que trabajar tú también Marusita, a pura limosna no juntaremos ni el mínimo. Vente a talachar conmigo, estás fresca y eso les gusta a los hombres. Podrías cobrar más que yo y así nos iríamos más rápido. Dicen que allá los dulces son más ricos y que los globos son más rojos. ¿Te lo puedes imaginar?

Llegó el día. El camión era viejo y herrumbroso, había que subir con cuidado para no cortarse los dedos. Todos iban en silencio, quién sabe si por la modorra o por el temor. Sólo se oía la radio entrecortada por la interferencia: *Te vas porque yo quiero que te vayas, a la hora que yo quiera te detengo, yo sé que mi cariño te hace falta, porque quieras o no yo soy tu dueño.* Pasada la media noche, se escuchaban entre susurros los ¿pa' dónde vas? Fue entonces cuando Ramona reconoció a su vecino. Apenas se hablaban. Lo observó mientras el vaivén del camión mecía su cabeza como dando una negativa eterna. Marusita venía dormida, entonces Ramona se pasó al asiento vacío y se acercó a él. La música había cesado, tan sólo persistía el ruido del motor. Por qué se va usted, dijo ella. Pos ya sabe, pa' qué pregunta, ¿y usted? Por lo mismo. Al cabo de un rato él se volvió hacia ella y le dijo, mire usted, ni se le ocurra irse por el río, es muy peligroso. No se preocupe, yo y Marusita sabemos nadar. ¿Es su hija? No, es mi amiga. No importa, no se vaya por el río, dicen que hay muchas patrullas, con muchos aparatos que agarran a la gente aunque sea de noche. Y entonces ¿pa' dónde jalamos? no me haga dudar oiga, porque además dicen que por el desierto la gente se muere. Mire, por allá no hay patrullas, ni un alma pa' que me entienda, mejor allá usted decida, el camión hace una parada en dos horas. Los dos volvieron a arrullarse por el ritmo del motor, por sus pensamientos, por el recelo, por el te-

mor a lo desconocido. Después de dos horas el camión paró y sólo ellos y tres personas más descendieron.

El frío era intenso, nadie hablaba, quizá el saber que se acercaba el momento de cruzar la frontera generaba una especie de ansiedad. Llegó otro camión y todos subieron. Era de noche. El vaivén del camión volvió a adormilarlos. Las horas se llenaron de sombras y ni la luz de las estrellas iluminaba la carretera. El tiempo transcurrió entre sueños, en una dimensión donde el día y la noche ya no se distinguen, como en un estado intermedio donde la realidad y los deseos se confunden. A lo lejos se veía la luz del amanecer. Pasaron algunas horas más hasta que el sol intenso de la mañana lo llenó todo. El camión comenzó a disminuir la velocidad y todos sacudieron sus cabezas como para espantar el sueño y averiguar dónde estaban. Finalmente, después de muchas horas de recorrido, el camión llegó a un pueblo. Marusita y Ramona se miraron a los ojos, jamás pensaron que en verdad algún día lo lograrían. Una vez abajo caminaron pueblo adentro para buscar un lugar donde comer. Se sentían alegres, llenas de vida. Llegaron a una fondita, uno de esos lugares donde venden comida corrida, era barato y eso las motivó a entrar. En el fondo se oía una canción: *Dios dice que la gloria está en el Cielo, que es de los mortales el consuelo al morir, Bendito Dios porque al tenerte yo en vida, no necesito ir al cielo...* Comieron con precipitación. Como no habían comido en veinticuatro horas todo les pareció delicioso. Se sentían como si estuvieran dando un paseo, un largo y placentero paseo. Un marchante les ofreció algo de tomar. Si van pa'l norte van a necesitar mucha agua, allá todo está muy seco y se van a morir de sed. Ellas se miraron sorprendidas ¿cómo se había enterado de sus planes? Todo era un ambiente festivo, incluso el coyote que más tarde se les acercó parecía feliz. Al fondo se oía una tonada: *Es la historia de un amor, Como no hay otro igual, Que me hizo comprender, Todo el bien, todo el mal, que le dio luz a mi vida...* Les preguntó si iban para el norte y ellas asintieron; les ordenó que lo siguieran. Ellas querían seguir allí, tranquilas, casi felices. ¡Ni madres!, ordenó, ¡ya viene la noche y hay que irse de aquí a la chingada! De veras, váyanse antes de que empiece la noche, recomendó el marchante. Salieron de la fonda buscando al hombre que anteriormente les había ofrecido el servicio, pero otro de inmediato las interceptó. Ya sé a quién buscan, síganme. Las llevaron a

un taller mecánico. El sol se empezaba a ocultar, pero el calor aún apretaba. Los perros se acurrucaban, sedientos, bajo los coches. Al entrar sintieron un ambiente frío, como el de una hielera. La música estaba en todo su apogeo: *Solamente una vez amé en la vida, Solamente una vez y nada más...* Pasaron entonces a una oficina no menos sucia pero silenciosa. El coyote volteó para ver si alguien los seguía y cerró la puerta. Ustedes van pa'l norte ¿verdá? Ellas asintieron. Son dos mil quinientos dólares por persona y las dejamos ya casi pa' llegar; aún así tienen que seguir caminando unas dos horas más, pa'l norte, siempre pa'l norte; le entran orita mismo o se van a la chingada de aquí. Ramona sintió todo el peso de la situación como un trancazo en el estómago. Marusita la miró, para que ella decidiera porque se había quedado muda. Es que no traemos tanto, alcanzó a decir Ramona, nunca pensamos que, Cuánto traen, escupió el coyote. Tres mil seiscientos, eso es todo. Dámelos ahorita mismo y apenas los estaba sacando cuando el otro hombre se los arrebató y se los entregó al jefe. Éste contó el dinero cuidadosamente, sus ojos vidriosos ni siquiera parpadeaban. Cuando acabó, les dijo, se van en el coche aquél, no las van a dejar donde quedamos, así que desalojen. Súbanse al coche blanco ahorita mismo. Ramona quiso decirle que siempre no, que mejor se regresaban a su pueblo, a la plaza de las alegrías y de los globeos, pero el hombre que las sacó de la fonda, las sacó también de la oficina y les indicó con un gesto que subieran a una camioneta destartalada. Allí, amontonados, estaban seis hombres y un joven como de 17 años. Los respaldos de los asientos estaba raídos y se les veían los resortes. El calor era infame. No las hicieron esperar demasiado, apenas ellas subieron en la parte delantera arrancaron. Un hombre manejaba el vehículo. Llevaba una camisa sucia y abierta desde donde se asomaba su estómago protuberante y brillante. Abra las ventanas, pidió uno de los señores, aquí atrás nos estamos ahogando. Pos jala la chingada manija, pero con cuidado porque luego se zafa la ventana. Marusita venía sentada en una orilla, su cuerpo no podía aguantar el asiento ardiente; después de un rato, se resignó al calor y se recargó en el respaldo. Entonces todos miraron hacia la ventana, otra vez callados como si el silencio fuera la olla en donde se cocina el arrepentimiento. Iban apretados, hombro a hombro, como si esa posición les diera ánimos y la valentía necesaria para continuar por un camino incierto.

El día había concluido y la polvareda del camino quemaba los pulmones. La camioneta avanzaba penosamente tratando de evitar los baches. Finalmente paró. Habían llegado al desierto. El gordo se bajó y abrió la puerta. Bajen, ya llegamos. Marusita y Ramona obedecieron de inmediato, pero los hombres no. Uno de ellos comenzó a quejarse. Eso no había sido lo convenido, argumentó, les prometieron dejarlos ya casi para llegar. ¿Qué esperaban por la mierda que pagaron?, se burló el gordo, ¿que los dejara en un hotel de lujo? El gordo sacó una pistola, mientras gritaba encolerizado, ¡aquí se bajan y aquí se quedan hijos de la chingada! Y en ese mismo instante disparó un tiro al aire. El próximo va pa' ustedes, ¿quién se anima? Subió a la camioneta, encendió el motor y se alejó del lugar sin detenerse siquiera a mirarlos.

Ramona y Marusita comenzaron a caminar. El calor era implacable pero ellas continuaron caminando sin rumbo, alejándose de todos y de todo, el miedo era el motor de sus cuerpos y ya no había espacio para quejas. Pasaron algunas horas; al principio todo el camino se les fue en hablar del incidente con el gordo, pero después cada una se quedó en silencio. Se había hecho de noche. Soplaban un viento ardiente que arrastraba los montículos de arena. Empezaron a sentirse atemorizadas. Marusita se echó en el suelo, estaba exhausta. Temblorosa buscó abrir la botella de agua pero Ramona la detuvo. Aguántate, todavía nos falta mucho y nos tiene que rendir. Ya debemos estar cerca, dijo la más joven, llevamos muchas horas caminando, ya se hizo de noche y dentro de poco se deben ver las luces a lo lejos. Ignorando la sugerencia de Ramona, Marusita tomó agua hasta saciarse. Estaban las dos empapadas de sudor. A pesar de que era ya oscuro, el calor continuaba, y daba la impresión de que la arena se evaporaba del piso como el humo de una taza de café hirviendo. Durmieron vencidas por el cansancio. Pasaron muchas horas, y, mientras tanto, la luna hacía su recorrido astral sobre la noche. Amaneció y las mujeres seguían dormidas. En ese momento, Ramona comenzó a sentir que algo se deslizaba por su cuerpo lamoso, como un hielo ardiente. Ramona abrió los ojos y vio a una serpiente que zigzagueando se escondió entre unas piedras. Se le nubló la razón y la paralizó de miedo. El corazón le latía con violencia y de un salto se incorporó alejándose de las piedras. Marusita también se incorporó alterada por los gritos de su amiga y comenzó a llorar desesperada, aún sin compren-

der lo que sucedía. Ramona, con voz trémula, le relató lo sucedido. Marusita no la dejó terminar y con la cara llena de lágrimas, la tomó de la mano y la jaló hacia ella, para abrazarla. Continuaron el camino. Esta vez iban tomadas de la mano, lo que les proporcionaba un sentimiento de seguridad. El sol seguía su ascenso por el cielo limpio de nubes, y el calor, inmisericorde, aumentaba, pero aún así siguieron avanzando. Cuando una se demoraba, la otra le ponía la mano en la espalda para motivarla a continuar. Tomaron las últimas gotas de agua, pero ya nada aliviaba sus bocas acartonadas, sus lenguas agrietadas. Su piel estaba lacerada, las ojeras se les habían puesto oscuras y el pelo les chorreaba de sudor. Así prosiguieron, paso a paso, cada vez más lánguida, más alucinante, más aturdidamente. Marusita se tendió en la arena y ésta se le pegó al cuerpo cubriéndola con una capa muy gruesa. Ramona se acercó y trató de levantarla, pero ella seguía rendida en la arena. Así estuvieron mucho tiempo, quizá un día, jadeando, quemándose, sintiendo su organismo encharcado en agua. Estaban exhaustas, pero Ramona no se quejaba porque el sol la tenía muda, adormecida y meciéndola al ritmo de sus ondulaciones. Ramona sintió deseos de llorar, le dolían las articulaciones y sentía brasas ardientes en su espalda, pero de sus ojos no brotó ni una lágrima. Entonces se quedó dormida.

Tuvo un sueño alucinante, unas palomas se reclinaban y veía cómo su pecho se llagaba hasta dejarles la carne viva. La arena se les pegaba a las llagas y ella intentaba sacudírsela pero al hacerlo las raspaba. Lloraba, lloraba mucho por el dolor del arrepentimiento, lloraba como si las hambrunas de su pueblo triste se hubieran confabulado en su persona, lloraba por el regreso frustrado y por Marusita caída. Quiso despertar, pero le faltaba fuerza para abrir los ojos. Comenzó a ver las autopistas de su pueblo y a Marusita atravesando la calle. Ella se iba desvistiendo, se iba quitando prenda por prenda, tengo calor, le decía, mientras iba dejando su ropa por todo el pavimento brillante. Un coche venía a toda velocidad pero ella no se percataba de eso, entonces se sobresaltó y trató de abrir los ojos en vano. Vio muchos hombres, figuras masculinas que sigilosos rodeaban a Marusita, mujeres con las manos en la boca y cabezas inclinadas. Cada vez las personas se apretaban más alrededor del cuerpo de su amada, de su amada Marusita, la

luz de su vida, la vida de su vida. Dejó de verla. Un temor apretujaba su corazón. Debía asegurarse de que estaba bien. Entonces se echó a correr con prisa y su cabeza se contraía y se expandía dolorosamente. Quería abrirse camino, asegurarse de que ella estaba bien. Se tropezó contra unas piedras filosas, y desde el suelo, arrastrándose, continuó mirando la escena. Las figuras femeninas ahora también se desvestían por el calor, sus prendas estaba mojadadas. Ella se incorporaba y seguía corriendo por las montañas de arena y supo que estaba cerca cuando vio el tumulto de gente a unos pasos de ella. Empujaba a los curiosos desnudos para abrirse camino y asegurarse de que Marusita estaba bien, apurar las cosas para salir de dudas, para que le dejara de latir con tanta violencia el corazón. Llegar hasta donde estaba el cuerpo tirado, embarrado de sudor y arena del desierto. Quiso limpiarlo, relamerle el polvo y la tristeza, retroceder los engranajes del día para no verlo así, no descubrir que la persona que ahora yacía desnuda enfangada en la arena era la persona amada, la cómplice de sus sueños, el único ser querido que le había hecho eco a sus quimeras, a su deseo de abandonar el oficio y a la pobreza. No quería descubrir que estaba media muerta, o quizá ya muerta y por eso lloraba con un llanto quedito y doloroso, la llamaba, ¡Marusita, Marusita despierta!, abre los ojos, Marusita no te mueras, mira que yo te amo. Marusita, no te vayas, no me dejes sola, Marusita, despierta ¡No me dejes! Las sirenas aullaban enloquecidas. La luz del coche parpadeaba agresiva, rompiendo la unanimidad ocre del desierto. La patrulla de la frontera se acercaba a los cuerpos desnudos de las mujeres caídas. Dos hombres descendieron del auto y se acercaron a ellas. Allí yacían dos cuerpos desfallecidos, tomados de la mano, casi fríos por la presencia de la muerte. El radio tocaba una canción triste: *Dicen que por las noches nomás se le iba en puro llorar, dicen que no dormía nomás se le iba en puro tomar. Juran que el mismo cielo se estremecía al oír su llanto, cómo sufrió por ella que hasta en su muerte la fue llamando. Cucurru cu cú, paloma...*

Tino Villanueva

Así dijo el Señor

Al principio nadie dijo nada.
Sería la primavera del 56 –recuerdo aquel bochorno
pegajoso y maloliente del salón pacificado–
y tal enunciación venía
del Director de secundaria, señor de voz
indiferente a nuestras vidas.
Y como nos llamaban *latinoamericanos*
en aquel entonces, pusimos atención: “*Boys
and girls...*”, resonó el altavoz
por los salones. “Chicos, he venido escuchando
demasiado español últimamente.
Les recuerdo que vivimos en los Estados Unidos;
por lo tanto,
hablen en americano en estos recintos”.
Así dijo el señor con ese tono altivo que tenía,
como diciéndonos que el español
nos perjudicaba.

Mas no me lo tragué del todo, como el agua
no se traga el aceite y sigue viviendo.
Hacia calor y bajo el orden azul del cielo,

crucé el umbral de mis dos mundos:
“El que sabe dos lenguas vale por dos”,
decía el abuelo en casa.

Nada es eterno
y salí de allí como pude un día, de
aquel salón y de muchos más,
y me dediqué a lo que nace de los libros,
quizá porque allí
se abrían otros horizontes –la paz y el compás
de lo que vive entre las páginas–.

Hoy me declaro saludable;
respiro bien para dentro y para fuera en
ritmos esdrújulos y graves,
sobresdrújulos y agudos,
porque el arte bien labrado es también sabiduría:

Juventud, divino tesoro...

*

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero...*

*

Verde que te quiero verde.

*

*voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada...*

Andar, desandar. Nada es eterno.
Le he dado la vuelta al mundo
y de pronto en el camino
me he encontrado con esta memoria todavía.

En la clara actualidad: lo marginado
se ha movido más al centro;
lo de afuera se transforma en lo de adentro. Y
si antes no supe dar un contracanto,
ahora conmigo traigo
esta asamblea de palabras a
favor de esta república
donde se habla en español.





Lauro Zavala

*Crónica de Riverside: Cuatro meses
en Nueva York*

En julio de 2013 visité la ciudad de Nueva York para participar en un Encuentro de la Red de Investigadores de Cine (Redic), donde presenté un trabajo sobre melodrama y comedia en las instalaciones de City University of New York (CUNY), frente al Empire State.

En ese momento estaba en condiciones de planear mi periodo sabático para el siguiente año (2014), y por ello escribí un mensaje por internet al Chair del Departamento de Cinema Studies de la Universidad de Nueva York (NYU), donde fui aceptado como estudiante de posgrado en 1987. Ese martes envié un mensaje a las 2 am, y recibí una respuesta a las 4 am, en la que el Chair amablemente me invitó a conversar en su oficina el viernes.

Un año después recibí el contrato para impartir un seminario de posgrado y un curso sobre cine mexicano durante el otoño de 2014. Lo que sigue son mis impresiones de esta extraordinaria experiencia al vivir en esta intensa ciudad.

Septiembre 12: Primeras impresiones

Llegué aquí el 29 de agosto. Elsa y los niños llegaron al día siguiente: Aura tiene 15 años y Jorge Luis tiene 8.

Ésta fue mi segunda semana de clases. Como ya me lo esperaba, todo funciona a la perfección. Tengo 12 estudiantes de posgrado y 4 de licenciatura. La mayor parte son muy buenos, y estoy seguro de que van a terminar su doctorado en los próximos 4 años. El calendario escolar tiene 3 semestres al año y mi contrato es por tiempo completo, lo que significa que doy 2 clases de 4 horas semanales.

Los martes de 6 a 10 pm doy Film Theory and Analysis, donde los estudiantes están realizando cada semana un ejercicio con los modelos de análisis que he elaborado para estudiar el inicio, el final, la imagen, el sonido, el montaje, la intertextualidad, la traducción, los géneros cinematográficos, etc.

El otro curso es Mexican Cinema: A Generic Approach, los jueves de 12:30 a 16:30, para el cual entregué a los estudiantes un paquete de artículos en inglés sobre cada una de las 10 películas subtituladas en inglés que ellos deben ver, una cada semana. Estamos viendo películas representativas del melodrama, la comedia, el cine musical, el cine social, el cine policiaco y el cine erótico en sus versiones clásicas (1936-1956) y posmodernas (1990 – 2010). En cada uno de estos cursos tengo programado que en las últimas 3 semanas del semestre cada estudiante presente el análisis de una secuencia en la que ponga en práctica lo que aprendió. Y de ser posible, que empiece a adelantar los temas de su tesis de doctorado, pues en este momento todavía ninguno de ellos tiene un tema preciso.

Ayer estuve unas horas en México para estar presente en la instalación (por parte del Secretario de Educación) del Jurado del Premio Nacional de Lingüística y Literatura. Todo lo demás (votar por el ganador) lo estoy haciendo desde aquí. Lo que pasa es que esta reunión fue el miércoles y yo tengo clases los martes y jueves, así tuve que salir del país y regresar el mismo día.

Septiembre 15: Como en casa

Estamos viviendo frente a la Universidad de Columbia, en un edificio que pertenece a esa misma universidad, donde viven los deans (el equivalente a los directores de facultad). Esto está en 464 Riverside Drive, detrás de Barnard College. Por suerte estoy pagando al mes \$2,500 dólares de renta, pues este lugar en realidad cuesta casi el triple. La renta cubre todos los gastos de luz, gas y cable. El teléfono es gratuito y no tiene límite de tiempo en las llamadas al extranjero. Este departamento tiene un estudio muy grande, 3 recámaras y 3 baños. Como pertenece a un profesor que salió de viaje, tiene todo lo que necesito: librerías, impresora, etc.

Aquí enfrente tomo un autobús que me deja en la puerta de mi oficina, en la esquina de Broadway con la Calle 4, y es muy cómodo, con mejor luz que la de mi oficina. Exactamente enfrente de mi oficina está la *bookstore*, así que me siento como en casa. Bueno, en realidad mejor que en mi casa de México, es decir, como en CASA.

Los niños ya están yendo a la escuela. En la escuela de Aura los llevan 1 o 2 días a la semana a pasear al parque para jugar y conversar. Por su parte, Jorge Luis está disfrutando mucho de la escuela, y yo le ayudo a hacer las tareas, que aquí son muy interesantes. Tiene 2 maestras, una en español y otra en inglés, en días alternos. Y le han dedicado atención individual, cosa que yo nunca había visto.

De alguna forma, esta ciudad es como un inmenso parque de diversiones. Vivimos en el Upper West Side, sede de los Cloisters, el Lincoln Center y el parque flotante más largo del mundo, High Line. Tiene una extensión que cubre 24 calles, y cada 50 metros o algo así cambia la vegetación, la arquitectura, el tipo de sillas para descansar, las casas que están al lado, etc. Es como si hubieran pegado unos 50 pequeños parques uno tras otro, pero con una vista panorámica que da al Hudson River. Incluso hay varios libros que explican lo que uno encuentra, calle por calle (el tipo de vegetación, de música, etc.). Y frente a la casa está el Riverside Park, que abarca unas 25 calles. Mañana vamos a ir con Jorge al parque porque ahí habrá una feria de útiles escolares. Y luego vamos a jugar fútbol.

La comida cuesta un poco menos que en México, pero la diferencia abismal consiste en que aquí hay tiendas con docenas de cosas preparadas, y cada día hay sorpresas. Por ejemplo: garbanzos fritos con jitomates secos, ensalada de atún con espinaca y quinoa, ensalada de aceitunas turcas, ensalada de vegetales fritos, quiche de tocino con pollo frito, y así sucesivamente. Conté más de 120 alimentos distintos, y cada porción de aproximadamente una libra cuesta entre 3 y 5 dólares. Y el frasco de 2 litros de jugo cuesta 2 dólares. Hay más de 15 tipos de jugo, aunque los niños prefieren la limonada tradicional.

Elsa ha llevado a los niños a varias actividades gratuitas: la ópera en el Lincoln Center, el puente de Brooklyn, el Yankee Stadium, Central Park, la Zona Cero, el ferry a Staten Island, Times Square, Union Square, Washington Square (sede simbólica de mi universidad) y la misa dominical donde un grupo de negros cantan gospel *a capella* en la impresionante Catedral de St. John the Divine, a unas calles de aquí. También fueron a Broadway a ver una versión posmoderna de *Alicia en el país de las maravillas* (les gustó mucho a los tres) y estuvieron en el Tennis Open. Ahora los va a llevar al edificio de las Naciones Unidas, al Museo de Historia Natural y al Metropolitan Museum of Art. Yo trataré de ver a Woody Allen con The Eddy Davis New Orleans Jazz Band, que toca los lunes en el Café Carlyle, en la Calle 76.

El boleto de 110 dólares permite viajar por todo el sistema de transporte urbano durante un mes, sin límite (el boleto individual cuesta \$2.50, pero hay que pagar antes de subir al autobús, en unas máquinas especiales). A Aura le regalaron en su escuela uno de estos boletos (una escuela pública, gratuita).

Septiembre 18: Time is Money

La semana pasada entendí por qué todo el mundo prefiere viajar en el metro, que es lo más viejo y ruidoso de la ciudad, y (me parece) muy incómodo porque siempre hay que estar cambiando de línea, subir y bajar escaleras, y todo el mundo tiene mucha prisa. Lo que pasa es que es más rápido que el autobús. Incluso hay una línea *express* que sólo hace parada cada 25 o 30 calles.

Ocurre que fui a sacar una impresión en color de la portada de mi próximo libro (*Semiótica preliminar*), que me envió la editorial del Gobierno del Estado de México en un archivo PDF.

El mecanismo consiste en insertar una tarjeta de crédito en una de las computadoras de la papelería. Entonces esperé a que la máquina respondiera, inserté mi USB, localicé mi archivo y lo envié a impresión. Pero en ese momento descubrí el reloj que está en la pantalla para registrar el cobro del tiempo utilizado en la máquina. Y fue entonces cuando tomé conciencia de que debería detener ese reloj. Cuando lo hice, inmediatamente la máquina escupió mi tarjeta de crédito. El recibo marcó 1 minuto 43 segundos, además de la impresión. Fueron 2 dólares con 18 centavos, que ya habían sido cobrados a mi tarjeta.

Al recibir la impresión pude observar que era demasiado pequeña y no me servía. Pedí ayuda, y el encargado no me dejó darle ninguna explicación (pues eso le haría perder valiosos segundos). Insertó el USB en su máquina, estudió el tamaño del archivo y lo envió a impresión. Esta impresión fue mejor que la anterior, pero todavía era demasiado pequeña. Sin embargo, al ver que soy profesor de la universidad me dijo que no me cobraría por la nueva impresión (uno siempre debe traer colgada la identificación, que se le entrega a uno con un cordón). Ya no quise solicitar una nueva ampliación, pues no sabía cuánto me costaría el tiempo que ellos o la máquina tendrían que invertir en esa petición. Ahora entiendo el concepto *Time is Money*. Esto es Nueva York. Cada segundo cuesta una cantidad precisa de dinero.

Cuando estuve en México visité la fotocopidora de la esquina, saqué las copias que necesitaba y nadie me cobró el tiempo que ocupé en explicar lo que quería (explicación que me llevó unos 6 segundos). La copia me costó 7 pesos, es decir, unos 50 centavos de dólar (casi la quinta parte que en Nueva York). Y nadie me cobró por esos 6 segundos de explicación ni el tiempo que ocupó el empleado en escuchar mi explicación y sacar la ampliación. ¡Pero sería muy caro tomar un avión a México cada vez que necesite sacar unas copias!

Septiembre 21: Leyendo a Kant

Continúo esta crónica diez días después de haber hecho el viaje a México. En ese lapso me ha ocurrido algo que al principio me sorprendió, pero que ahora entiendo mucho mejor. Ocurre que estoy haciendo el trámite para que la UAM Xochimilco cubra mi viaje a Nueva York, con un presupuesto de investigación que fue aprobado hace seis meses. Pero ahora me acaban de solicitar que les envíe (desde Nueva York) una fotocopia de la fotocopia que yo conservo aquí de los documentos originales que les entregué en la Universidad la semana pasada, cuando estuve en México. Es decir, una fotocopia de los documentos que tienen sobre el escritorio. Creo que no pueden creer que lo que tienen enfrente es lo que tienen enfrente, y requieren de una comprobación que trascienda la evidencia empírica (o algo así). Me parece que éste es un problema que ya aparecía en los *Diálogos* de Platón, y que después fue retomado por los escolásticos medievales: ¿la realidad que perciben nuestros sentidos es la verdadera realidad? Sospecho que nuestro administrador ha estado leyendo a Hume y ahora está tratando de hacer pruebas de carácter epistemológico, y para este experimento filosófico ha decidido utilizar mis comprobantes de vuelo.

O en su lugar me piden (supongo que para facilitar el trámite, y que yo reconozca que ellos son muy flexibles) que les envíe los boletos que recibí por internet de la aerolínea, es decir, los mismos boletos que ya les entregué la semana pasada. Pero (para comprobar que son verdaderos y no una mera ilusión de los sentidos, como llegó a sospechar el mismísimo Kant) me piden que en esta ocasión se los envíe con la publicidad de chocolates que yo eliminé al entregar estos documentos.

Cuando envié esta noticia a los colegas de mi área de investigación (formo parte de un grupo de 8 investigadores que sufrimos este proceso cada año), la jefa del área envió un oficio a los demás jefes de área y al jefe del Departamento de Comunicación. Pero nadie sabe cómo resolver este problema. De hecho, la filosofía continental todavía sigue debatiendo qué tanto podemos confiar en lo que perciben nuestros sentidos.

Octubre 25: Columbia University

Esta tarde crucé la calle y me encontré con Alan Ziegler, profesor de la Universidad de Columbia, quien elaboró una antología de minificciones de 34 países, y que tituló simplemente *Short*.¹ Me comentó que los derechos de los textos incluidos le costaron 20,000 dólares, y que los pudo cubrir gracias a un donativo. Pienso que sería fantástico poder traducir al español una antología como ésta.

Ziegler me regaló dos libros: uno que elaboró para sus cursos de escritura creativa en la escuela de periodismo, y un pequeño libro de minificciones suyas, a medio camino entre el ensayo y la poesía.²

Le comenté que debería haber un congreso de minificación en los EE.UU., pues de otra manera ni siquiera existe un mercado para estos autores. Me dijo que lo va a pensar, y quedamos de encontrarnos con algún otro colega de Columbia (tal vez del Departamento de Literatura) para seguir conversando. ¡No hay nada como encontrarse en persona!

Noviembre 2: ¿Qué es Nueva York?

Ya descubrí qué tiene de especial esta ciudad. Esto me ocurrió cuando estaba leyendo *The Little Red Book of New York Wisdom*,³ que es una colección de frases sobre la ciudad, compilada por el anterior alcalde, Ed Koch. En algún lugar, él mismo afirma que al menos desde fines del siglo XIX hasta el día de hoy, por diversas razones, más de la mitad de sus residentes han nacido fuera de esta ciudad. Y es tal vez la ciudad en el mundo donde vive la mayor diversidad étnica y lingüística, concentrada en las zonas de Manhattan y Brooklyn, además de ser el centro administra-

¹ Alan Ziegler, ed.: *Short. An International Anthology of Five Centuries of Short Short Stories, Prose Poems, Brief Essays, and Other Short Prose Forms*. New York: Persea Books, 2014, 320 p.

² Alan Ziegler: *The Writing Workshop Notebook*. London: Souvenir Press, 2008; Alan Ziegler: *The Swan Song of Vaudeville. Tales and Takes*. Omaha: Zoo Press, 2004.

³ Ed Koch with Gregg Stebben and Jason Katzman: *The Little red Book of New York Wisdom*. New York: Skyhorse Publishing, 2011, p. iv.

tivo de la cultura estadounidense, que de por sí es muy diversa. Lo interesante es que este fenómeno se empieza a reproducir en otras ciudades pequeñas, dispersas por todo el país, provocado por razones laborales y de bienes raíces. Esto último lo leí en un reportaje del diario *USA Today* (Octubre 22, 2014).⁴ La inmigración fue muy intensa en la primera década del siglo XX, pero parece ser que en los últimos 3 años se ha intensificado mucho más que en aquel momento. Esto lo noto muy claramente al viajar en el metro. Cada persona habla un idioma diferente y tiene un aspecto muy distinto. Y eso influye mucho en el tipo de literatura que se está escribiendo aquí, y en las mismas políticas editoriales.

Lo que más voy a extrañar de esta ciudad es viajar en el metro (ya me acostumbré a su ruido y su ritmo). Lo que pasa es que en cada vagón siempre hay personas de por lo menos una docena de países distintos. Y cada persona parece una novela tan sólo por su aspecto.

Si se toma el metro a las 8 de la mañana se puede observar que cada pasajero está enfrascado leyendo un periódico en un idioma diferente: ruso, sueco, árabe, japonés, italiano, alemán, español, inglés, polaco, rumano, griego, etc.

Ahora son las 5 de la tarde y ya está oscuro. Espero conseguir una cámara y poder tomar imágenes de los cambios en el color de las hojas, antes de que se caigan todas. Es otoño en Nueva York.

Noviembre 8: Lecturas en la ciudad

Estoy leyendo *The Novel Cure*,⁵ que descubrí en la librería de la esquina (una sucursal de The Book Culture, que está abierta hasta las 11 de la noche). Este libro enlista cerca de 300 dolencias por orden alfabético. Y para cada una, las autoras recomiendan leer uno o varios libros que, según ellas, pueden curar esa dolencia. En cada entrada cuentan la trama (generalmente se tra-

⁴ Gregg Toppo & Paul Overberg: "Second Immigration Wave Reshapes Nation", *USA Today* (10.22.14): 1, 5A.

⁵ Ella Berthoud and Susan Elderkin: *The Novel Cure. From Abandonment to Zestlessness: 751 Books to cure what ails you*. New York: Penguin, 2014, 420 p.

ta de una novela) y comentan por qué podría servir para curar cosas como Being a Control Freak (leer *The Way of All Flesh*, de Samuel Butler), Tener Vecinos (leer *Nobody Speaks of Remarkable Things*, de Jon McGregor) o Insomnio (leer *The Book of Disquiet*, de Fernando Pessoa). En total recomiendan 751 libros. Tal vez se podría hacer algo así con una serie de imágenes. Yo sólo lo había visto para las películas.

Al llegar a la ciudad, hace dos meses, nos suscribimos al *New York Times*, que siempre trae reportajes inesperados. Su sección sobre ciencia es de colección, aunque sólo sale una vez al mes. Cuando se realizó el espectacular New York Marathon, el NYT le dedicó una sección especial, pensada para ser coleccionada: *The Marathon*.

En el número más reciente descubrí un artículo sobre un libro (escrito por un especialista chino) dedicado a estudiar la educación elemental en China, en el que se hace una demoledora crítica al sistema educativo de los EE.UU. (y por supuesto, México y todos los países que imitan lo que se hace en este país).⁶ La prueba PISA ha creado una mirada miope sobre las prioridades de la educación en el plano internacional. En lugar de poner el énfasis en el estudiante y sus habilidades naturales (como en Japón o Finlandia), todo está orientado a la memorización matemática, que era necesaria en tiempos de la colonización británica, pero que en tiempos del internet resulta innecesaria.

Y sin embargo, esta misma mañana leí un editorial del NYT donde se considera que el alcalde de NY debe tomar medidas más fuertes para cerrar las escuelas que no mejoren los resultados en esas pruebas. Pero esta actitud hace caso omiso de las evidencias: en 20 años los resultados en las pruebas siguen siendo exactamente los mismos, a pesar de haber cerrado cientos de escuelas y de correr a miles de maestros en todo el país. Las diferencias en los resultados que se obtienen en estas pruebas en Occidente y en Oriente dependen de la tradición cultural milenaria de cada región: la cultura oriental es una cultura de la obediencia y la memorización, mientras que la cultura occidental es una cultura de la imaginación y la creatividad (lo dice el mismo investigador

⁶ Diane Ravitch: "The Myth of Chinese Super Schools", *The New York Review of Books* (November 20, 2014) 61,18: 25-27.

chino). Por ejemplo, al no haber producción de patentes, en China existe una enorme industria para la venta de patentes piratas.

Creo que en la educación pública occidental, como dice el escritor Eduardo Galeano, vivimos en un mundo que está de cabeza. Los niños sufren, los maestros pierden su trabajo, las escuelas se cierran, se culpa a los padres de familia y todos salen perdiendo.

En contraste, esta semana empezó a circular el libro *Why Teach?*, cuyo autor defiende una educación humanística basada en las preguntas fundamentales formuladas por Sócrates y otros clásicos. Y ha sido publicado por una editorial de Nueva York.⁷

¿Qué es nueva York? Segunda parte

Esta ciudad es un universo inabarcable. Recibe 55 millones de turistas cada año. Tal vez sólo sea comparable a Londres o París. Pero las otras ciudades interesantes están en otra liga, como Zurich, Berlín, incluso Tokio. Cada una tiene algo muy especial, pero ninguna tiene todo al mismo tiempo. Y Nueva York es, sin duda, la más cosmopolita de todas.

Por ejemplo, según la crónica que leí esta semana en la sección de viajes de *The New York Times* con motivo de los 25 años de haberse derruido el Muro de Berlín, en este momento la ciudad de Pekín está en un momento de particular crecimiento y dinamismo. Por ejemplo, cada año se construye ahí una nueva línea del metro. Eso le da cierta fuerza interior que no tiene, por ejemplo, Londres. Pero eso no es suficiente para competir con París o Nueva York.

Por su parte, Berlín se conforma con no hacer mucho ruido, y recibir un turismo regional que viaja sólo para comprar ahí la ropa francesa que está más accesible que en las tiendas de París. Pero su oferta para el turismo internacional está orientada a mostrar los horrores del Holocausto, y no a mostrar la música, la filosofía o el cine alemán. Precisamente esto último lo pude comprobar cuando visité la ciudad, hace dos años, lo que me llevó a escribir una crónica de esa enorme decepción.

⁷ Mark Edmundson: *Why Teach? In Defense of a Real Education*. New York: Bloomsbury, 2014.

Todo esto se condensa en un pequeño libro sin palabras que circula estos días en las librerías de la ciudad: *Paris / New York*. Este libro tiene el formato de los materiales dirigidos a los niños más pequeños, pues es de pasta muy dura de cartón grueso, y está formado exclusivamente por una serie de imágenes en color, sin nada de texto. Se trata de una serie de 45 pares de imágenes abstractas en las que se proponen paralelismos fácilmente reconocibles entre ambas ciudades. Por ejemplo, una gorra de béisbol de los Yankees de NY frente a una boina francesa para protegerse de la llovizna parisina. O una mujer con un sombrero elegante paseando un French Poodle frente a una mujer en *jeans* y pañolota paseando un dálmata. O una pizza y una botella de Coca Cola frente a un croissant y una botella de vino.

Este libro parece ser tan popular que incluso se vende un paquete de postales que contiene estas parejas de imágenes. Y es que, a fin de cuentas, ¿habría alguien que, en condiciones razonables, no desearía vivir en alguna de estas ciudades de manera permanente? En mi caso, tal vez por la naturaleza de mi trabajo (el análisis del lenguaje cinematográfico), prefiero el temperamento enérgico y dinámico de Nueva York frente a la elegancia y discreción de París.

Pero mientras los parisinos tienen el temperamento de quien se considera que está en el centro del universo, los neoyorquinos están ocupados estudiando (y sobre todo exhibiendo, ofreciendo, administrando) todo aquello que, si tiene alcance universal, en algún momento pasa por aquí.

Presencia de México en New York City

En 211 East 49th St. se encuentra la sede en Nueva York del Instituto Cervantes. Entre octubre y diciembre se presenta la serie *Great Voices from Mexico*, en la que participan Elena Poniatowska, Guadalupe Nettel, Juan Villoro y Sabina Berman. Cada presentación está acompañada por una traducción simultánea al inglés. Por su parte, el Mexican Cultural Institute, creado en 1991, organiza poco más de 100 actividades cada año, especialmente en colaboración con algunos de los escritores, artistas e intérpretes de música mexicanos que viven en Nueva York o que

visitan la ciudad. Y el Consulado General de México se encuentra en 27 East 39th St.

Cada año tiene lugar el llamado Celebrate Mexico Now, un festival dedicado al arte, las ideas y la cultura contemporánea de México. Este año tuvo lugar su emisión # 11, y se celebró del 28 de octubre al 1 de noviembre. Incluyó la presentación bilingüe del libro *La Tacopedia*; un concierto de 90 minutos con piezas mexicanas compuestas para 2 pianos (incluyendo danzones); la proyección de las películas ganadoras en el Festival de Cine de Morelia; un concierto de la Orquesta de las Américas dirigido por Alondra de la Parra (con la participación de la cantante Natalia Lafourcade); una exhibición de libros-objeto de Ximena Pérez Grobet, y un recorrido por los restaurantes mexicanos que están inscritos en el Tacomapa. Este último es un mapa que contiene los 12 restaurantes de comida mexicana que ofrecen tacos de distintas regiones de México, ubicados en Manhattan (9), Brooklyn (2) y Queens (1). Precisamente en Papatzul, que está en SoHo, se ofrecen los tacos al pastor que son típicos del DF.

¿Por qué se visita Nueva York?

Times Square es el corazón de la ciudad. Está rodeado por una docena de pantallas inmensas. Seguramente es la plaza más espectacular del planeta. Pero no sólo por estas enormes pantallas y la diversidad de materiales que proyectan durante las 24 horas, sino también por la diversidad de turistas que vienen de todas partes del mundo.

Este año se esperan 55 millones de turistas en la ciudad de Nueva York, y todos pasan por Times Square (Calle 42 con la Séptima Avenida). Aunque no todo es turismo. Ayer, 4 de diciembre, pasé por ahí después de terminar mi curso, y me encontré con una manifestación estudiantil en protesta por los recientes conflictos entre policías blancos y ciudadanos negros, pero que afecta a todos los residentes en este país. Había unos 50 estudiantes y más de 100 policías. Y una multitud de turistas tomando fotos del arresto de algunos estudiantes.

Mi hipótesis para explicar la avalancha turística es que las películas, la televisión y la música popular han creado una ima-

gen de Nueva York como el lugar donde ocurren todas las cosas interesantes. Todos conocemos Nueva York de manera entrañable, aunque nunca hayamos estado físicamente aquí. Y creo que esto ha ocurrido durante más de 50 años. El cine de aventuras, el cine romántico, el cine policiaco, el cine de superhéroes, el cine de acción, el cine infantil, las comedias de televisión, las series de abogados, *CSI New York*, Woody Allen, el teatro de Broadway y un largo etcétera.

Hace unas semanas murió el director Mike Nichols. Dirigió *El graduado* (con Dustin Hoffman y Katherine Ross), *¿Quién teme a Virginia Woolf?* (con Elizabeth Taylor y Richard Burton) y *Working Girl* (Con Melanie Griffith y Harrison Ford). Por supuesto, Nichols murió en Nueva York.

En realidad, aquí siempre están ocurriendo cosas realmente nuevas. Esta tarde vi en Carnegie Hall una especie de ópera posmoderna metaficcional y paródica sobre el lugar (en crisis) que ahora ocupa la ópera en el mundo de la música. En algún momento aparecen Beethoven, Mozart y Haydn, que regresan del Cielo para reclamar la relevancia que puede tener su música en este momento. Y dirigen este reclamo a un musicólogo que ha escrito un libro sobre ellos (en alusión al experto Charles Rosen, que efectivamente escribió este libro, y que falleció el año pasado a los 85 años). El título de esta obra es *The Classic Style*, y fue compuesto por Steven Stucky, con música de Jeremy Denk.

Cuando un personaje de la ópera Don Giovanni, de Mozart, pregunta a un estudiante de doctorado en musicología, de Berkeley, qué es la música clásica, éste responde, muy serio: “Es una música tan bella que necesita ser explicada”. Y poco después, añade (en una Aria del Catálogo):

Beethoven era un Gran Compositor.
Aquí va una lista para su deleite:
Tan sólo en Estados Unidos, 403 interpretaciones de la
Novena Sinfonía
y casi la misma cantidad de interminables conferencias de
pre-concierto,
137 pretenciosas notas de programa,
622 argumentos sobre sforzandos,
53,389 bostezos,

302 conferencias sobre marcas del metrófono, y
4,185 llamadas accidentales de celular,
1,800 ovaciones de pie,
y 5,000 personas que piensan que Beethoven era un perro.

¿Dónde más puede haber una parodia erudita y accesible de las formas de arte más sofisticadas, presentada precisamente en el espacio más prestigioso de la música occidental?

Diciembre 21: La última semana

Esta ciudad es inabarcable. Cuatro meses dando clases (con poco tiempo para hacer turismo) son insuficientes para conocerla. No tuve tiempo de visitar innumerables zonas dentro de Manhattan (Tribeca, Meatpacking District, Gramercy, Chinatown, etc.). Y ni siquiera visité los otros cuatro barrios (Brooklyn, Queens, Staten Island, Bronx). Habría que vivir aquí diez años para empezar a saber qué es esta ciudad. En cuatro meses sigo siendo un turista.

Y sin embargo, al caminar por las calles, cada día descubrí algo sorprendente. Esta ciudad tiene un ritmo de vida que produce la sensación de estar en el centro de algo muy importante: algo así como el centro del mundo. Todo parece ocurrir aquí.

Siguiendo la idea de un amigo xalapeño (Juan José Barrientos), imagino a Afrodita y Atenea conversando sobre mi destino:

—¿Por qué dejaste que tardaran 20 años en leer su tesis de doctorado? —dijo Atenea—. El pobre menso tuvo que publicar todos sus libros de semiótica en México, que es lo mismo que no haber publicado nada.

—Es cierto, y me da mucha pena —respondió Afrodita—. Por eso lo dejé que pasara un semestre como profesor invitado en NYU, viviendo frente a Columbia. Así podrá morir un poco más tranquilo.

Elsa y los niños dicen que ésta ha sido la mejor etapa de sus vidas. Elsa pudo ver lo más famoso de Broadway. Aura tuvo aquí a sus dos mejores amigas, que la acompañaron durante diez días. Jorge Luis obtuvo reconocimientos en la escuela por su trabajo en matemáticas y en actividades artísticas. Hemos disfrutado Nueva

York sin grandes limitaciones. En mi caso, sufrí el síndrome del neoyorquino: a veces tenía que ver el reloj cada dos minutos, pues el ritmo de trabajo es muy intenso.

Ayer empacamos todas las cosas y nos despedimos de los vecinos del edificio. La vecina del noveno piso debe tener más de 85 años, pero todas las mañanas se pone su casco en la cabeza y sale a andar en bicicleta en Riverside Park. Es decir, en el mismo parque donde hace ejercicio la profesora de Columbia que aparece en el estreno de esta semana, con Julianne Moore: *Still Alice*.

El plan para hoy es disfrutar un concierto de jazz, a las 11am, en la Presbyterian Church (a una calle de aquí, downtown). Y después ir al Annual Candlelight Carol Festival, a las 3pm, en la Riverside Church (a una calle de aquí, pero ahora uptown). Siempre hay algo distinto que hacer, sobre todo en esta zona de la ciudad.

Ocho millones y medio de habitantes. Cinco barrios. Cincuenta y cinco millones de turistas al año. Me pregunto si existe algo similar en otro lugar del universo.

Diciembre 22: Un balance general

Mi experiencia en Nueva York ha sido posible gracias a que las estrellas se alinearon. Es decir, a la conjunción de una serie de coincidencias irrepetibles. Mi experiencia ha sido completamente atípica.

Esta experiencia consistió en: (a) haber sido invitado como profesor de tiempo completo en New York University; (b) viviendo frente al Río Hudson en Riverside Dr., a unos metros de Columbia University; (c) conservando mi salario íntegro de México durante el periodo sabático; (d) al mismo tiempo que recibí el generoso salario de NYU; (e) con ingresos especiales por las actividades que realicé en los meses anteriores (fui jurado en algún premio literario, di algunas conferencias pagadas; impartí algunos cursos breves), y (f) tuve algunos ingresos que recibí simultáneamente a mi estancia por otras actividades académicas (coordinación del diplomado de cine; invitación a dar una conferencia plenaria). La conjunción de estos factores parece ser algo difícil de repetirse.

Pero además, mi contratación ha sido atípica. Normalmente hay dos vías para ser profesor extranjero en una universidad

de los EU: por una invitación expresa (lo cual es casi inexistente desde el 11 de septiembre) o concursando por una plaza en internet. Pero estas plazas, como es natural, suelen tener el perfil de alguien específico (con nombre y apellido) o están dirigidas a los estudiantes recién graduados.

Durante 25 años he enviado mi documentación para concursar por diversas plazas de profesor en docenas de universidades de EE.UU., y he enviado docenas de mensajes de internet a muchas universidades. En 25 años nunca he recibido ninguna respuesta. Pero en esta ocasión recibí una respuesta a mi mensaje de internet porque se iniciaba diciendo: “En 1987 fui aceptado a NYU como estudiante graduado”. En ese momento, el chair consultó el archivo del Departamento y vio que era cierto.

Entonces debo añadir estas otras condiciones excepcionales. (a) Haber sido aceptado como estudiante de posgrado precisamente en Cinema Studies de NYU hace 27 años, (b) enviar esta información a un chair interesado en mi perfil, que hizo una investigación sobre el posible interés que tendrían mis cursos, y (c) coincidir con la política académica de NYU, en general, que está orientada a ofrecer a sus estudiantes la mayor diversidad posible de opciones temáticas y nacionales.

La vida en Nueva York es extraordinariamente cara para un salario en pesos mexicanos. Tan sólo el costo de los boletos del metro suma cerca de 4 mil pesos al mes (cerca de 300 dólares), cuando en México gasto en transporte privado y público (gasolina, autobús y metro) una quinta parte de esa cantidad. Pero pude vivir como cualquier hijo de vecino gracias al pago de las actividades que realicé inmediatamente antes de mi estancia en Nueva York.

Diciembre 23: La experiencia académica

Mientras estuve en Nueva York mantuve contacto con mi universidad en México, y varios proyectos siguieron su curso.

En estos meses se publicaron dos libros míos en México: *Semiótica preliminar. Ensayos y conjeturas* (Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México), donde se publica una selección de los ensayos más importantes que he publicado en algunos de mis anteriores 50 libros. Y la traducción que hice del

libro de Robert Stam, *Teoría y práctica de la adaptación* (Facultad de Estudios Cinematográficos, Universidad Nacional Autónoma de México).

También estoy muy orgulloso de que durante mi estancia en Nueva York fui invitado a escribir los prólogos de dos libros escritos por ex alumnos míos del posgrado, a los que dirigí sus tesis de maestría: *Entre atracción y repulsión. Tijuana representada en el cine* (UABC) por Juan Alberto Apodaca, y *Teoría general de lo fantástico. Del clásico al posmoderno* (UACM) por Omar Nieto. También escribí los prólogos de dos libros colectivos que aparecerán publicados el próximo año: *Intertextualidades. Teoría y crítica en el arte y la literatura* (UAEM), coordinado por Lydia Elizalde, y *Ciudad y memoria. Literatura, música, radio y cine en el espacio urbano* (UAM-X), coordinado por mí.

Durante mi estancia en Nueva York se aprobó en UAM Xochimilco el proyecto del Doctorado en Humanidades en el que he estado participando, junto con un destacado grupo de colegas. En este equipo hemos estado trabajando durante los últimos tres años. Esto significa que por fin podré impartir cursos de doctorado en Teoría y Análisis Cinematográfico en mi propia universidad. Ya no tendré que viajar a Nueva York para tener estudiantes de posgrado.

También durante mi estancia en Nueva York participé, junto con un destacado grupo de otros 5 colegas, como parte del Jurado del prestigioso Premio Nacional de Artes y Ciencias que otorga en México la Presidencia de la República. Como resultado de la deliberación decidimos por unanimidad otorgar el premio a los escritores Beatriz Paredes y Eraclio Zepeda.

En NYU estuve todo el semestre concentrado en traducir los power points de teoría del cine que tengo escritos en español, y preparando las clases de cine mexicano. Si estuviera otro semestre aquí, empezaría a traducir mis propios artículos. Pero la experiencia resultó sustanciosa y útil para los estudiantes, pues pasaron de no tener tema de tesis doctoral a contar con un primer esquema de 25 páginas.

En esta última semana pude visitar, en esta ciudad, lo que no visité en el otoño.

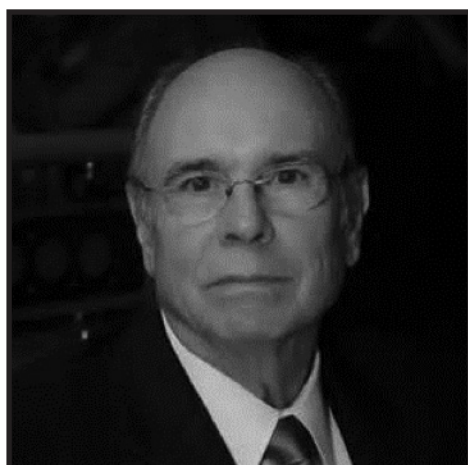
Diciembre 24: Una última imagen

Ayer fui a ver (por fin) un musical en Broadway. Vi con Elsa *On the Town*, la versión teatral (actualizada) de la película sobre tres marinos que pasan un día de descanso en Nueva York, con música de Leonard Bernstein en vivo. Es una especie de tour divertido, ingenioso y muy espectacular. En varios momentos, todos los espectadores nos quedamos con la boca abierta. No he visto nada igual. Pude conseguir, en el último minuto, boletos en primera fila por 56 dólares (en lugar de 156). Nada mal.

Una fantástica imagen final para conservar en la memoria.



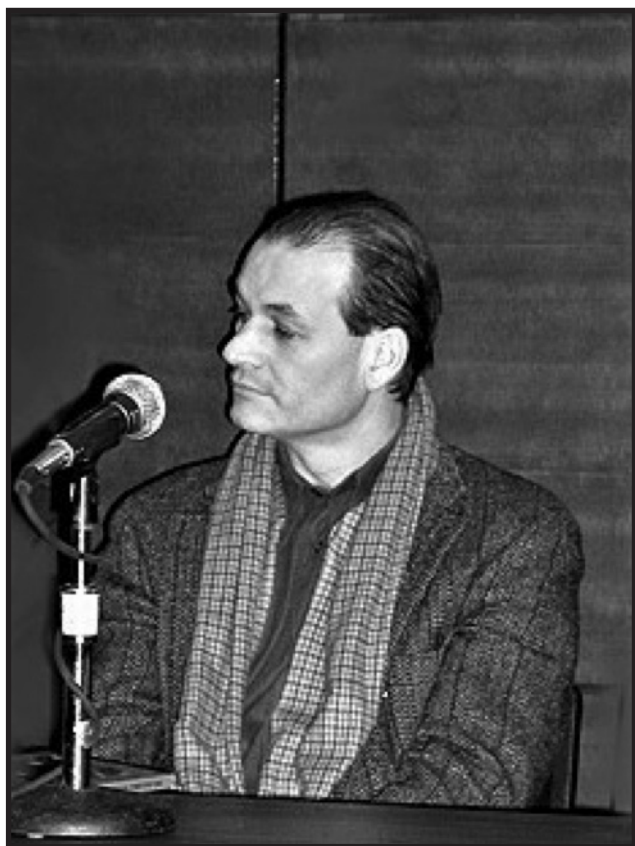
Semblanzas



Luis Alberto Ambroggio

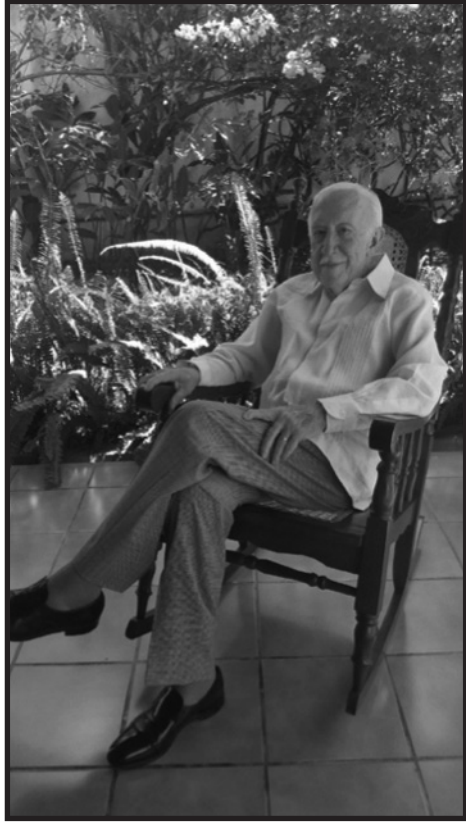
Nació en Córdoba, Argentina en 1945, e inmigró a EE.UU. en 1967. Con pasantías en la Casa Blanca, el Congreso, creó una empresa aeronáutica, pero su vocación fue siempre la escritura. Es miembro de la ANLE, la Real Academia Española y PEN. Ha publicado más de 25 libros, en los géneros de poesía, ensayo y narrativa, entre ellos: *La arqueología del viento* (2011, ganador del *International Latino Best Book Award* en 2013); *En el Jardín de los vientos. Obra Poética 1974-2014*, edición crítica de la ANLE; *Estados Unidos Hispano* (2015); *Todos Somos Whitman/We are All Whitman*, Univ. de Houston (2016); las Antologías: *Al pie de la Casa Blanca. Poetas hispanos de Washington, DC* (2010), *De azul a Rojo. Voces de poetas nicaragüenses siglo XXI* (2011). Sobre su obra: *El cuerpo y la letra* (Mayra Zaleny Ed.: 2008), *El exilio y la Palabra. La trashumancia de un escritor argentino-estadounidense* (Rosa Tezanos-Pinto Ed.: 2012). Algunos de sus premios: *Trilce*, *Simón Bolívar*, *Fulbright-Hays*, *Doctor Honoris Causa* Tel-Aviv. Hijo adoptivo de la ciudad de César Vallejo, Miembro Honorario del Instituto Cultural Rubén Darío, su poesía, traducida a más de doce idiomas, ha sido seleccionada para el Archivo de Literatura hispanoamericana de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

http://es.wikipedia.org/wiki/Luis_Alberto_Ambroggio



Francisco Álvarez Koki

Francisco Álvarez Koki nació en A Guarda (Galicia) en 1957. Emigró a Nueva York en los años setenta. Escribe en castellano y en gallego. Entre sus obras en español destacan: *Poemas del verbo amar* (1981), *Soliloquios del silencio* (1982), *Para el amor pido la palabra* (1987), *Sombra de luna* (1990), *Desde la otra orilla* (1994), *Entre dos aguas* (1995), *Entre tu cuerpo y mi cuerpo* (1996), *Nueva York en nueve poetas* (1999), *Al fin del siglo* (2000), *Doce poetas entre rascacielos* (2000), *Miradas de Nueva York* (2000), *Piel Palabra* (Muestra de la poesía española en Nueva York (2003), *Seis narradores en Nueva York* (2006).



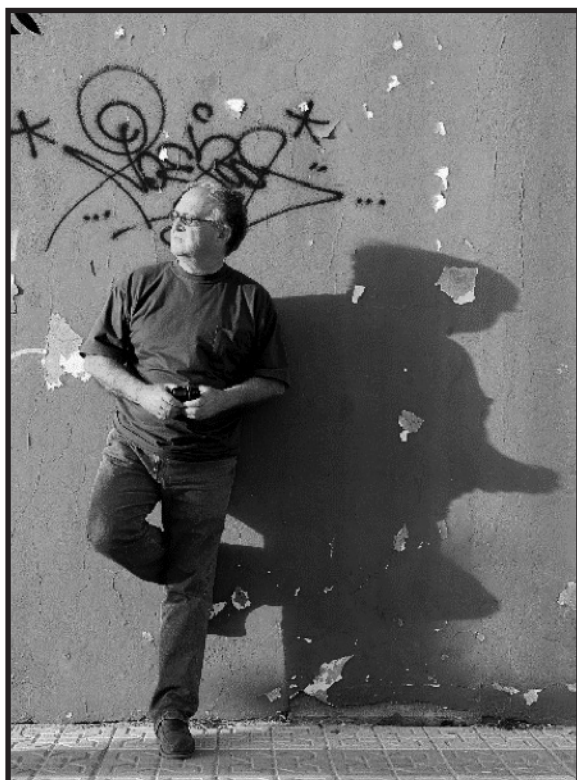
Guillermo Belt

Oriundo de La Habana, Cuba. En su condición de Académico Correspondiente se desempeña actualmente en la Coordinación de la *Revista de la ANLE*. Doctor en Derecho; es Miembro del Colegio de Abogados de La Habana (1956-1960). Profesor de Derecho Internacional Público en la Universidad de Villanueva, La Habana (1957-1960). Miembro de la Comisión Especial para la Reforma de la Constitución de Cuba, Miami (1960-1961). Estudió en EE.UU. entre 1945-1949 y reside en este país desde junio de 1960. Ha revistado como funcionario internacional en la Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos, Washington, D.C. (1961-1998). Ha participado en conferencias internacionales sobre temas interamericanos. Como autor de estudios, trabajos, investigaciones e informes sobre asuntos hispanoamericanos, ha desarrollado ciclos de conferencias en universidades de EE.UU. y América Latina, y en institutos y organismos especializados.



Daniel R. Fernández

Es profesor, investigador y crítico literario. Nació en la ciudad de Los Ángeles, California, y se crio entre México y los Estados Unidos. Cursa sus estudios superiores en la Universidad de California, en Los Ángeles (UCLA), de la cual egresa en 1997 con una licenciatura en Lengua Española y Letras Hispánicas. Algunos años más tarde se doctora por la Universidad de Columbia (Nueva York). Actualmente es profesor de Literatura Mexicana e Hispanoamericana en la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY), recinto de Lehman College. Es miembro numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE) y correspondiente de la Real Academia Española. En la ANLE se desempeña como Coordinador de Información e integra las Comisiones de Educación y Traducciones. Sus artículos y reseñas han aparecido en la *Revista Hispánica Moderna*, *Ventana Abierta*, *Ciberletras* y otras revistas.



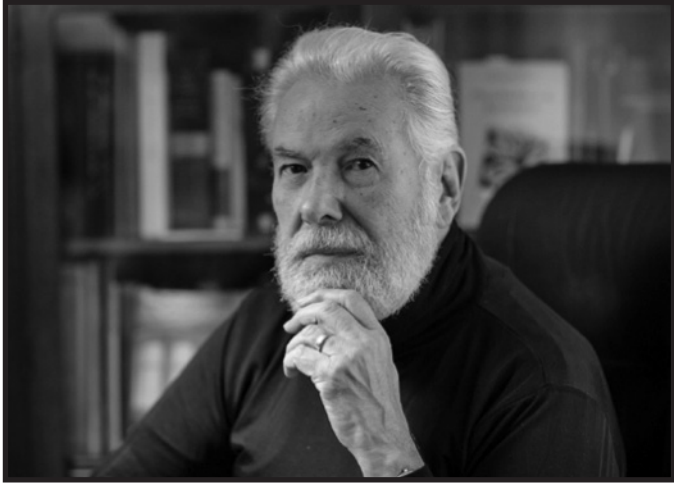
Manuel Garrido Palacios

Manuel Garrido Palacios, escritor y realizador, nace en Huelva, en 1947. A partir de su formación en dirección cinematográfica ha dedicado su actividad a la de guionista y director de televisión (NHK de Japón, WDR de Alemania, TVE España). Sus series televisivas llevan la marca de la tradición popular: “Raíces”, “Todos los juegos”, “La duna móvil”, “El bosque sagrado”, “La Primavera en Doñana”, “Rasgos”, entre otras, y se han visto reconocidas con diferentes premios nacionales e internacionales. Entre sus libros de narrativa se cuentan: *El clan y otros cuentos: relatos* (Palma de Mallorca: Calima, 1998), *Viaje al país de las leyendas* (Valladolid: Castilla, 1997), *Noche de perros: relatos* (Sevilla: AR.Abelardo Rodríguez Ediciones, 1999), *Retablillo del aprendiz y el maestro* (Fuenteheridos: Libros de la Huebra, 2000), *El abandonario* (Palma de Mallorca: Calima, 2001), *Dos historias de amor* (Biblioteca española y americana, Editorial Corona del Sur, 2001), *El hacedor de lluvia*, (Palma de Mallorca: Calima, 2006).



Javier Junceda

Javier Junceda es un jurista y escritor de nacionalidad española y norteamericana, autor de más de un centenar de publicaciones. Académico Correspondiente de la Real Academia Española de Jurisprudencia y Legislación, de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y del Real Instituto de Estudios Asturianos. Académico de Número de la Real Academia Asturiana de Jurisprudencia. Doctor Honoris Causa en derecho por cinco universidades iberoamericanas y profesor honorario de otras seis. Columnista habitual en la prensa española, compagina el ejercicio de la abogacía con la docencia del derecho administrativo en universidades de Madrid, Barcelona y Oviedo. Ha sido decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Internacional de Cataluña, en Barcelona, durante seis años. Miembro de consejos de redacción de diferentes revistas y publicaciones españolas y extranjeras, preside la Comisión de Lenguaje y Asuntos Jurídicos de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, y en tal calidad ha participado en la elaboración del Diccionario Panhispánico del Español Jurídico, auspiciado por la RAE y la Asociación de Academias de la Lengua Española, representando a Estados Unidos.



Robert Lima

Robert Lima Millares nació el 7 de noviembre de 1935 en La Habana, de padre cubano y madre española. Residió en la capital cubana hasta 1944, cuando su familia se trasladó a EE.UU. Licenciado en Filosofía y Letras (BA) de la Universidad de Villanova (EE.UU.) en 1957, recibió el título de MA en Teatro y Literatura Dramática en 1961 de la misma institución, al terminar su servicio militar. Después trabajó en Nueva York en varias editoriales y en *La Voz de América*. En 1962 comenzó su carrera profesoral en Hunter College de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, a la vez que emprendió estudios doctorales en la Universidad de Nueva York, recibiendo el doctorado (PhD) en 1968 con honores y con el galardón del premio Día de los Fundadores por Excelencia Académica. Ha publicado 41 libros de crítica, poesía, traducción, biografía, memorias, y bibliografía, 150 artículos y más de 500 poemas. Ha sido Catedrático de Literaturas Hispánicas y Comparadas, y Becario Numerario del Instituto de las Artes y Estudios Humanísticos en La Universidad Estatal de Pensilvania, donde ha enseñado desde 1965 hasta su jubilación en 2002 de Profesor Emérito y Becario Emérito. Ha recibido la Encomienda de Número en la Orden de Isabel la Católica y la Gran Placa de la Orden Imperial de Carlos V.



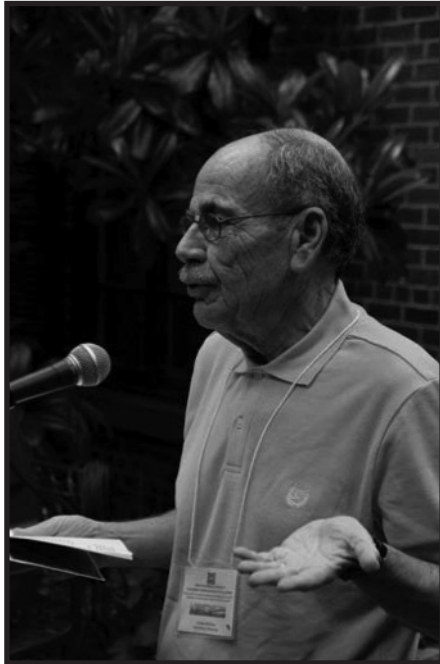
Marina Martín

Marina Martín (Segovia, 1955) es catedrática en CSB-SJU (MN). Cursó estudios en la Universidad Complutense de Madrid (Facultad de Filosofía y Facultad de Filología Inglesa). Becada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), escribió en el Instituto de Filosofía Luis Vives sobre Hume y Kant. Vino a EE.UU. en 1982 y trabajó en Oberlin College (OH). Completó su doctorado en la Universidad de Virginia (Dept. of Philosophy & Dept. of Spanish, Italian and Portuguese) con una tesis doctoral sobre Borges y Hume. Su vocación a la filosofía, a la literatura hispana contemporánea (poesía, ficción, ensayo) y su interés en el cine hispano, así como en el arte, se han compartido en Actas de Congresos, libros, y revistas especializadas. Fue presidente de ALDEEU (2014-2015) y dirigió el Congreso de esta Asociación en Segovia, 2015.



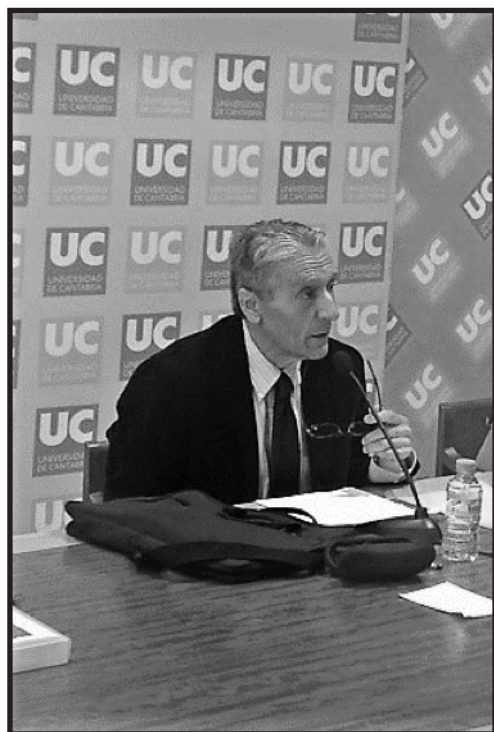
Gioconda Marín

Gioconda Marín (Argentina). Catedrática en Fordham University, New York, es especialista en literatura argentina y latinoamericana del siglo XIX y contemporánea. Ha publicado los siguientes libros: *Latinoamérica y la literatura mundial*. (Buenos Aires: Dunken, 2013); *La narrativa de Roberto Ampuero en la globalización cultural*. (Santiago de Chile: Mare Nostrum, 2006); *Eduardo L. Holmberg. Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas: 1872-1915*. (Madrid-Frankfurt: Iberoamerica-Veruert, 2002); *Olimpio Pitango de Monalia*. Edición príncipe de la novela de Eduardo L. Holmberg. (Buenos Aires: Solar, 1994); *El modernismo argentino incógnito en La Ondina del Plata y Revista literaria: 1875-1880*. (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993); *Orígenes del costumbrismo ético-social. Addison y Steele: antecedentes del artículo costumbrista español y argentino*. (Miami, Florida: Ediciones Universal, 1983). Llegó a los Estados Unidos en la década del 70.



Carlos Mellizo

Carlos Mellizo es en la actualidad Profesor Emérito Distinguido de Filosofía en la Universidad de Wyoming, Estados Unidos, donde también ha ejercido la enseñanza de la Literatura Española desde 1968. Mellizo es autor de seis libros de ficción. Sus trabajos de investigación se han centrado en la filosofía española del Renacimiento, el ensayo peninsular contemporáneo y el utilitarismo británico. Ha publicado estudios monográficos sobre David Hume y el tudense Francisco Sánchez, y ha traducido al castellano, en ediciones críticas para Editorial Gredos (RBA), Alianza Editorial, Tecnos y otras casas editoriales españolas, obras fundamentales de Hobbes, Locke, Berkeley, Hume, Burke, Mill y otros autores clásicos del pensamiento británico. En el año 2013 le fue concedida por el Estado Español la Cruz de Oficial de la Orden de Isabel la Católica, en reconocimiento a su comportamiento extraordinario de carácter civil como profesor e investigador.



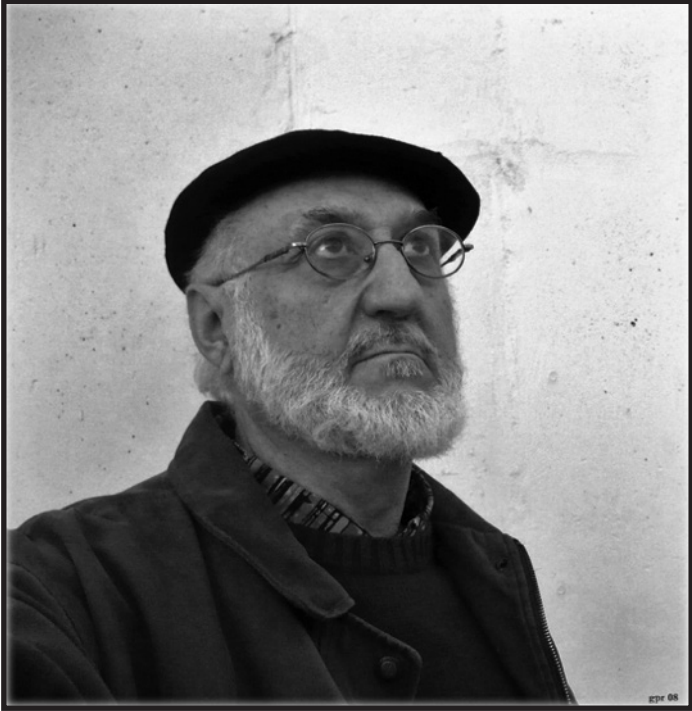
Gonzalo Navajas

Gonzalo Navajas nació en Barcelona en 1946. Después de obtener una licenciatura en Filología románica en la Universidad de Barcelona, vino a Estados Unidos en 1970 y se doctoró en literatura española moderna en UCLA. En la actualidad es catedrático de literatura moderna y cine en la Universidad de California, Irvine. Ha publicado libros de teoría y crítica literaria e historia intelectual, entre los que destacan: *Literatura e historia en el siglo XXI*, *El paradigma de la enfermedad y la literatura del siglo XX*; *La utopía en las narrativas contemporáneas*; *La modernidad como crisis*; *La narrativa española en la era global*; *Más allá de la posmodernidad (estética de la nueva novela y cine españoles)*; y *Unamuno desde la posmodernidad*. Ha publicado además cinco novelas, entre las que destacan *El manuscrito Durruti* y *En blanco y negro*.



Gabriela Ovando D'Avis

Gabriela Ovando d'Avis nació en Cochabamba (Bolivia) el 9 de junio de 1959. Obtuvo una licenciatura (Bachelor of Arts) en Español y Cultura Hispánica; una maestría en Literatura Iberoamericana (Master of Arts) y un doctorado en Estudios Comparativos (*The Public Intellectual Program*) en la Florida Atlantic University, Boca Ratón, Florida (EE.UU). Es autora de cinco libros en castellano publicados por *Plural Editores* (La Paz, Bolivia) y *Eriginal Books* (Miami, Florida). Su última novela, *Los mellizos de Nápoles*, presentada en la Feria Internacional del Libro de Miami, el 19 de noviembre de 2016, será reeditada por *Huso Editorial*, Madrid, en septiembre de 2017. *Atisbos* (1998) es una colección de crónicas presentada por Elena Poniatowska. *El retorno del héroe* (1999, UMI: Ann Arbor), un estudio crítico sobre *Lituma en los Andes*, de Mario Vargas Llosa; *Al rumor de las cigüeñas* fue su primera novela, ambientada en Cáceres, Bolivia y EEUU (2004 y 2da. ed. 2008); *A grandes males, grandes reformadores* (2008) es un ensayo sobre el proceso de cambio de Evo Morales y las autonomías en Bolivia.



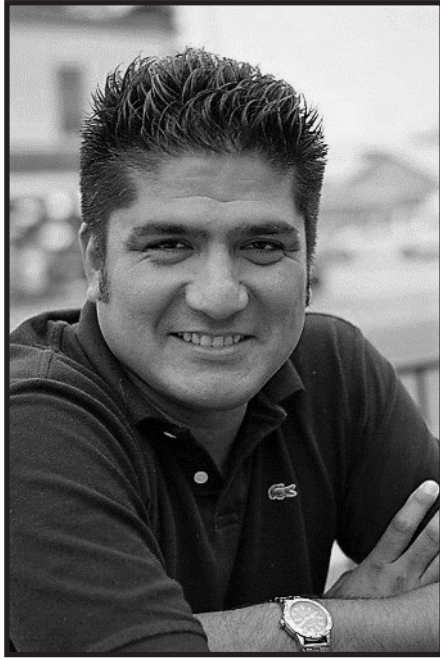
Gerardo Piña-Rosales

Gerardo Piña-Rosales nació en La Línea de la Concepción (Cádiz), en 1948. Vivió cerca de veinte años en Tánger (Marruecos), hasta su emigración a los Estados Unidos en 1973. Escritor, fotógrafo, editor, profesor de la City University of New York, es director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y correspondiente de la Real Academia Española y la Academia Panameña de la Lengua. Entre sus libros de crítica literaria destacan: *Narrativa breve de Manuel Andújar*; *La obra narrativa de S. Serrano Poncela, crónica del desarraigo*; *Acentos femeninos y marco estético del nuevo milenio* (coed.); *Presencia hispánica en los Estados Unidos* (coed.); *Escritores españoles en los Estados Unidos* (ed.); *Gabriela Mistral y los Estados Unidos* (coed.); *Locura y éxtasis en las letras y artes hispánicas* (coed.); *El español en Estados Unidos: E Pluribus Unum? Enfoques multidisciplinarios* (coed.); *Rubén Darío y los Estados Unidos* (coed.), entre otros. Es autor, además, de dos novelas *Los amores y desamores de Camila Candelaria*, *Desde esta cámara oscura* y del libro de cuentos *El secreto de Artemisia y otras historias*.



Alister Ramírez-Márquez

Alister Ramírez Márquez (Armenia, Colombia). Es comunicador social de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y tiene un Ph.D. en Literatura Hispanoamericana del Graduate Center, The City University of New York. Ha publicado ensayos, novelas, cuentos y colabora para revistas de literatura y arte hispanoamericanas y en *Lecturas* de *El Tiempo* de Colombia. Es profesor de Español y Literatura Hispanoamericana en The City University of New York. Es miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Hace tres décadas que vive en Nueva York.



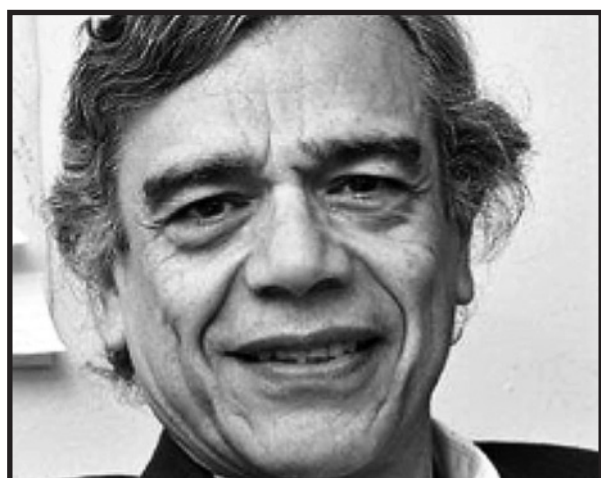
Christian Rubio

Christian Rubio nació en Lima, Perú, y llegó a los EE.UU. en 1988. Después de cursar la secundaria ingresó en la Armada Americana. Recibió su licenciatura en Estudios Hispánicos en Queens College del sistema de CUNY en Nueva York. En 1999, empezó sus estudios de posgrado en Teachers College de la Columbia University, donde obtuvo su Maestría y Doctorado. Ha publicado varios artículos, así como dos monografías, *La influencia de la masonería en Antonio Machado* (2005) y *Krausism and the Spanish Avant-Garde, the Influence of Philosophy in National Culture* (2017). Asimismo, ha sido catedrático en la Universidad de Louisiana, Monroe, donde también fue director del Programa de Honores. Actualmente enseña en la Bentley University en Massachussets. En el 2011, fue nombrado correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.



Rose Mary Salum

Rose Mary Salum, de origen mexicano y residente en Houston, es desde 2004 directora de la revista bilingüe *Literal*, que se distribuye en Canadá, México y Estados Unidos, y en la cual presenta textos de pensadores y ensayistas como el mexicano Carlos Monsiváis, el filósofo francés George Steiner, el escritor brasileño Alberto Mussa, y el poeta chileno Gonzalo Rojas. Algunos de sus libros son: *Vitrales*. (Edamex, México, 1995); *Entre los Espacios*. (Tierra Firme, México, 2003); *Almalafa y Caligrafía, Literatura de origen árabe en América Latina* (2009); *Delta de las arenas. Cuentos árabes, cuentos judíos*. (Literal Publishing, 2013 y Vigía Ediciones, 2014).



Tino Villanueva

El poeta Tino Villanueva nació en San Marcos, Texas, en 1941. Se doctoró en Español por la Boston University, donde es profesor. En los años setenta, Villanueva comenzó a publicar poemas como parte de The Chicano Literary Renaissance. Escribe en español y en inglés. Entre sus libros, destacan: *Hay Otra Voz: Poems*. (Editorial Mensaje, 1979); *Chicanos: Antología Histórica y Literaria*. (Fondo de Cultura Económica, 1980); *Scenes from the Movie GIANT*. (Curbstone Press, 1993); *Crónica de mis años peores*. (Northwestern University Press, 1994); *Shaking off the dark*. (Bilingual Press, 1998); *Primera causa*. (Cross-Cultural Communications, 1999); *Tres poetas de posguerra: Celaya, González y Caballero Bonald*. (Támesis, 1988).



Lauro Zavala

Lauro Zavala nació en la Ciudad de México y en 2014 llegó a trabajar a New York University como Profesor Invitado del Departamento de Cinema Studies. Pertenece a la Academia Mexicana de Ciencias y el Sistema Nacional de Investigadores. Es profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco), donde coordina la línea de Teoría y Análisis Cinematográfico del Doctorado en Humanidades. Sus trabajos académicos han sido traducidos a 12 lenguas y han sido citados en más de 2,500 libros y artículos de investigación en 17 países. Ha publicado más de 25 libros de investigación y otras tantas traducciones, antologías y libros colectivos. Entre sus libros más recientes se encuentran: *La seducción luminosa (Teoría y práctica del análisis cinematográfico)*; *Manual de análisis narrativo*; *Cómo estudiar el cuento*; *Ironías de la ficción y la metaficción en cine y literatura*; *Principios de análisis narrativo*; *Semiótica preliminar*; *Instrucciones para eliminar a un profesor (Viñetas de la vida académica)*. Más información en w.laurozavala.info; <https://lau-rozavala.academia.edu/LauroZavala>.

Este número catorce de la *Colección Pulso Herido* de las Ediciones de la Academia Norteamericana de la Lengua Española acabose de imprimir el día 8 de marzo de 2020, festividad de San Juan de Dios, en los talleres *The Country Press*, Massachusetts, Estados Unidos de América